André Breton

Manifiestos del surrealismo

Traducción, prólogo y notas de Aldo Pellegrini



EDITORIAL ARGONAUTA

EDITORIAL ARGONAUTA
dirigida por Mario Pellegrini

Título del original en francés: «Manifestes du surréalisme»
Traducción, prólogo y notas: Aldo Pellegrini

Segunda edición: julio 2001, Buenos Aires
Ilustración portada: Man Ray, «Objeto de destrucción», 1932

ISBN: 950.9282.24.3
Queda hecho el depósito de ley 11723
Impreso en la Argentina. Printed in Argentine

*PRÓLOGO**

Después de más de cuarenta años de la publicación del *Primer manifiesto del surrealismo* aparece por primera vez en español la serie de manifiestos surrealistas que constituyen la clave de un movimiento artístico e ideológico de importancia excepcional. La presente traducción de los dos primeros manifiestos fue realizada hace más de treinta años, y fracasó siempre en las distintas tentativas de publicación. Relacionado este hecho con la casi monstruosa cantidad de imbecilidades que se traducen y publican, revela la calidad altamente subversiva de un texto que figura entre las expresiones fundamentales de este siglo. Y también porque este texto, esencialmente disconformista, da justamente en la llaga del conformismo y la domesticidad, cualquiera que sea su color o su posición, tanto de derecha como de izquierda.

La calidad subversiva de las ideas de Breton se concentra en una lucha contra las convenciones, en la que

* *Este prólogo fue escrito por Aldo Pellegrini para la primera edición en castellano de «Los manifiestos del surrealismo», publicada originalmente en Buenos Aires por Ediciones Nueva Visión, 1965. (Nota del Editor)*

parte de la idea madre de que el hombre que comienza a vivir debe rever todos los esquemas heredados. Y en esta lucha actúa con la clarividencia de un profeta, pero un profeta cuya grandeza se hace mayor porque es esencialmente humano, con todas las debilidades del hombre, con toda la pasión, hasta con los errores, que por otra parte siempre está dispuesto a rectificar.

Las contradicciones forman la esencia misma del pensamiento de Breton, constituyen su dialéctica del pensar, y ellas lo hacen particularmente vivo; pero nada en estas contradicciones es gratuito; todas confluyen en una última coherencia; todas concurren a darle su sentido definitivo. Los tres manifiestos que aparecen en este volumen tiene una significación distinta. El primero es expositivo, en él se presentan los principios del surrealismo y se revela una particular técnica poética, mejor dicho una técnica general para la creación, la interpretación de la vida y la utilización de los verdaderos instrumentos del conocimiento. El *Segundo manifiesto* plantea la importancia del surrealismo como concepción ética, y es en gran parte polémico. Quizás esa polémica peque por demasiado violenta, y quizás haya en ella un exceso de interpretaciones de hechos ocasionales que el tiempo ha demostrado erróneas, pero de todos modos es el documento de un estado de espíritu, de un modo apasionado y viviente de ser testigo del mundo y de lo que en él acontece. Este modo de vivir con pasión lúcida es el lema de un hombre que todo lo ha sacrificado a esa pasión y a esa lucidez. Los *Prolegómenos a un tercer manifiesto* significan finalmente un balance del surrealismo en sí, y del surrealismo en su confrontación con el estado de la sociedad actual.

De la lectura de los manifiestos surge claramente que el surrealismo no es simplemente una escuela literaria

o artística; representa ante todo una concepción del mundo. En esa concepción son los valores vitales del hombre los que se jerarquizan en más alto grado, y entre éstos, la imaginación, con sus resultantes, la acción creadora y el amor. Todos estos valores sólo pueden realizarse cuando el hombre goza de la plenitud de su libertad.

En el desarrollo de estos textos se encadenan diversas ideas fundamentales de tipo general. Una de ellas es la desconfianza en los sistemas cuando se toman como objetivo y no como instrumento. En este sentido nunca se señalará lo bastante la lucidez con que, en los *Prolegómenos a un tercer manifiesto*, muestra el destino de toda gran ideología o sistema que resulta fatalmente corrompida y desfigurada por los epígonos.

Para el hombre que busca realizarse, es fundamental una conciencia ética. La lucha por la afirmación de una ética es para Breton un objetivo torturante. A través de ese objetivo se explican las denuncias, las exclusiones, las excomuniones. Y también los aparentes errores. ¿En cuántos militantes surrealistas depositó Breton su confianza que tuvo luego que retirar? ¿A cuántos quitó su confianza que tuvo que rectificar? Así, por ejemplo, Georges Bataille es un sórdido fecalómano en el *Segundo manifiesto*, mientras en los *Prolegómenos al tercero* es "uno de los espíritus más lúcidos y audaces de nuestro tiempo". Esas contradicciones resultarían inexplicables si no se advierte que los juicios de Breton no están dirigidos contra las personas sino contra las conductas. Esta despersonalización del juicio constituye el fundamento de toda verdadera moralidad. Mientras una persona está adherida a una conducta incriminable, desde el punto de vista moral de Breton, esa persona resulta acusada y atacada con todas las armas; cuando la con-

ducta de dicha persona deja de ser incriminable, el juicio de Breton cambia. Breton se revela así como moralista, uno de los más importantes de este siglo. Pero como debe serlo todo verdadero moralista, lo es en la medida en que se preocupa por el destino del hombre.

La honda preocupación por el destino del hombre surge muy claramente de la lectura de los manifiestos. La prédica de Breton en pro de una vida más alta, en la que la dignidad del hombre sea respetada y contemplada en toda su extensión, es paralela a su violenta condenación de un mundo actual sumido en la indignidad y encerrado por la "muralla del dinero salpicada de sesos". Pero también su condenación se extiende a quienes, pretendiendo luchar contra la tiranía del dinero, permanecen aferrados a los mismos esquemas rígidos y falsos del pasado, esquemas que coartan la libertad en sus dos ramas esenciales para la realización del hombre: la libertad de crear, la libertad de amar.

El hombre que se realiza en su integridad, norte del surrealismo, se opone al hombre frustrado que nos ofrecen las sociedades actuales de cualquier tipo. De la materia de ese hombre frustrado se fabrican los tiranos, los lacayos, los rufianes, los falsos profetas, y toda la cohorte de la sordidez expandida por el mundo.

El amor de Breton por el hombre no es una cosa abstracta o bobalicona, del tipo de las sociedades de beneficencia (que en el fondo no significan más que una exaltación de la indignidad y un consecutivo desprecio por el hombre), sino un amor concreto lanzado a la lucha activa contra los males que mantienen al hombre sumido en la mentira y la abyección, esas dominantes que subyacen al esquema moral de nuestra sociedad. Pero lo que considero fundamental en el surrealismo es su fuego graneado dirigido contra la imbecilidad, la

sucia, perversa y siniestra imbecilidad, que tan fácilmente se adueña del poder, y maneja a los hombres y a las conciencias.

El estilo de estos manifiestos no es el habitual en las llamadas obras de pensamiento. Es un estilo apasionado, violento, de frases incisivas, arrebatadas, de ritmo cambiante, a ratos sereno, a ratos agitado por una extraña vitalidad. Breton utiliza en ellos el instrumento de la revelación poética; el instrumento y el lenguaje. Sólo la poesía tiene ese carácter estremecedor que la hace difícilmente soportable por las conciencias intranquilas. Breton es fundamentalmente un poeta, y al poeta corresponde ese grado de lucidez irrenunciable que todo lo cuestiona, ese tono de acusación que no se detiene ante nada.

Para tener idea de las dificultades que ofrece la traducción de un estilo tan nuevo y personal puede servir de pauta la respuesta del mismo Breton a quienes en Francia criticaron su lenguaje: en el *Discurso sobre la poca realidad* dice: "Que tengan cuidado, conozco el significado de todas mis palabras y cumplo *naturalmente* con la sintaxis (la sintaxis que no es una disciplina, como creen algunos tontos)". Esta frase es totalmente esclarecedora: la sintaxis de Breton es de una gran agilidad, sin llegar a romper nunca la esencial estructura del idioma. Muy por el contrario, aprovecha al máximo las posibilidades de expresión que le ofrece el lenguaje vivo, estirando quizá estas posibilidades hasta el extremo límite. Un mecanismo tan libre y controlado a la vez confiere a su prosa una increíble ondulación que se propaga a través de larguísimos párrafos, agitados por un borboteo de hervor, difícilmente alcanzable por la palabra. En una versión puramente literal, todas estas

virtudes —al tropezar con la estructura de un idioma distinto— pueden convertirse en incoherencia y cojera. La difícil misión de un traductor consiste en mantener el equilibrio entre la posibilidad de trasladar su estilo y la claridad en verter sus ideas.

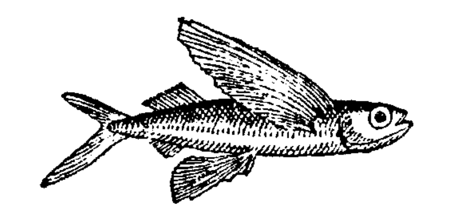
Los males denunciados por el surrealismo hace cuarenta años no sólo persisten sino que se han acentuado. Por eso, hoy más que nunca, los manifiestos surrealistas conservan su candente vigencia. Un profundo resquebrajamiento aflije a la sociedad contemporánea en todos sus planos. Sus esquemas aparecen falsos y sin validez para quien contempla los acontecimientos con el mínimo de objetividad. Los jóvenes lo sienten hondamente, y una sorda rebelión, que toma los más diversos caracteres, bulle en ellos. Para los jóvenes, que todavía son puros, el mensaje de Breton está especialmente destinado.

Aldo Pellegrini

Buenos Aires, mayo de 1965

Primer manifiesto del surrealismo

(1924)



Prefacio a la reedición (1929) del Primer manifiesto

Lo previsible era que este libro cambiara y —en cuanto comprometía la existencia terrestre recargándola de todo lo que admite dentro y fuera de los límites que la costumbre le asignan— que su suerte dependiera estrechamente de la mía propia, consistente, por ejemplo, en haber y no haber escrito libros. Los que se me atribuyen no me parece que ejerzan sobre mí una acción más decisiva que muchos otros, y, sin duda, ya no tengo de ellos la comprensión total que correspondería. Cualquiera que sea el debate a que haya dado lugar el "Manifiesto del surrealismo" *desde 1924 hasta 1929, sin compromiso valedero ni en favor ni en contra, es evidente que, al margen de ese debate, la aventura humana continuó desarrollándose, con el mínimo de probabilidades, casi simultáneamente en todos los frentes según los caprichos de la imaginación que fabrica por sí sola las cosas reales. La autorización para reeditar la obra de uno mismo como si fuera la de alguien que se ha leído por encima, equivale al "reconocimiento" no digo de un hijo, del que uno se ha asegurado previamente que tuviera rasgos bastante agradables y una constitución bastante robusta, sino de algo que,* habiendo existido, *con el fervor que se quiera suponer, ya*

no puede existir más. Lo único que me queda por hacer es condenarme por no haber sido siempre profeta en todo. Sigue teniendo actualidad la famosa pregunta dirigida por Arthur Cravan[1] *"con tono muy cascado y veterano", a André Gide: "Señor Gide, ¿en qué punto estamos con el tiempo? —Las seis menos cuarto", respondió este último sin advertir la malicia. ¡Ah! Es preciso confesarlo: estamos mal, muy mal con el tiempo.*

Aquí y en cualquier parte la confesión y la retractación se mezclan. No comprendo por qué ni cómo vivo, cómo es que todavía vivo, y con mayor motivo, qué es lo que yo vivo. Si queda algo de un sistema como el surrealismo, que hago mío y al que me acomodo lentamente, si quedara sólo con qué enterrarme, de todos modos nunca habrá habido con qué hacer de mí lo que yo quise ser, a pesar de la complacencia que tengo para mí mismo. Complacencia relativa, en función de la que se puede tener hacia mi yo (o no-yo, no sé bien). Y, con todo, vivo, y hasta descubrí que amaba la vida.

Cuando a veces se me presentaban razones para terminar con ella, me sorprendía a mí mismo admirando un trozo cualquiera de parquet que me parecía de seda, una seda con la belleza del agua. Me gustaba ese lúcido dolor, como si entonces todo el drama universal pasara a través de mí, como si de pronto yo valiera la pena. Pero me gustaba al resplandor —cómo explicarme— de cosas nuevas, que nunca había visto brillar de semejante manera. Gracias a ello comprendí que, a pesar de todo, la vida estaba dada, *que una fuerza independiente de la de expresar y de hacerse comprender espiritualmente presidía, en lo que concierne a un hombre que vive, las reacciones de un interés inestimable cuyo secreto desaparecerá con él. Este secreto no me ha sido revelado, y en lo que a mí respecta, su reconocimiento no invalida en nada mi*

declarada ineptitud para la meditación religiosa. Creo solamente que entre mi pensamiento, tal como se desprende de lo que ha podido leerse firmado por mí, y yo mismo, a quien la verdadera naturaleza de mi pensamiento enrola en algo que todavía ignoro, hay un mundo, un mundo irrevocable de fantasmas, de hipótesis que se realizan, de apuestas perdidas y de mentiras, cosas todas que, tras un rápido examen, me disuaden de aportar la más mínima correción a esta obra. Para hacerlo sería necesaria toda la vanidad del espíritu científico, toda esa ingenua necesidad de tomar distancia que nos valen las ásperas consideraciones de la historia. Una vez más, fiel a la voluntad, que reconozco en mí, de pasar de largo ante cualquier especie de obstáculo sentimental, no me demoraré en juzgar a aquellos de mis primeros camaradas que se atemorizaron y dieron marcha atrás, ni me dedicaré a la inútil sustitución de nombres que podrían hacer que este libro pasara por estar al día. Limitándome a recordar solamente que los dones más preciados del espíritu no resisten la pérdida de una parcela de honor, no haré sino afirmar mi confianza inquebrantable en el principio de una actividad que nunca me ha decepcionado, y que a mi juicio merece que se consagren a ella más generosamente, más absolutamente, más locamente que nunca. Y esto porque ella sola es la que dispensa, aunque sea a largos intervalos, los rayos transfiguradores de una gracia que persisto en oponer totalmente a la gracia divina.

Tanto va la fe a la vida, a lo que en la vida hay de más precario —me refiero a la vida *real*—, que finalmente esa fe se pierde. El hombre, soñador impenitente, cada día más descontento de su suerte, da vueltas fatigosamente alrededor de los objetos que se ha visto obligado a usar, y que le han proporcionado su indolencia o su esfuerzo; casi siempre su esfuerzo, ya que se ha resignado a trabajar, o, por lo menos, no se ha negado a tentar su suerte (¡lo que él llama su suerte!). Una gran modestia constituye actualmente su patrimonio: sabe cuáles son las mujeres que ha poseído y en qué ridículas aventuras se ha enredado; tanto su fortuna como su pobreza le son indiferentes —pareciéndose en esto a un niño recién nacido—, y en cuanto a la aprobación de su conciencia moral, admito que prescinde de ella sin gran esfuerzo. Si conserva cierta lucidez no le queda sino volverse para mirar atrás, hacia su propia infancia que, por mutilada que haya sido gracias a los cuidados de sus domadores, no por eso deja de parecerle llena de encantos. En ella, la carencia de cualquier rigor conocido le otorga la perspectiva de vivir varias vidas simultáneas; se arraiga en esta ilusión y sólo quiere saber de la

facilidad instantánea y extrema de todas las cosas. Cada mañana los niños parten sin preocupación. Todo está cerca, las peores condiciones materiales resultan maravillosas. Los bosques son blancos o negros, no se dormirá jamás.

Aunque es cierto que no se puede llegar tan lejos, no depende esto sólo de la distancia. Las amenazas se acumulan y uno cede, uno abandona parte del terreno a conquistar. Aquella imaginación, que no reconocía límites, ahora sólo se la dejan utilizar subordinada a las leyes de una utilidad arbitraria; incapaz ella de asumir por mucho tiempo empleo tan inferior, generalmente prefiere, cuando el hombre cumple veinte años, abandonarlo a su destino sin luz.

Cuando, con el andar del tiempo, el hombre – que nota la pérdida progresiva de todas las razones de vivir y la incapacidad en que se encuentra ya de colocarse a la altura de cualquier situación excepcional, el amor por ejemplo –, quiera intentar una reacción, ya no podrá tener éxito. Pertenecerá en adelante, en cuerpo y alma, a una imperiosa necesidad práctica que no admite postergaciones. Faltará a sus gestos amplitud, y a sus ideas, envergadura. De todo lo que le ocurra o pueda ocurrirle, sólo tomará en cuenta lo que relacione este acontecimiento con una multitud de acontecimientos análogos en los que no ha tomado parte: acontecimientos *fallidos*. Yo diría que juzgará ese acontecimiento relacionándolo con uno de aquellos que, por sus consecuencias, resulte más tranquilizador que los otros. Bajo ningún pretexto verá en él su salvación.

Querida imaginación, lo que más quiero en ti es que no perdonas.

Lo único que todavía me exalta es la palabra libertad. La creo capaz de mantener indefinidamente el viejo

fanatismo humano. Responde, sin lugar a dudas, a mi única aspiración legítima. Entre tantos infortunios que heredamos hay que reconocer que también nos han dejado la *máxima libertad* espiritual. Depende de nosotros no hacer de ella un uso equivocado. Reducir la imaginación a la esclavitud, aun cuando sea en provecho de lo que se llama groseramente felicidad, significa alejarse de todo lo que, en lo más hondo de uno mismo, existe de justicia suprema. La imaginación sola me informa sobre lo que *puede ser*, y esto ya es suficiente para atenuar algo la terrible prohibición, y quizá también para que yo me abandone a ella sin temor de engañarme (como si hubiera posibilidad de engañarse más aún). ¿Dónde la imaginación comienza a hacerse peligrosa y dónde cesa la seguridad del espíritu? Para el espíritu, la posibilidad de errar ¿no constituirá quizás la contingencia del bien?

Queda la locura, "la locura que se encierra", como se dice con acierto. Ésa o la otra... Todos saben, en efecto, que los locos sólo deben su internación a una pequeña cantidad de actos reprimidos por las leyes y que, a no mediar tales actos, su libertad (por lo menos lo visible de su libertad) no estaría en juego. Me inclino a creer que tales seres son víctimas en alguna forma de su imaginación que los impulsa a la inobservancia de ciertas reglas, al rebasar las cuales el género humano se siente amenazado, hecho que todos hemos pagado con nuestra experiencia. Pero la profunda despreocupación que demuestran hacia las críticas que se les dirigen, y aun hacia los diversos correctivos que se les infligen, permite suponer que ellos obtienen tan elevado confortamiento de su imaginación y gozan tanto con su delirio que no pueden admitir que sólo sea válido para ellos. Por esta razón, las alucinaciones, las ilusiones, etc., no

constituyen fuentes de goce despreciables. La sensualidad mejor dispuesta saca de allí su provecho; y yo sé que muchas noches retendría esa linda mano que en las últimas páginas de *La Inteligencia* de Taine se dedica a curiosos estragos. Me pasaría la vida provocando las confidencias de los locos. Son sujetos de escrupulosa honradez, y su inocencia sólo es igualada por la mía. Fue necesario que Colón zarpara en compañía de locos para que se descubriese a América. Y ved cómo esa locura ha ido tomando cuerpo y ha perdurado.

◇ ◇ ◇

No ha de ser el miedo a la locura el que nos obligue a poner a media asta la bandera de la imaginación.

Es indispensable instruir el proceso contra la actitud realista, que debe seguir al proceso contra la actitud materialista; esta última, más poética que la anterior, implica indudablemente la existencia de un orgullo monstruoso en el hombre, pero de ningún modo una nueva y más completa decadencia. Conviene ver en ella, ante todo, una feliz reacción contra algunas tendencias irrisorias del espiritualismo. Después de todo, dicha posición no es incompatible con cierta elevación de pensamiento.

La actitud realista, por el contrario, inspirada en el positivismo desde Santo Tomás a Anatole France, se me revela con un aspecto hostil hacia todo vuelo intelectual y ético. Me causa repulsión porque está constituida por una mezcla de mediocridad, odio y chata suficiencia. En la actualidad es ella la que inspira esa multitud de libros ridículos, de obras insultantes. Gracias al periodismo, su poder se acrecienta de modo incesante, y así mantiene en jaque a la ciencia y al arte, preocupándose por

halagar a la opinión pública en sus más bajos apetitos: una claridad que linda con la estulticia, una vida de perros. De este modo se reciente la actividad de los mejores espíritus, y sobre ellos, igual que sobre los otros, triunfa la ley del menor esfuerzo. Una graciosa consecuencia de esta situación es, en literatura por ejemplo, la abundancia de novelas. Todos concurren con su minúscula "observación". Ante la urgencia de depurar, Valéry proponía recientemente reunir en una antología la mayor cantidad posible de comienzos de novela, de cuya insensatez esperaba excelentes resultados. Se hubiera hecho contribuir a los más famosos autores. Semejante proyecto honra a Paul Valéry, quien, tiempo antes, refiriéndose a la novela, me aseguraba que él se negaría siempre a escribir *"La marquesa salió a las cinco"*. Pero, ¿ha cumplido su palabra?

Si el estilo pura y simplemente informativo, del que la frase mencionada es un ejemplo, domina exclusivamente a las novelas, débese —hay que reconocerlo— a que la ambición de los autores no va muy lejos. El carácter circunstancial, inútilmente minucioso, de todas sus anotaciones, me induce a pensar si no se estarán divirtiendo a costa mía. No me perdonan ninguno de los titubeos del personaje: "¿será rubio?, ¿cómo se llamará?, ¿lo buscaremos en verano?" Problemas todos que finalmente se resuelven a la buena de Dios. No me dejan más alternativa que cerrar el libro, lo que me apresuro a hacer casi desde la primera página. ¡Y en cuanto a las descripciones! Nada puede comparárseles en vacuidad; son meras ilustraciones de catálogo yuxtapuestas, que el autor utiliza cada vez con mayor desenfado, aprovechando cualquier oportunidad para deslizarme sus tarjetas postales y obligarme a concordar con él sobre lugares comunes, tales como:

"La piecita en la que fue introducido el joven estaba tapizada con papel amarillo; había geranios y cortinas de muselina en las ventanas; el sol poniente derramaba sobre estas cosas una luz cruda. La habitación no contenía nada de particular. Los muebles, de madera amarilla, eran muy viejos. Un diván con un gran respaldo vuelto del revés, una mesa oval frente al diván, una cómoda y un espejo adosado al entrepaño, sillas a lo largo de las paredes, dos o tres grabados sin valor que representan damiselas alemanas con pájaros en las manos; a esto se reducía el moblaje" *.

No tengo humor para admitir que tales *asuntos* puedan plantearse al espíritu, ni siquiera de modo pasajero. Habrá quien sostenga que esta composición escolar está en el sitio que le corresponde, y que justamente en ese sitio del libro el autor tuvo sus motivos para abrumarme con ella. Con todo, ha perdido el tiempo, porque no pienso poner los pies en su habitación. La pereza, la fatiga de los otros no me entretienen. Tengo una idea demasiado inestable de la continuidad de la vida para dar a los momentos de debilidad y depresión el valor de mis mejores minutos. Pretendo que se callen cuando han dejado de experimentar sentimientos. Y entiéndase claramente que yo no recrimino la falta de originalidad en sí. Afirmo solamente que no convierto en situaciones los momentos nulos de mi vida, y que puede resultar indigno de todo hombre el cristalizar tales momentos. Permitidme, pues, que *pase por alto* la citada descripción de un aposento, junto con tantas otras.

¡Atención! Estoy en plena psicología, asunto que no conviene tratar en broma.

* Dostoievsky: *Crimen y castigo.*

Nuestro autor se entusiasma con un carácter dado, y entonces lo hace peregrinar, convertido en héroe, por el mundo. Pase lo que pase, este héroe, cuyas acciones y reacciones están admirablemente calculadas, debe preocuparse por no defraudar –aunque aparente a cada rato estar a punto de hacerlo– las previsiones de las que es objeto. Aun cuando pareciera que la corriente de la vida lo arrastra, lo hace rodar, lo hace caer, sólo dependerá en última instancia de ese tipo humano *compuesto*. Simple partida de ajedrez que no me interesa en absoluto, siendo el hombre para mí, quienquiera que sea, un mediocre adversario. Me resultan intolerables las mezquinas discusiones relativas a tal o cual jugada, ya que no se trata ni de ganar ni de perder. Si el juego no vale la candela y si la razón objetiva perjudica espantosamente, como es el caso, a quien recurre a ella, ¿no valdría más prescindir de esas categorías de pensamiento? "La diversidad es tan amplia como el conjunto de tonos de voz, de modos de andar, toser, sonarse, estornudar..."* Si un racimo no tiene dos granos de uva iguales, ¿por qué queréis que os describa este grano en vez de este otro, en vez de todos los otros, que haga de él un grano de uva comestible? La irritante manía que consiste en reducir lo desconocido a conocido y clasificado adormece los cerebros. El afán de analizar triunfa sobre los sentimientos.** De este modo se logran exposiciones interminables, cuya fuerza persuasiva reside en su misma singularidad, y que sólo se imponen al lector merced a un vocabulario abstracto, bastante confuso, por otra parte. Si las ideas generales que la filosofía se ha propuesto debatir hasta ahora señalaran una incur-

* Pascal.
** Barrès, Proust.

sión definitiva a más dilatados dominios, sería yo el primero en alegrarme. Pero se trata, por el momento, tan sólo de escarceos retóricos; hasta ahora los rasgos de ingenio y otras buenas costumbres nos ocultan, a cual más y mejor, el auténtico pensamiento que se busca a sí mismo en lugar de dedicarse a jugar un solitario. Creo que cada acto lleva su justificación en sí mismo, al menos para quien ha sido capaz de cometerlo, y posee, además, un poder de irradiación que el menor comentario puede llegar a debilitar o hasta a anular completamente. Nada gana, pues, con ser destacado de ese modo. Así, los héroes de Stendhal se desploman por efecto de las apreciaciones de ese autor, apreciaciones más o menos felices, pero que no agregan nada a la gloria de los mismos. Donde volvemos a encontrarlos es donde Stendhal los pierde.

Todavía vivimos bajo el reinado de la lógica: justamente a esto quería llegar. Pero los procedimientos lógicos actuales se aplican únicamente a la solución de problemas de interés secundario. El racionalismo absoluto, que todavía está de moda, sólo permite tomar en cuenta los hechos que dependen directamente de nuestra experiencia. Los objetivos lógicos, por el contrario, se nos escapan, y es inútil insistir en que se le han establecido límites a la experiencia misma. Ella da vueltas en una jaula de la cual es cada vez más difícil hacerla salir. Ella se apoya también en la utilidad inmediata y está resguardada por el sentido común. Con el pretexto de civilización, con el pretexto de progreso, se ha logrado eliminar del espíritu todo lo que podría ser tildado, con razón o sin ella, de supersticioso, de quimérico, y se ha proscrito todo método de investigación de la verdad que no estuviera de acuerdo con el uso corriente. En

apariencia débese a un verdadero azar que se haya sacado a la luz, recientemente, una parte del mundo mental —en mi opinión la más importante— a la que todos aparentaban quitar importancia. Hay que estar agradecido por esto a los descubrimientos de Freud. Confiada en dichos descubrimientos, se va formando una corriente de opinión, con cuya ayuda cualquier explorador de lo humano podrá hacer avanzar sus investigaciones, facilitado el camino por el hecho de no tener que depender ya exclusivamente de las realidades escuetas. Es posible que la imaginación esté a punto de reconquistar sus derechos. Si las profundidades de nuestro espíritu cobijan fuerzas sorprendentes, capaces de acrecentar las que existen en la superficie, o de luchar victoriosamente contra ellas, hay un justificado interés en captarlas; en captarlas primero para someterlas después, si conviene, al control de la razón. Los mismos analistas sólo obtendrán beneficios de esto. Pero es preciso destacar que no existe ningún procedimiento que aparezca *a priori* como el más adecuado para la prosecución de tal empresa, que debe considerarse, hasta nueva orden, tanto del resorte de los poetas como de los sabios, no dependiendo sus posibilidades de éxito de los caminos más o menos caprichosos que se utilicen.

◇ ◇ ◇

Con toda justicia, Freud ha centrado su crítica sobre el sueño. Es inadmisible, en efecto, que una parte tan considerable de la actividad psíquica haya retenido tan poco la atención de las gentes hasta ahora, ya que, desde el nacimiento hasta la muerte, no presentando el pensamiento ninguna solución de continuidad, la suma de

los momentos de sueño, medidos como tiempo, y no tomando en cuenta sino el sueño puro, en el dormir, no es inferior a la suma de los momentos de realidad, digamos mejor: de los momentos de vigilia. La extrema diferencia de importancia, de seriedad, que existe para el observador común entre los acontecimientos de la vigilia y los del sueño, me ha sorprendido siempre. Se debe a que el hombre, cuando cesa de dormir, se convierte ante todo en juguete de su memoria. En estado normal, ésta se complace en exponerle muy vagamente las circunstancias del sueño, en privar a este último de toda consecuencia actual, haciendo partir la causa *determinante* del punto en que se cree haberla dejado algunas horas antes: esta esperanza sólida, aquella preocupación. El hombre se forja así la ilusión de continuar con algo que tiene valor. Queda el sueño limitado a un paréntesis, como la noche. Y no es mejor consejero que ésta. Tan singular estado de cosas merece algunas reflexiones.

1º Dentro de los límites en que se desarrolla (o parece desarrollarse), el sueño se nos presenta como continuo y poseyendo trazas de organización. Sólo la memoria se arroga el derecho de efectuar cortes, de prescindir de las transiciones, ofreciéndonos más bien una serie de sueños que *el sueño*. De igual modo tenemos a cada instante, de lo real, apariencias distintas, cuya coordinación es privativa de la voluntad.* Interesa destacar, pues, que nada hay que nos autorice a admitir

* Es necesario tener en cuenta el *espesor* del sueño. En general, yo retengo solamente lo que me llega de las capas superficiales. Lo que más me gusta tomar en cuenta es todo aquello que se desvanece al despertar, todo lo que no me ha quedado del empleo de la jornada precedente, follaje sombrío, ramas idiotas. De igual modo, en la "realidad" prefiero *caer*.

en el sueño una mayor disipación de sus elementos constitutivos. Lamento tener que expresarme según una fórmula que, en principio, excluye el sueño. ¿Cuándo habrá lógicos y filósofos durmientes? Quisiera dormir, para poder entregarme a los que duermen, del mismo modo que me entrego a los que me leen, con los ojos bien abiertos; para acabar con el predominio del ritmo consciente de mi pensamiento en este asunto. Tal vez mi sueño de la última noche sea continuación del de la noche anterior, y a su vez sea seguido por el de la próxima noche, con un rigor digno de encomio. *Todo es posible*, como suele decirse. Y como no está de ningún modo probado que al suceder tal cosa, la "realidad" que me ocupa subsista durante el sueño y no se hunda en lo inmemorial, ¿por qué no otorgaré al sueño lo que rehúso a veces a la realidad, es decir, ese valor de certidumbre en sí misma, que, en su oportunidad, no esté expuesto a mi repudio? ¿Por qué no he de esperar del indicio del sueño más de lo que espero de un grado de conciencia cada día más elevado? ¿No podría aplicarse también el sueño a la solución de los problemas fundamentales de la vida? ¿Se trataría de idénticos problemas en uno y otro caso? ¿Ya estarían planteados esos problemas en el sueño? ¿Está el sueño menos abrumado de sanciones que todo lo restante? Yo voy envejeciendo y, más que esta realidad a la que me creo constreñido, quizás sea el sueño, la indiferencia en que lo tengo, lo que me hace envejecer.

2º Retomo una vez más el estado de vigilia. Me veo obligado a considerarlo un fenómeno de interferencia. En tal condición el espíritu muestra no solamente una extraña tendencia a la desorientación (es la historia de los lapsus y equivocaciones de toda especie, cuyo secreto comienza a sernos revelado), sino que hasta en su

funcionamiento normal parece sólo obedecer a sugestiones procedentes de esa noche profunda con la que lo vinculo. Por firme que parezca, el equilibrio del espíritu es relativo. Apenas se atreve a opinar, y si lo hace, es para limitarse a comprobar que determinada idea o determinada mujer lo *impresiona*. Especificar qué clase de impresión sea, no puede hacerlo, dando con ello tan sólo la medida de su subjetivismo. Esa idea, esa mujer lo perturban, inclinándolo a una menor severidad; el resultado es que lo aíslan por un segundo de su disolvente y lo depositan en el cielo, tal vez como un hermoso precipitado, que sin duda es. No sabiendo qué hacer, invoca entonces el azar, divinidad más oscura que las otras, a la que endosa todos sus extravíos. ¿Quién me asegura que el ángulo bajo el cual se presenta esa idea que lo conmueve, o lo que lo entusiasma en los ojos de esa mujer, no sea *precisamente* lo que lo une a su sueño, lo que lo encadena a datos perdidos por su culpa? Y si no fuera así, ¿de qué cosas sería capaz? Quisiera entregarle la llave de ese corredor.

3º El espíritu del que sueña se satisface ampliamente con cuanto le ocurre. El angustioso dilema de la posibilidad ya no se plantea. Mata, vuela más velozmente, ama todo lo que quieras, y si mueres, ¿no estás seguro de que despertarás de entre los muertos? Déjate llevar; los acontecimientos no admiten que los postergues. ¿Qué razón, pregunto, qué razón de mayor magnitud que otra confiere al sueño esa actitud natural y me hace acoger sin reservas una multitud de episodios cuya singularidad me fulminaría en el momento en que escribo? Y sin embargo tengo que creer a mis ojos, a mis oídos: ha llegado el hermoso día, la bestia ha hablado.

Si el despertar del hombre es más duro, si se rompe demasiado bien el encanto, se debe a que lo han impulsado a forjarse una pobre idea de la expiación.

4º Desde el momento en que se lo someta a un examen metódico y en que –por medios que habrán de determinarse– se logre tener idea del sueño en su totalidad (lo que presupone una disciplina de la memoria que exigirá muchas generaciones; comencemos, con todo, por registrar ahora los hechos salientes), en que su curva se desarrolle con regularidad y amplitud sin precedentes, se puede esperar que desaparezcan los misterios que no existen para dar lugar al Gran Misterio. Yo creo firmemente en la fusión futura de esos dos estados, aparentemente tan contradictorios: el sueño y la realidad, en una especie de realidad absoluta, de *superrealidad*. A su conquista me encamino, seguro de no lograrla, pero con la suficiente indiferencia hacia mi muerte como para calcular un poco el placer de tal posesión.

Se cuenta de Saint-Pol-Roux que todos los días, en el momento de irse a dormir, hacía colocar en la puerta de su residencia de Camaret un letrero en el que se leía: EL POETA TRABAJA.

Habría aún mucho que decir, pero he querido sólo rozar de paso un tema que requeriría por sí solo una exposición demasiado extensa y un rigor más estricto: ya volveré sobre él. Aquí fue mi intención tan sólo poner en claro el *odio hacia lo maravilloso* y el deseo de ridiculizarlo que corroe a ciertos hombres. Terminemos de una vez: lo maravilloso es siempre bello, cualquier especie de maravilloso es bello, y no hay nada fuera de lo maravilloso que sea bello.

◇ ◇ ◇

En el dominio literario, sólo lo maravilloso puede fecundar obras tributarias de un género tan inferior como la novela, o todo lo que participe, en líneas gene-

rales, de la anécdota. *El Monje* de Lewis[2] constituye una prueba admirable. El soplo de lo maravilloso lo anima por entero. Mucho antes de que el autor haya liberado a sus personajes principales de toda coacción temporal, se los siente dispuestos a actuar con una altivez sin precedentes. Esa pasión por lo eterno que los mueve presta continuamente acentos inolvidables a sus tormentos y al mío. Lo considero un libro que exalta, del principio al fin, y con pureza inigualable, aquella parte del espíritu que aspira a abandonar la tierra; considero también que, despojado de una parte insignificante de su intriga novelesca, al gusto de la época, constituye un modelo de precisión y de inocente grandeza.* No creo que haya nada mejor, y el personaje de Matilde, en especial, representa la creación más emocionante que pueda ponerse en el activo de ese modo *figurado* de literatura. Más que un personaje es una tentación permanente. ¿Y qué puede ser un personaje si deja de ser una tentación? Tentación extrema. El "nada es imposible para el que se atreve" logra en *El Monje* toda su convincente medida. Las apariciones tienen un papel lógico, puesto que el espíritu crítico no se apodera de ellas para refutarlas. De modo igualmente legítimo está tratado el castigo de Ambrosio, ya que finalmente el espíritu crítico lo acepta como desenlace natural.

Puede parecer arbitrario que yo proponga este modelo, cuando lo maravilloso ha sido el alimento constante de las literaturas nórdicas y orientales, sin hacer mención de las literaturas religiosas de todos los países. Esto se debe a que la mayor parte de los ejemplos que hubiese podido presentar de tales literaturas están in-

* Lo admirable en lo fantástico es que desaparece lo fantástico: sólo existe lo real.

festados de puerilidad, por la sencilla razón de que se destinan a los niños. A éstos se les priva demasiado pronto de lo maravilloso, y más adelante ya no conservan la indispensable virginidad de espíritu para sentir un placer intenso con *Piel de Asno*. Por encantadores que sean los cuentos de hadas, el hombre creería sentirse disminuido si se nutriera de ellos, y convengo que no todos son adecuados a su edad. El tejido de adorables inverosimilitudes ha de ser cada vez más sutil a medida que se avanza, y todavía estamos a la espera de esa clase de arañas... Pero las facultades no cambian radicalmente: el miedo, la atracción por lo insólito, las oportunidades, el gusto por el lujo son resortes a los que nunca se recurrirá en vano. Quedan por escribir cuentos para adultos, cuentos que han de ser casi fábulas también.

Lo maravilloso no es igual en todas las épocas; participa oscuramente de una especie de revelación general de la que sólo nos llega algún detalle: las *ruinas* románticas, el *maniquí* moderno o cualquier otro símbolo capaz de conmover la sensibilidad del hombre durante cierto tiempo. Dentro de esos marcos que provocan una sonrisa, siempre aparece, sin embargo, la irremediable inquietud humana, y por eso los tomo en cuenta, juzgándolos íntimamente unidos a aquellas producciones geniales que están más dolorosamente afectadas por ella. Son las horcas de Villon, las griegas de Racine, los divanes de Baudelaire. Coinciden con un eclipse del gusto que estoy conformado para soportar, ya que me forjo del gusto la idea de una gran mancha. En el mal gusto de mi época me esfuerzo por superar a todos. De haber vivido en 1820, yo hubiese sido el de "la monja ensangrentada"[3]; yo no habría escatimado el cazurro y trivial "Disimulemos" de que habla el parodista Cuisin;

a mí me habría correspondido recorrer en metáforas gigantescas, como él dice, todas las fases del "Disco plateado". Pero hoy pienso en un *castillo*, una de cuyas mitades no ha de estar forzosamente en ruinas. Ese castillo me pertenece; lo veo en un paisaje agreste, no lejos de París. Tiene infinitas dependencias, y los interiores han sido fabulosamente restaurados, de modo que nada quedara por desear en lo que respecta al confort. Se detienen automóviles ante su puerta, oculta por la sombra de los árboles. Algunos amigos míos se encuentran instalados allí definitivamente: ahí está Luis Aragon que sale –apenas tiene tiempo para saludarnos–; Philippe Soupault se levanta con las estrellas, y Paul Eluard, nuestro gran Eluard, no ha vuelto todavía. Robert Desnos y Roger Vitrac están en el parque descifrando un antiguo edicto sobre el duelo; y Georges Auric y Jean Paulhan; y Max Morise, que rema tan bien, y Benjamin Péret con sus ecuaciones de pájaros; y Joseph Delteil; y Jean Carrive; y Georges Limbour, y Georges Limbour (hay toda una retahíla de Georges Limbour), y Marcel Noll; aquí está también T. Fraenkel, que nos hace señas desde su globo cautivo, y Georges Malkine, Antonin Artaud, Francis Gérard, Pierre Naville, J. A. Boiffard; más allá Jacques Baron y su hermano, apuestos y cordiales, y tantos otros, y también mujeres arrebatadoras, os lo aseguro.

¿De qué podéis pretender que se abstengan todos estos jóvenes? Sus deseos son órdenes para la riqueza. Francis Picabia nos visita, y la semana pasada, en la galería de los espejos, hemos recibido a un tal Marcel Duchamp, a quien todavía no conocíamos. Picasso se dedica a cazar por los contornos. El espíritu de *desmoralización* ha instalado su sede en el castillo y nos las tenemos que ver con él cada vez que se trata de las relaciones con nuestros semejantes; pero las puertas están siempre abiertas, y ya se sabe que no se comienza por "dar las gracias" a las gentes. Por lo demás, la soledad es amplia; no es fácil que nos encontremos a menudo. Y a la postre, ¿no es lo esencial que seamos nuestros propios amos y también los amos de las mujeres y del amor?

Se me acusará de impostura poética; todos se irán murmurando que yo vivo en la calle Fontaine y que no beberán de esa agua.[4] ¡Caray! Pero ¿quién puede afirmar que ese castillo del que le hago los honores es mera ilusión? ¿Y si ese palacio existiera, a pesar de todo? Allí están mis huéspedes para atestiguarlo, llegados allí por el sendero luminoso de sus caprichos. Cuando *estamos allí* vivimos realmente según nuestra fantasía. ¿Y cómo podrían molestarse unos a otros, allí, donde se está a cubierto de la persecución sentimental y donde las ocasiones se dan cita?

◇ ◇ ◇

El hombre propone y dispone. Solamente de él depende llegar a pertenecerse por entero, o sea, mantener en estado anárquico las huestes cada vez más temibles de sus deseos. Se lo enseña la poesía, que lleva en sí misma la compensación perfecta de las miserias que soportamos. Puede hasta convertirse en ordenadora, a poco que bajo los efectos de una decepción menos íntima se decida a tomarla por lo trágico. ¡Llegará el tiempo en que ella decrete el fin del dinero y parta sola el pan del cielo para la tierra! Habrá aún asambleas en las plazas públicas y *movimientos* en los que no teníais pensado intervenir. ¡Adiós las absurdas selecciones, los sueños de abismos, las rivalidades, las largas paciencias,

la fuga de las estaciones, el orden artificial de las ideas, la pendiente peligrosa, el tiempo para todo! Que se tomen simplemente el trabajo de *practicar* la poesía. ¿No nos corresponde a nosotros, que ya estamos en ella, intentar que prevalezca lo que consideramos nuestra más amplia fuente de conocimiento?

No importa que haya cierta desproporción entre esta defensa y los ejemplos que seguirán. Se trataba de remontarse hasta las fuentes de la imaginación poética, y lo que es más importante, mantenerse ahí. No pretendo haberlo logrado. Tiene que afrontar una gran responsabilidad quien quiera establecerse en esas regiones apartadas donde todo parece, en un comienzo, andar tan mal, especialmente si se quiere conducir allí a algún otro. Por otra parte, nunca se puede estar seguro de encontrarse efectivamente allí. Para estar igualmente mal, muchos hay que están dispuestos a detenerse en cualquier otra parte. De todos modos ya existe una flecha que señala la dirección de ese país; el arribo a la verdadera meta depende ahora solamente de la fortaleza del viajero.

◇ ◇ ◇

Se conoce, con bastante aproximación, el camino seguido. Tuve ocasión de contar, en el desarrollo de un estudio sobre el caso de Robert Desnos, intitulado "La entrada de los mediums"*, de qué modo me sentí impulsado a "fijar la atención en algunas frases más o menos truncas que, en estado de completa soledad y a punto de caer vencido por el sueño, se hacen perceptibles al espíritu, sin que sea posible descubrir en ellas ninguna

* Ver *Les Pas Perdus*, N. R. F.

determinación preliminar". Por entonces abordaba yo la aventura poética con las mínimas perspectivas, lo que significa que, con las mismas aspiraciones que hoy, confiaba empero entonces en la lentitud de la elaboración para ponerme a cubierto de contactos superfluos; contactos que yo desaprobaba enérgicamente. Había en esto un pudor del pensamiento del que todavía conservo rastros. Al final de mis días llegaré, sin duda con dificultad, a hablar como hay que hablar, disculpando mi voz y mi limitado número de gestos. La virtud de la palabra, y más aún la de la escritura, me parecía residir en la facultad de abreviar de modo sorprendente la exposición (ya que había una exposición) de un pequeño número de hechos, poéticos o de otra índole, de los que yo constituía la substancia. Me imaginaba que no de otro modo había procedido Rimbaud. Con un prurito de variedad, digno de mejor suerte, compuse los últimos poemas de *Monte de Piedad* [5], es decir que llegué a obtener de las líneas blancas de ese libro un partido increíble. Esas líneas significaban cerrar los ojos ante operaciones de la mente que yo creía imprescindible escamotear al lector. No había trampa de mi parte, sino afán de violentar. Lograba la ilusión de una complicidad posible, de la cual podía prescindir cada vez menos. Me había puesto a pulir exageradamente las palabras, teniendo en cuenta el espacio que toleran a su alrededor o los contactos con un sinnúmero de palabras que yo no pronunciaba. El poema *Selva Negra* procede íntegramente de este estado de ánimo. Tardé seis meses en escribirlo y puede creérseme que no descansé un solo día. Pero entonces estaba en juego la estima que sentía por mí mismo; no es una razón, ustedes sabrán comprender. Me complacen estas confesiones idiotas. Por aquel tiempo intentaban implantar la seudo-poesía cu-

bista; pero había nacido inerme del cerebro de Picasso; y en lo que a mí respecta, pasaba por ser más aburrido que una ostra (y aún paso por serlo). Por otra parte, yo sospechaba haber errado el camino desde el punto de vista poético; pero salvaba lo que podía, desafiando al lirismo a fuerza de definiciones y recetas (no debía tardar en producirse el fenómeno Dada) y haciendo como que buscaba una aplicación de la poesía en la publicidad (yo afirmaba que el mundo no acabaría con un buen libro, sino con un hermoso anuncio para el cielo o el infierno).

Hacia la misma época, un hombre, Pierre Reverdy, por lo menos tan aburrido como yo escribía:

La imagen es una creación pura del espíritu.

No puede nacer de una comparación sino del acercamiento de dos realidades más o menos alejadas.

*Cuanto más distantes y precisas sean las relaciones entre las dos realidades que se ponen en contacto, más intensa será la imagen, y tendrá más fuerza emotiva y realidad poética...**

Estas palabras, aunque sibilinas para los profanos, eran profundamente reveladoras, y medité sobre ellas mucho tiempo. Pero la imagen se me escapaba. La estética de Reverdy, de índole absolutamente *a posteriori*, me hacía tomar los efectos por causas. Por esa época sucedió que me vi impelido a renunciar definitivamente a mi punto de vista.

Ocurrió una noche que, al empezar a dormirme, percibí claramente articulada, de modo tal que resultaba imposible cambiar una palabra, pero carente del

* *Nord-Sud*, marzo de 1918.

sonido peculiar a cualquier voz, una frase asaz singular, que me llegaba sin tener relación con los acontecimientos que, por confesión de mi conciencia, me ocupaban en ese momento. Era una frase insistente, una frase que me atrevería a decir: *llamaba* a la ventana. Yo la capté inmediatamente, y me disponía a pasar a otra cosa, cuando su carácter orgánico me retuvo. Realmente esa frase me desconcertaba; desgraciadamente no la he conservado con precisión hasta hoy; era algo así como: "Hay un hombre cortado en dos por la ventana". Y no podía haber confusión, ya que iba acompañada de la débil representación visual* de un hombre que caminaba, cortado en la mitad de su altura por una ventana perpendicular al eje de su cuerpo. Se trataba sin duda del simple efecto de enderezamiento en el espacio de la figura de un hombre asomado a una ventana. Pero habiendo la ventana acompañado al hombre en su des-

* De ser pintor, hubiera predominado, sin duda, esta impresión visual sobre la otra. Mi particular predisposición fue lo decisivo. Desde ese día me ha ocurrido a menudo concentrar voluntariamente la atención sobre análogas apariciones, y puedo asegurar que no ceden un ápice en nitidez a los fenómenos auditivos. Provisto de lápiz y papel, me sería fácil reproducir los contornos, puesto que no se trata en estos casos de dibujar, *sino de calcar*. Habría podido así diseñar un árbol, una ola, un instrumento musical, cosas de las que normalmente soy incapaz de dar el bosquejo más elemental. Me introduciría sin temor de extraviarme en un dédalo de líneas que al comienzo no parecen llevar a nada concreto. Y al abrir los ojos tendría una muy fuerte impresión de cosa "nunca vista". La prueba de lo que digo ha sido suministrada repetidas veces por Robert Desnos: bastará hojear el número 36 de *Feuilles Libres*, que contiene varios dibujos suyos (Romeo y Julieta, Un hombre ha muerto esta mañana, etc.), publicados inocentemente por dicha revista como dibujos de alienados.

plazamiento, me di cuenta de que me encontraba frente a una imagen bastante extraña, y repentinamente me dominó la idea de incorporarla a mi material de construcción poética. No bien habíale acordado este merecimiento cuando se presentó una retahíla de frases que me pasmaron en igual medida, dejándome una impresión tal de gratuidad que se me apareció como ilusorio el dominio que hasta entonces había tenido sobre mí mismo, y no pensé más que en poner término a la interminable querella desarrollada en mi interior.*

Estando, por entonces, totalmente absorbido por Freud, con cuyos métodos de examen –que tuve ocasión de practicar sobre algunos enfermos durante la guerra– me había familiarizado, decidí obtener de mí mismo lo que se busca obtener de ellos, es decir, un monólogo de elocución lo más rápido posible, sobre el cual el espíritu crítico del sujeto no pudiera dirigir ningún juicio; que no estuviera trabado por ninguna reticencia ulterior; que constituyera, en fin, lo más exactamente posible, un *pensamiento parlante*. Me había parecido siempre –y también ahora me parece– (la forma como había entrado en contacto con la frase del hombre cortado lo atestiguaba) que la velocidad del pensamiento no es superior a la de la palabra, de modo

* Knut Hamsun hace depender del *hambre* este tipo de revelación que ha hecho presa de mí, y probablemente no esté equivocado (el hecho es que en esa época yo no comía todos los días). Seguramente relata experiencias de esa índole cuando se expresa en los siguientes términos: *"Al día siguiente me desperté temprano. Todavía era de noche. Hacía ya un buen rato que tenía los ojos abiertos, cuando oí que el reloj del departamento inferior daba las cinco. Quise volver a dormirme pero no lo conseguí: estaba completamente desvelado y mil cosas bullían en mi cabeza. De golpe acudieron a mi mente algunos excelentes*

que no supera fatalmente ni a la lengua, ni siquiera a la pluma que escribe. Fue con esta disposición de espíritu que Philippe Soupault, a quien había hecho partícipe de mis primeras conclusiones, y yo, nos pusimos a borronear cuartillas, con loable menosprecio por las consecuencias literarias de esta empresa. La facilidad de realización hizo el resto. Al cabo del primero día nos leímos unas cincuenta páginas obtenidas con dicho procedimiento, y nos pusimos a comparar los resultados. En general, había una notable analogía entre los textos de Soupault y los míos: se notaban los mismos vicios de construcción, los mismos decaimientos, pero también en todos la ilusión de una facundia extraordinaria, una emoción desbordante, una considerable selección de imágenes de tal calidad como no hubiésemos sido capaces de preparar igual ni una sola en mucho tiempo, un acento pintoresco muy peculiar y, aquí y allá, algunas

fragmentos apropiados para utilizarlos en una nota o un artículo; el azar me ofrecía frases muy hermosas, como nunca se me habían ocurrido antes. Las repetía lentamente palabra por palabra; eran espléndidas. Y venían incesamentemente. Entonces me levanté y busqué lápiz y papel en la mesa detrás de mi lecho. Era como si una vena se hubiera roto dentro de mí, las palabras se sucedían unas a otras, se adaptaban a cada situación, las escenas se acumulaban, la acción se desarrollaba, las réplicas surgían en mi cerebro. Sentía un placer prodigioso. Los pensamientos acudían con tal rapidez y seguían fluyendo en abundancia tal que yo perdía un sin fin de detalles sutiles a causa de que mi lápiz no era suficientemente veloz, a pesar de que yo me apresuraba, con mi mano en constante movimiento, sin perder un minuto. Las frases continuaban atropellándose en mí. Yo estaba repleto de mi tema..."
Apollinaire sostenía que los primeros cuadros de Chirico fueron pintados bajo el influjo de trastornos cenestésicos (jaquecas, cólicos).

frases agudamente burlescas. La única diferencia entre los textos de ambos me pareció que estribaba en lo distinto de nuestros temperamentos (menos estático el de Soupault) y —si me permite una ligera crítica— en que cometió el error de colocar en la cabecera de algunas páginas —sin duda por espíritu de mistificación— ciertas palabras a guisa de títulos. Tengo que hacerle justicia, en cambio, por haberse opuesto tenazmente al menor retoque, a la más mínima corrección, cuando algún pasaje me parecía poco logrado. En esto tuvo la más completa razón*, ya que resulta, en verdad, muy difícil estimar en su justo valor los diversos elementos presentes, y puede asegurarse que es imposible hacerlo en una primera lectura. Para quien escriba, al principio esos elementos le resultarán *tan extraños como a cualquier otro*, y naturalmente sentirá desconfianza. Desde un punto de vista poético se recomiendan sobre todo por un grado muy alto de *inmediata absurdidad*, que cede lugar, después de un examen más profundo, a cuanto hay de más legítimo y admisible en el mundo, o sea la divulgación de cierto número de propiedades y hechos no menos objetivos, en suma, que cualesquiera otros.

Como homenaje a Guillaume Apollinaire, que acababa de fallecer, y que nos pareció haberse entregado,

* Estoy cada vez más convencido de la infalibilidad de mi pensamiento con respecto a mí mismo, lo que es muy fundado. Con todo, en esta *escritura del pensamiento*, donde se está a merced de cualquier distracción exterior, pueden producirse "mejunjes". No tendría disculpas tratar de disimularlos. El pensamiento es, por definición, fuerte e incapaz de incurrir en errores. Las evidentes debilidades que aparezcan hay que achacarlas a las sugestiones que le llegan de afuera.

en oportunidades, a ejercicios de esa índole, sin sacrificar empero totalmente los recursos literarios triviales, Soupault y yo designamos con el nombre de *surrealismo* la nueva forma de expresión pura de que disponíamos, y de la cual nos urgía hacer partícipes a nuestros amigos. Creo que hoy ya no es necesario insistir sobre esta palabra, puesto que la acepción que nosotros le hemos dado ha prevalecido sobre la acepción apollineriana. Con más razón todavía, hubiéramos podido adoptar el vocablo *supernaturalismo*, empleado por Gérard de Nerval en la dedicatoria de las *Hijas del Fuego**. Nerval poseía, a lo que parece, en el más alto grado ese *espíritu* que nosotros reivindicamos, en tanto que Apollinaire sólo alcanzó a poseer la *letra*, todavía imperfecta, del surrealismo, y se mostró impotente para forjar una concepción teórica que nos conquistara. He aquí dos frases de Nerval que me parecen a este respecto muy significativas[6]:

"Quiero explicarle, querido Dumas, el fenómeno que usted mencionó más arriba. Ya sabe que existen ciertos narradores que no pueden inventar fábulas sin identificarse con los personajes de su imaginación. Recuerde con cuánta convicción nuestro viejo amigo Nodier contaba cómo le había ocurrido la desgracia de ser guillotinado durante la Revolución, llegando a tal grado de persuasión que uno se preguntaba cómo logro que le pegaran otra vez la cabeza.

"... Y ya que usted cometió la imprudencia de citar uno de los sonetos compuestos en ese estado de ensueño supernaturalista, *como dirían los alemanes, es necesario que los conozca todos. Los encontrará al final del volumen. No son más oscuros que la metafísica de Hegel o*

* Y también por Thomas Carlyle en *Sartor Resartus* (capítulo VIII: *Supernaturalismo natural*), 1833/34.

los Mémorables *de Swedenborg, y perderían su encanto al explicarlos, aún en el caso de que fuera posible hacerlo. Concédame, al menos, el mérito de la expresión..."* *

◇ ◇ ◇

Sólo por mala fe se nos podría discutir el derecho de emplear la palabra *surrealismo* en el peculiar sentido que nosotros le damos, puesto que resulta evidente que esta palabra antes de nosotros no había conocido fortuna. La defino, pues, de una vez por todas:

SURREALISMO: s.m. Automatismo psíquico puro por cuyo medio se intenta expresar tanto verbalmente como por escrito o de cualquier otro modo el funcionamiento real del pensamiento. Dictado del pensamiento, con exclusión de todo control ejercido por la razón y al margen de cualquier preocupación estética o moral.

ENCICLOPEDIA: *Filos*. El surrealismo se basa en la creencia en la realidad superior de ciertas formas de asociación que habían sido desestimadas, en la omnipotencia del sueño, en la actividad desinteresada del pensamiento. Tiende a provocar la ruina definitiva de todos los otros mecanismos psíquicos, y a suplantarlos en la solución de los principales problemas de la vida. Han hecho profesión de fe de SURREALISMO ABSOLUTO: Aragon, Baron, Boiffard, Breton, Carrive, Crevel, Delteil, Desnos, Eluard, Gérard, Limbour, Malkine, Morise, Naville, Noll, Péret, Picon, Soupault, Vitrac.

Parecen ser éstos los únicos hasta el presente, y no habría posibilidad de error a no ser por el caso apasionante de Isidore Ducasse, sobre el que carezco de datos suficientes. Cierto que, teniendo en cuenta de un modo

* Ver también el IDEORREALISMO de Saint-Pol-Roux.

superficial los resultados, buen número de poetas podrían pasar por surrealistas, comenzando por Dante y, en sus buenos momentos, Shakespeare. *En el curso de diversas tentativas de reducción, a las que me he librado de lo que, por abuso de confianza, se denomina genio, no he encontrado nada que pudiera atribuirse concluyentemente a un proceso distinto del que estamos tratando.*

Las *Noches* de Young son surrealistas de un extremo al otro; desgraciadamente es un sacerdote el que habla, un mal sacerdote sin duda, pero sacerdote al fin.

Swift es surrealista en la malignidad.

Sade es surrealista en el sadismo.

Chateaubriand es surrealista en el exotismo.

Constant es surrealista en política.

Hugo es surrealista cuando no es estúpido.

Desbordes-Valmore es surrealista en el amor.

Bertrand es surrealista en el pasado.

Rabbe es surrealista en la muerte.

Poe es surrealista en la aventura.

Baudelaire es surrealista en la moral.

Rimbaud es surrealista en la práctica de la vida y en cualquier parte.

Mallarmé es surrealista en la confidencia.

Jarry es surrealista en el ajenjo.

Nouveau es surrealista en el beso.

Saint-Pol-Roux es surrealista en el símbolo.

Fargue es surrealista en la atmósfera.

Vaché es surrealista en mí.

Reverdy es surrealista en su casa.

Saint-John Perse es surrealista a la distancia.

Roussel es surrealista en la anécdota.

Etcétera.

Insisto en que no siempre son surrealistas, puesto que puedo descubrir en ellos cierto número de ideas

preconcebidas a las cuales ingenuamente se aferran; y lo hacen porque no llegaron a *percibir la voz surrealista*, la que continúa predicando aún la víspera de la muerte y por sobre las tempestades; o porque no se resignaron a hacer de meros orquestadores de una maravillosa partitura. Al hecho de constituir instrumentos demasiado arrogantes se debe que no hayan dado siempre sonidos armoniosos*.

Pero nosotros, que no hemos efectuado el menor trabajo de filtración, que nos hemos convertido en nuestras obras en receptores pasivos de múltiples ecos, en *modestos aparatos registradores* que no se hipnotizan ante el trazado que registran, creemos servir una causa más noble; devolvemos con probidad el "talento" que nos prestan. Podéis hablarme, si queréis, del talento de ese metro de platino, de aquel espejo, de esta puerta, del cielo.

No, no tenemos talento; preguntad a Philippe Soupault:

"Las manufacturas anatómicas y las habitaciones baratas destruirán las más elevadas ciudades".

A Roger Vitrac:

"Apenas había invocado al mármol-almirante, cuando éste giró sobre sus talones como un caballo que se encabrita ante la estrella polar, designándome en el plano

* Lo mismo podría decirse de algunos filósofos y de algunos pintores, limitándome a citar entre estos últimos a Paolo Uccello en los tiempos antiguos, y en los modernos a Seurat, a Gustave Moreau, a Matisse (en *La música*, por ejemplo), a Derain, a Picasso (el más puro, de lejos), a Braque, a Duchamp, a Picabia, a De Chirico (por tanto tiempo admirable), a Klee, a Man Ray, a Max Ernst, y muy cerca de nosotros, a André Masson.

de su bicornio una región en la que yo debía pasar el resto de mis días".

A Paul Éluard:

"Relato una historia muy conocida; releo un poema célebre; estoy apoyado contra un muro, con orejas que reverdecen y labios calcinados".

A Max Morise:

"El oso de las cavernas con su compañera la abutarda, el 'mil hojas' con su mucama la hoja, el gran canciller con su señora la cancela, el espantapájaros con su compadre el pájaro, la probeta con su hija la aguja, el carnívoro y su hermano el carnaval, el barrendero y su monóculo, el Mississipi y su faldero, el coral y su jarra lechera, el Milagro con su Buen Dios, no tienen más que desaparecer de la superficie del mar".

A Joseph Delteil:

"¡Ay! Yo creo en la virtud de los pájaros; basta sólo una pluma para hacerme morir de risa".

A Louis Aragon:

"Durante una interrupción del partido, mientras los jugadores se reunían alrededor de una llameante taza de punch, le pregunté al árbol si conservaba todavía su cinta roja".

Y a mí mismo, que no he podido evitar el escribir las líneas serpenteantes, enloquecedoras, de este prefacio.

Preguntadle también a Robert Desnos, que de todos nosotros es el que está, quizá, más próximo a la verdad

surrealista, y quien en obras aún inéditas* y a lo largo de múltiples experiencias a las que se ha prestado, justifica plenamente la esperanza que yo cifraba en el surrealismo y me obliga a esperar todavía mucho más. Hoy en día, Desnos *habla el idioma surrealista* a voluntad. La prodigiosa agilidad con que sigue oralmente su pensamiento nos da, cuantas veces querramos, espléndidos discursos que se pierden, pues a Desnos le ocupan cosas más *importantes* que el retenerlos. Lee en sí mismo como en un libro abierto y no hace ningún esfuerzo por conservar las cuartillas que se desparraman con el viento de su vida.

* *Nouvelles Hébrides, Désordre Formel, Deuil pour Deuil.*

Composición surrealista escrita, o el borrador primero y definitivo.

Hazte traer con qué escribir, después de haberte instalado en un lugar lo más favorable posible para la concentración del espíritu en sí mismo. Colócate en el estado más pasivo o receptivo que puedas. Haz abstracción de tu genio, de tus talentos y del de todos los demás. Dí bien alto que la literatura es uno de los más tristes caminos que conducen a todo. Escribe velozmente, sin tema previo, con tal rapidez que te impida recordar lo escrito o caer en la tentación de releerlo. La primera frase vendrá sola, puesto que cada segundo hay una frase, ajena a nuestro pensamiento consciente, que pugna por manifestarse. Es bastante difícil pronunciarse sobre el caso de la frase siguiente, la que sin duda participa a la vez de nuestra actividad consciente y de la otra, si se admite que el haber escrito la primera frase implica un mínimo de percepción. Pero esto no debe preocuparte, porque allí reside en su mayor parte el interés del juego surrealista. Siempre sucede que la puntuación se opone a la absoluta continuidad del flujo verbal, aunque parezca tan indispensable como la distribución de los nudos en una cuerda vibrante. Continúa así todo el tiempo que te plazca. Confía en el carácter

inagotable del murmullo. Si el silencio amenaza imperar aprovechando la menor falla –que se podría llamar falla de distracción–, tacha entonces sin vacilar una línea demasiado clara, y a continuación de la palabra cuyo origen es sospechoso, coloca una letra cualquiera, la *l*, por ejemplo, y siempre la *l*, retornando de ese modo a lo arbitrario al imponer dicha letra como inicial del vocablo que ha de venir.

Para dejar de aburrirse en compañía

Es muy difícil. Trata de no estar en casa para nadie y, a veces, aunque ninguno haya quebrantado la consigna, interrumpiéndote en plena actividad surrealista y cruzándote de brazos contesta: "Tanto da; quizá haya algo mejor que hacer o que no hacer. El interés de la vida no se mantiene. ¡Simplicidad, lo que me está pasando todavía me fastidia!" o cualquier otra indignante trivialidad.

Para hacer discursos

Hacerse inscribir la víspera de las elecciones, en el primer país que juzgue oportuno recurrir a ese género de consultas. Cualquiera lleva en sí la materia de un orador: telas multicolores y pedrerías de palabras. Gracias al surrealismo podrá sorprender en toda su pobreza a la desesperación. Un atardecer, subido a un estrado, destrozará él solo al cielo eterno, esa Piel de Oso[7]. Prometerá tanto, que cumplir algo, por poco que sea, causará asombro. Dará a las reivindicaciones de todo un pueblo un rumbo parcial e irrisorio. Conciliará a los adversarios más irreductibles en un secreto deseo que hará estallar todas las patrias. Y logrará todo esto con

sólo dejarse levantar por la palabra inmensa que se derrite en piedad y echa a rodar en odio. Incapaz de desfallecimientos, jugará ganando sobre el tapete de todos los desfallecimientos[8]. Será realmente elegido, y las mujeres más dulces lo amarán con violencia.

Para escribir falsas novelas

Quienquiera que seas, si el corazón te lo pide, comienza por quemar unas hojas de laurel, y sin preocuparte por mantener ese magro fuego, prepárate a escribir una novela. El surrealismo te lo permitirá: basta cambiar la aguja pasándola de "Tiempo estable" a "Acción", y se habrá realizado el truco. He aquí diversos personajes de apariencia bastante desorbitada; sus nombres en tu escritura se reducen a una cuestión de mayúsculas, y se comportarán frente a los verbos activos con la misma soltura que tiene el pronombre impersonal francés *il* frente a las palabras: *pleut, y a, faut*, etc.[9] Los dirigirán, por así decir, y ten por seguro que cuando la observación, la reflexión y las facultades de generalización fallen, ellos te prestarán mil intenciones que nunca tuviste. Así, provistos de un número limitado de características físicas y morales, esos seres, que realmente te deben bien poco, no se apartarán de una determinada línea de conducta, del cual ya no necesitas ocuparte. Resulta entonces una intriga de apariencia más o menos ordenada, que justificará punto por punto el desenlace emocionante u optimista que te importa poco. Tu falsa novela imitará maravillosamente una novela verdadera; harás dinero, y todos concordarán en reconocer que "tienes algo en las tripas", ya que, con toda seguridad, allí es donde suele estar ese algo.

Asimismo, por análogo procedimiento, y con la condición de ignorar aquello de lo que vas a tratar, podrás dedicarte con éxito a la falsa crítica.

Para hacerse agradable a una mujer que pasa por la calle

....
....
....
....

Contra la muerte

El surrealismo te introducirá en la muerte que es una sociedad secreta. Te enguantará la mano y enterrará la profunda M con la que comienza la palabra Memoria. No olvides tomar felices disposiciones testamentarias: en lo que a mí respecta, pido que se me conduzca al cementerio en un carro de mudanzas, y que mis amigos destruyan hasta el último ejemplar de la edición del *Discurso sobre la poca Realidad.*



El lenguaje ha sido dado al hombre para que lo utilice de modo surrealista. En la medida en que le es indispensable para hacerse comprender, llegar a expresarse bien o mal, asegurando así el cumplimiento de algunas de las funciones más elementales. Hablar, escribir una carta, no ofrecen para él ninguna dificultad real, siempre que al hacerlo no se proponga un objetivo superior al término medio, o sea, siempre que se limite a conversar (por

el placer de conversar) con alguien. No demuestra ansiedad por las palabras que vendrán, ni por la frase que ha de seguir a la que está pronunciando. Será capaz de responder a quemarropa a las preguntas muy simples. Si carece de los *tics* que se contraen en el trato con el prójimo, puede llegar a pronunciarse espontáneamente sobre un pequeño número de temas, no necesitando para ello "morderse la lengua", ni prepararse con anticipación. ¿Quién le habrá hecho creer que la facultad de responder a boca de jarro sólo puede acarrearle perjuicios cuando se tata de establecer relaciones más delicadas? No existe ninguna cosa sobre la cual tenga que negarse a hablar o escribir abundantemente. Quien se escucha o se lee sólo consigue interrumpir lo oculto, la admirable ayuda. No tengo apuro por comprenderme (al fin y al cabo me comprenderé siempre). Cuando tal o cual frase mía me provoca en el momento una ligera decepción, confío en la frase siguiente para rescatar sus errores, y me cuido bien de rehacerla o perfeccionarla. La mínima pérdida del impulso sería lo único fatal para mí. Las palabras, los grupos de palabras *que se suceden unos a otros*, mantienen entre ellos la máxima solidaridad. No me corresponde a mí favorecer a unos en detrimento de otros. Le corresponde intervenir a una milagrosa compensación, y, en efecto, interviene.

Este lenguaje sin reservas al que trato de volver siempre válido, que me parece adaptarse a todas las circunstancias de la vida, no solamente no me priva de ninguno de mis recursos, sino que, por el contrario, me presta una extraordinaria lucidez precisamente en un dominio donde menos lo esperaba. Llegaré hasta a pretender que me instruye; y, en efecto, me ha tocado usar surrealmente palabras cuyo significado había olvidado, habiendo podido verificar después que las había

usado de acuerdo con su definición precisa. Esto induciría a sospechar que en realidad nada se "aprende", sino que únicamente se "rememora". Así han llegado a hacérseme familiares muchos giros felices. Y no menciono la *conciencia poética de los objetos*, que no he podido adquirir sino con su contacto espiritual mil veces repetido.

Es el diálogo la forma que más conviene al lenguaje surrealista; se enfrentan en él dos pensamientos, de modo tal que mientras uno se entrega, el otro se ocupa de él. ¿Pero de qué modo se ocupa? Si supusiéramos que se lo incorpora habría que admitir que en algún momento podría vivir por completo de este otro pensamiento, lo que resulta muy improbable. Y, en efecto, la atención que le presta es completamente externa: dispone del tiempo para aprobar o desaprobar (generalmente desaprobar), con todas las atenciones de que es capaz el hombre. Un lenguaje así no permite, desde luego, abordar lo profundo de un tema. Mi atención, exigida por una solicitación que no puede razonablemente rechazar, trata al pensamiento del interlocutor como enemigo; en la conversación corriente lo "retoma" casi siempre en las palabras o figuras de que se sirve, y me coloca en situación de sacar partido de ellas en la réplica, desnaturalizándolas. Esto es tan cierto que en algunas psicopatías, en las que los trastornos del sensorio absorben totalmente la atención del enfermo, éste, al seguir respondiendo a las preguntas, se limita a apoderarse del último vocablo que oye o del último trozo de frase surrealista que flota en su espíritu:

"–¿Qué edad tiene usted? –Usted." *(Ecolalia)*
"–¿Cómo se llama? –Cuarenta y cinco casas". *(Síntoma de Ganser o de las respuestas laterales).*

No existe conversación en la que no apunte algo de este desorden. Sólo logran disimularlo pasajeramente el esfuerzo de sociabilidad que domina en aquélla y la gran costumbre que tenemos. En semejantes razones radica también la gran debilidad de todo libro, que debe entrar en incesante conflicto con el espíritu de sus mejores lectores, es decir, los más exigentes. En el brevísimo diálogo que he improvisado más arriba entre un médico y un alienado, a éste le corresponde la mejor parte, ya que se impone con sus respuestas a la atención del médico que lo examina, sin ser el que interroga. ¿Puede decirse que su mente es, en ese instante, la más fuerte? Tal vez. Ya está libre de no tener en cuenta ni su edad ni su nombre.

El surrealismo poético, motivo de este estudio, se ha dedicado hasta ahora a restablecer el diálogo en su verdad absoluta, liberando a los interlocutores de las obligaciones de la cortesía. Cada uno prosigue simplemente su soliloquio, sin tratar de obtener un goce dialéctico particular, ni de imponerse por nada del mundo a su prójimo. La palabra no se propone, como de ordinario, desarrollar una tesis, por insignificante que sea; es desinteresada al máximo. En cuanto a la respuesta que provoca es, en principio, totalmente indiferente para el amor propio del que ha hablado. Los vocablos, las imágenes, se ofrecen sólo como trampolines al espíritu del que escucha. Así deben considerarse en *Los Campos Magnéticos*,[10] primera obra puramente surrealista, las páginas agrupadas bajo el título "Barreras", en las que Soupault y yo mostramos esos interlocutores imparciales.

◇ ◇ ◇

El surrealismo no permite que quienes se le entregan lo abandonen cuando les venga en gana. Todo nos inclina a pensar que actúa sobre el espíritu al modo de los estupefacientes; como ellos crea cierto estado de necesidad, pudiendo impulsar al hombre a terribles rebeliones. Puede admitirse que sea un verdadero paraíso artificial, y que determine goces expuestos al examen crítico que hizo Baudelaire de los otros paraísos. El análisis de los efectos misteriosos y de los placeres especiales que llega a producir no puede dejar de ocupar un lugar en este estudio. Por muchos de sus aspectos el surrealismo se presenta como un *vicio nuevo*, que no parece ser atributo exclusivo de algunos hombres, y que, como el haschisch, puede satisfacer a los consumidores más exigentes.

1º Las imágenes surrealistas, como las que produce el opio, no son evocadas voluntariamente por el hombre, sino que "se le presentan de un modo espontáneo y despótico. No puede alejarlas porque la voluntad ya no tiene poder ni gobierna las facultades mentales*." Queda por saber si alguna vez alguien ha "evocado" imágenes. Si uno se atiene —como yo lo hago— a la definición de Reverdy, no parece que fuera posible acercar voluntariamente lo que él denomina "dos realidades distantes". El acercamiento se produce o no se produce, y eso es todo. Niego, por mi parte, del modo más categórico que las siguientes imágenes de Reverdy:

En el arroyo hay una canción que corre

o:

El día se desplegó como un mantel blanco

* Baudelaire.

o:

El mundo se mete en una bolsa

demuestren el menor grado de premeditación. Es falso, a mi criterio, pretender que "el espíritu ha captado las relaciones" entre las dos realidades en contacto. En primer término, no ha captado nada conscientemente, sino que del acercamiento fortuito de dos términos ha brotado un fulgor particular, el *fulgor de la imagen*, a cuyo brillo somos infinitamente sensibles. El valor de la imagen depende de la belleza de la chispa obtenida, y por lo tanto es función de la diferencia de potencial entre los dos conductores. Cuando esta diferencia es mínima, como pasa en la comparación*, la chispa no se produce. Ahora bien: opino que no está dentro del poder del hombre el concertar el acercamiento de dos realidades tan distantes. El principio de asociación de ideas, tal como lo conocemos, se opone a ello; o habría que retornar a un arte elíptico que Reverdy condena tanto como yo. Es forzoso admitir, entonces, que el espíritu no deduce los términos de la imagen uno del otro *con miras* a engendrar la chispa, sino que son productos simultáneos de la actividad que yo denomino surrealista, limitándose la razón a comprobar y valorar el fenómeno luminoso.

Y así como la longitud de la chispa es mayor cuando ésta se produce a través de gases enrarecidos, la atmósfera surrealista producida por la escritura mecánica, que he intentado poner al alcance de todos, se presta singularmente para producir las más bellas imágenes. Hasta puede decirse que las imágenes aparecen en esa carrera vertiginosa como los únicos conductores del

* Ver la imagen en Jules Renard.

espíritu. Éste se va convenciendo poco a poco de la suprema realidad de esas imágenes. Comienza por tolerarlas, pero pronto advierte que halagan a la razón y que al mismo tiempo acrecientan sus conocimientos. Llega así a darse cuenta de la extensión ilimitada donde se manifiestan sus deseos, donde el pro y el contra se reducen sin cesar y donde su oscuridad no lo traiciona. Avanza conducido por esas imágenes que lo arrebatan y que apenas le dan tiempo para soplar sobre el fuego de sus dedos. Es la noche más bella, *la noche de los relámpagos*: el día, a su lado, es la noche.

Los innumerables tipos de imágenes surrealistas requerirían una clasificación que ahora no me propongo intentar. Agruparlas según sus particulares afinidades me llevaría demasiado lejos. Sólo quiero tener en cuenta lo común de todas ellas. No oculto que para mí la imagen más poderosa es la que presenta el grado más elevado de arbitrariedad; la que exige más tiempo para ser traducida al lenguaje práctico, sea porque encubre una enorme dosis de contradicción aparente, sea porque uno de sus términos haya sido escamoteado curiosamente, sea que anunciándose de un modo sensacional termine resolviéndose débilmente (cerrando bruscamente el ángulo de su compás), sea que deduzca de sí misma una justificación formal irrisoria, sea que entre en el orden alucinatorio, sea que, con la mayor naturalidad, preste a lo abstracto la máscara de lo concreto o viceversa, sea que implique la negación de alguna propiedad física elemental, sea que desencadene la risa. He aquí, por orden, algunos ejemplos:

El rubí del champaña. (Lautréamont)

Bello como la ley que detiene el desarrollo del pecho en

los adultos, cuya propensión al crecimiento no es proporcional a la cantidad de moléculas que su organismo asimila. (Lautréamont)

Una iglesia se erguía resonante como una campana. (Philippe Soupault)

En el sueño de Rrose Sélavy hay un enano que sale de un pozo y va a comer su pan por la noche. (Robert Desnos)

Sobre el puente, el rocío con cabeza de gata se balanceaba. (André Breton)

Algo a la izquierda, en mi firmamento adivinado, percibo —pero sin duda sólo se trata de un vapor de sangre y de crimen— el diamante en bruto de las perturbaciones de la libertad. (Louis Aragon)

En la selva incendiada
Los leones eran frescos. (Roger Vitrac)

El color de las medias de una mujer no es forzosamente igual al de sus ojos, lo que ha hecho decir a un filósofo, cuyo nombre no vale la pena mencionar: "Los cefalópodos tienen más motivos que los cuadrúpedos para odiar el progreso". (Max Morise)

Quiérase o no hay allí material para satisfacer diversas exigencias del espíritu. Todas esas imágenes parecen testimoniar que el espíritu está maduro para cosas más importantes que las benignas alegrías a las que se entrega habitualmente. Es el único medio a su alcance

de utilizar en provecho propio la cantidad ideal de acontecimientos de los que está cargado.* Esas imágenes le dan la medida de su modo habitual de malgastarse y de los inconvenientes que esto le ocasiona. Y no es perjudicial que acaben por desconcertarlo, pues desconcertar al espíritu es probarle su error. Las frases transcriptas más arriba contribuyen grandemente a ello. Pero el espíritu que las saborea obtiene la certeza de encontrarse en el *buen camino*; por sí mismo no podría hacerse culpable de argucia; no tiene nada que temer, puesto que además está seguro de abarcarlo todo.

2º El espíritu que se sumerge en el surrealismo revive con exaltación lo mejor de su infancia; un poco, quizás, como la certidumbre de aquel que, estando a punto de ahogarse, repasa en menos de un minuto todo lo que no pudo superar en su vida. Se me dirá que eso no es muy alentador; pero a mí no me interesa alentar a quienes arguyen tal cosa. De los recuerdos de infancia, y de algunos otros, se desprende un sentimiento de algo insumiso y al mismo tiempo *descarriado*, que considero lo más fecundo que existe. Quizás sea la infancia lo que está más cerca de la "verdadera vida". La infancia, que una vez transcurrida, deja un hombre que sólo posee, fuera de su pasaporte, algunos billetes de favor. La infancia, en la que todo concurría a la posesión eficaz y sin restricciones de uno mismo. Gracias al surrealismo parece probable que retornen tales perspectivas. Es

* No olvidemos que, según la fórmula de Novalis, *"hay una serie de acontecimientos que se desarrollan paralelamente a los reales. Los hombres y las circunstancias modifican generalmente la marcha ideal de los acontecimientos, de modo que esa marcha parece imperfecta; y hasta sus consecuencias son igualmente imperfectas. Una cosa semejante ocurrió con la Reforma: en lugar del Protestantismo advino el Luteranismo"*.

como precipitarse de nuevo hacia la propia salvación o la propia ruina. Se vuelve a experimentar en lo oscuro un delicioso terror. Gracias a Dios no es más que el Purgatorio. Cruza uno temblando lo que los ocultistas denominan *paisajes peligrosos*. Mis pasos hacen surgir monstruos que acechan: aún no demuestran intenciones demasiado amenazadoras hacia mí, y yo no estoy perdido, puesto que los temo. Allí están "los elefantes ginocéfalos y los leones alados" que, un tiempo, Soupault y yo temíamos encontrar; allí también el "pez soluble" que todavía me hace estremecer un poco. ¡PEZ SOLUBLE, no soy acaso yo el pez soluble; nací bajo el signo de Piscis, y el hombre es soluble en su pensamiento! La fauna y la flora del surrealismo son inconfesables.

3º No creo en el próximo establecimiento de una receta surrealista. Los caracteres comunes a todos los textos de ese género, tales como los que ya he mencionado y muchos otros que sólo podrían suministrarnos un análisis lógico y un análisis gramatical riguroso, no se oponen a cierta evolución de la prosa surrealista en el tiempo. Llegadas después de una cantidad de ensayos, a los que me he dedicado desde hace cinco años, y a los que tengo la debilidad de juzgar extremadamente desordenados en su mayor parte, las historietas que forman la continuación de este volumen suministran una prueba flagrante.[11] No las considero, a causa del mencionado desorden, ni más dignas ni menos dignas que otras de presentar a los ojos del lector los beneficios que el aporte surrealista puede hacerle obtener a su conciencia.

Por lo demás, los procedimientos surrealistas reclaman mayor amplitud todavía. Cualquier medio es bueno para obtener de ciertas asociaciones la instantaneidad requerida. Los papeles pegados de Picasso y de Braque

tienen el mismo valor que la introducción de un lugar común en el desarrollo literario del estilo más pulido. Hasta se vuelve lícito denominar POEMA al resultado obtenido por la reunión lo más gratuita posible (conservando, si se quiere, la sintaxis) de títulos y fragmentos recortados de los periódicos:

POEMA

Una carcajada
de zafiro en la isla de Ceylán

Los más hermosos sombreros de paja
ESTAN DESCOLORIDOS
BAJO LOS CERROJOS

en una granja solitaria
DIA A DIA
se agrava
lo agradable

Un camino transitable
os conduce al borde de lo desconocido

el café
predica en su provecho
el artífice cotidiano de vuestra belleza

SEÑORA,

un par

de medias de seda

no es

un salto en el vacío

UN CIERVO

Primero el amor

Todo podría arreglarse tan bien

PARIS ES UN PUEBLO GRANDE

Vigilad

Los rescoldos tapados

LA ORACION

Del buen tiempo

Sabed que

Los rayos ultravioletas

han acabado su tarea

pronto y bien

EL PRIMER DIARIO BLANCO

DEL AZAR

Será el rojo

el cantor errante

¿DONDE ESTA?

en la memoria

en su casa

EN EL BAILE DE LOS ARDIENTES

Hago

al bailar

lo que se ha hecho, lo que se hará

◇ ◇ ◇

Y se podrían multiplicar los ejemplos. Llegarían quizás a encontrarse allí el teatro, la filosofía, la ciencia, la crítica. Me apresuro a declarar que las futuras *técnicas* surrealistas no me interesan.

◇ ◇ ◇

Una gravedad distinta tienen a mi juicio* —ya lo he

* Por más reservas que me permita hacer sobre la responsabilidad en general y sobre los considerandos mé-

dado a entender suficientemente — las aplicaciones del surrealismo a la acción. Por supuesto, no creo en la virtud profética de la palabra surrealista: "lo que yo digo es oráculo"* *Sí, mientras yo lo acepte*, pero el oráculo mismo, ¿qué es?**. La piedad de los hombres no me

dico-legales que influyen en el establecimiento del grado de responsabilidad de un individuo: responsabilidad total, irresponsabilidad o responsabilidad limitada *(sic)*; y por difícil que me sea admitir el principio de un culpabilidad cualquiera, me gustaría saber cómo serán *juzgados* los primeros actos delictuosos cuyo carácter surrealista no ofrezca dudas. ¿Absolverán al acusado o sólo se beneficiará de circunstancias atenuantes? Lástima que ya casi no se repriman los delitos de prensa, porque podríamos asistir a un proceso de este tipo: el acusado ha publicado un libro que atenta contra la moral pública; algunos de los ciudadanos "más honorables" lo acusan también de difamación; se acumulan además contra él una serie de cargos abrumadores como ser: injurias al ejército, incitación al crimen y a la violación, etc. Por otra parte, el acusado inmediatamente coincide con la acusación para "condenar" la mayor parte de las ideas expresadas. Se limita a alegar en su descargo que no se considera autor de su libro, por constituir éste una producción surrealista donde se excluye toda cuestión de mérito o falta de mérito del firmante, quien se limita a transcribir un documento sin emitir opinión, siendo por lo tanto tan ajeno al texto incriminado como el mismo presidente del tribunal.
Todo lo dicho sobre la publicación de un libro podrá extenderse a miles de otros actos el día en que los métodos surrealistas alcancen la suficiente difusión. Entonces será necesario que una nueva moral sustituya a la moral corriente, causa de todos nuestros males.

* Rimbaud.

** Sin embargo, SIN EMBARGO... Habría que terminar con la duda. Hoy, 8 de junio de 1924, más o menos a la una, la voz me susurraba: "Béthune, Béthune". ¿Qué quería decir? Yo no conozco a Béthune y tengo una idea muy vaga de la ubicación de ese punto en el mapa de Francia. Béthune no me evoca nada, ni siquiera una escena de *Los tres mosqueteros*. Hubiera debido partir para Béthune, donde quizás me espera algo; francamente hubiese sido demasiado simple. Me han contado que en un libro de Chesterton aparece un detective que para encontrar a alguien en una ciudad, se limita a visitar a fondo todas las casas cuyo exterior presenta algún detalle ligeramente anormal. Este sistema vale tanto como cualquiera.
Análogamente, en 1919, Soupault entraba en una cantidad de inmuebles imposibles para preguntar si allí vivía Philippe Soupault. Pienso que no se hubiera asombrado ante una respuesta afirmativa de la encargada. Habría llamado a su propia puerta.

engaña. La voz surrealista que sacudía a Cumes, Dodona y Delfos no es distinta de la voz que dicta mis palabras menos enfurecidas. Si mi *tiempo* no debe ser el suyo, ¿por qué habría de ayudarme a resolver el problema pueril de mi destino? Por desgracia debo fingir actuar en un mundo en el que, para llegar a tener en cuenta sus sugestiones, tendría que acomodarme a dos clases de intérpretes: unos para traducirme sus sentencias y otros —imposible encontrarlos— para imponer a mis semejantes la interpretación que yo les daría. En este mundo en el que soporto lo que soporto (no pretendan saberlo), ¡este mundo moderno!, en fin, ¡demonios!, ¿qué queréis que haga? Aunque la voz surrealista llegara a callarse, ya no estoy de humor para contar mis desapariciones. Nunca más entraré, ni en mínima parte, en el cómputo maravilloso de mis años y mis días. Me pasará como a Nijinski que, al ser llevado el año pasado al Ballet Ruso, no supo a qué clase de espectáculo asistía. Me quedaré solo, completamente solo dentro de mí mismo, indiferente hacia todos los ballets del mundo. Os entrego todo lo que hice y lo que no hice.

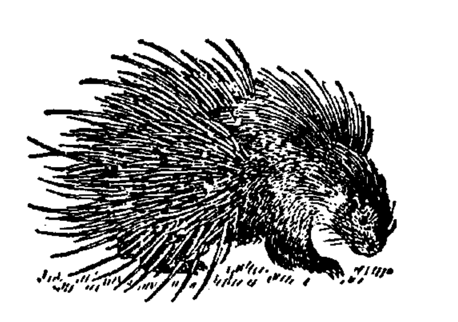
Y entonces me invade un deseo inmenso de juzgar con indulgencia el ensueño científico, tan impropio, al fin de cuentas, desde cualquier punto de vista. ¿Los sin hijos?[12] Bueno. ¿La sífilis? Como usted quiera. ¿La fotografía? No tengo inconveniente. ¿El cine? Bravo por las salas oscuras. ¿La guerra? Nos divertimos bien. ¿El teléfono? Hola, sí. ¿La juventud? Encantadores cabellos blancos. Trate de hacerme decir gracias: "Gracias". Gracias... La gran estima que demuestra el vulgo por las investigaciones de laboratorio propiamente dichas se debe a que conducen a la invención de máquinas, al descubrimiento de sueros, cosas todas en las cuales se considera directamente interesado. No duda ni un instante que tienen por objeto mejorar su suerte. No podría decir yo exactamente en qué proporción entran los puntos de vista humanitarios en el ideal de los sabios, pero no creo que lleguen a constituir un cúmulo excesivo de bondad. Hablo, entiéndase bien, de los sabios auténticos y no de los vulgarizadores de toda calaña que se hacen extender un diploma. Creo, tanto en éste como en otros terrenos, en la pura alegría surrealista del hombre que, consciente del fracaso reiterado de todos los demás, no se da por vencido, parte desde donde quiere y por un camino absolutamente distinto del camino *razonable*, llega hasta donde puede. Tal o cual imagen con que le parecerá oportuno ir jalonando su derrotero, y que quizá le signifique el reconocimiento público, me dejan —debo confesarlo— absolutamente indiferente. El material que necesita acumular a su alrededor tampoco me impone respeto: ni sus tubos de vidrio ni mis plumas metálicas. En cuanto a su método, no doy más por él que por el mío; he visto actuar al inventor del reflejo cutáneo plantar; manipulaba sin descanso sus sujetos; y lo que practicaba era

algo muy distinto de un examen: *resultaba evidente que no se subordinaba a ningún plan*. Aquí y allá hacía una observación, como de lejos, sin dejar su alfiler y sin interrumpir la carrera de su martillo de reflejos. La tarea fútil de tratar los enfermos la delegaba en otros. Estaba totalmente absorbido por esa fiebre sagrada.

El surrealismo tal como lo concibo proclama lo bastante nuestro *disconformismo* absoluto para que se le pueda citar en el proceso al mundo real como testigo de descargo. Por el contrario, sólo sabría justificar el estado de completa distracción que tenemos la esperanza de alcanzar aquí abajo. La distracción de la mujer en Kant, la distracción "de las uvas" en Pasteur, la distracción de los vehículos en Curie, son, a este respecto, profundamente sintomáticas. Sólo de un modo muy relativo este mundo está hecho a la medida del pensamiento, y las incidencias de este género constituyen tan solo los episodios sobresalientes de un guerra de independencia en la que me precio de participar. El surrealismo es el "rayo invisible" que nos permitirá un día triunfar de nuestros adversarios. "No tiembles, adefesio". Este verano las rosas son azules; la madera es vidrio, la tierra envuelta en su verdor me impresiona tan poco como un aparecido. Vivir y dejar de vivir son soluciones imaginarias. La existencia está en otra parte.

Segundo manifiesto del surrealismo

(1930)



Advertencia para la reedición del Segundo manifiesto (1946)

Estoy persuadido, al permitir que reaparezca hoy el Segundo manifiesto del surrealismo, *de que el tiempo se ha encargado de suavizar por mí sus aristas polémicas. Deseo que haya corregido, aunque sea hasta cierto punto a mis expensas, los juicios a veces apresurados que emití sobre diversos comportamientos individuales tal como creí verlos delinearse entonces. Este aspecto del texto sólo puede justificarse ante quienes se tomen el trabajo de situar el* Segundo manifiesto *en el clima intelectual del año que lo vio nacer. Justamente alrededor de 1930, los espíritus liberados adquieren conciencia del próximo e ineluctable retorno de la catástrofe mundial. A la difusa desorientación resultante, admito que se superpuso en mí otra preocupación: ¿cómo sustraer a la corriente cada vez más imperiosa, la barca que algunos de nosotros habíamos construido con nuestras propias manos para remontar esa misma corriente? Ante mis propios ojos, las páginas que siguen evidencian molestos rasgos de nerviosidad. Tienen en cuenta agravios de importancia desigual: no hay duda que algunas defecciones fueron dolorosamente sentidas, y que la actitud —completa-*

mente incidental— frente a los casos de Baudelaire, de Rimbaud, induciría a pensar, en un primer momento, si se la toma aisladamente, que los más vapuleados podrían muy bien ser aquellos que fueron depositarios de la mayor confianza inicial, aquellos de quienes más se había esperado. Con la perspectiva del tiempo, la mayor parte de ellos han llegado a comprenderlo tan bien como yo, de modo que entre nosotros se produjeron ciertos acercamientos, al mismo tiempo que acuerdos de apariencia más durable eran a su vez denunciados. Una asociación de hombres como la que permitió la edificación del surrealismo —tan ambiciosa y apasionada *como no se había conocido igual por lo menos desde el sansimonismo— no deja de obedecer a ciertas leyes de fluctuación que justifican muy humanamente la incapacidad de una firme decisión* desde el interior. *Los recientes acontecimientos, al encontrar alineados en le mismo frente a todos aquellos que el* Segundo manifiesto *enjuicia, demuestran que su formación común fue sana, y confieren objetivamente un límite razonable a sus altercados. En la medida en que algunos de ellos han podido ser víctimas de los acontecimientos o, de un modo más general, víctimas de la vida —pienso en Desnos, en Artaud— me apresuro a declarar que los yerros que me aconteció adjudicarles caen por su propio peso, como también en el caso de Politzer —cuya actividad se ha concretado permanentemente fuera del surrealismo, razón por la cual no tenía por qué rendir al surrealismo cuentas de ella— no me avergüenza reconocer que me equivoqué en un todo en cuanto a su* personalidad.

Lo que a quince años de distancia aparece como vulnerable *en algunas de mis presunciones contra unos y otros, no me quita libertad para alzarme contra la afir-*

mación recientemente emitida de que en el seno del surrealismo las divergencias políticas habrían estado determinadas por "cuestiones personales". Las cuestiones personales sólo fueron discutidas por nosotros* a posteriori *y no llegaron a hacerse públicas sino en los casos en que podían pasar por flagrantes transgresiones —que repercutirían en la historia de nuestro movimiento— a los principios fundamentales sobre los cuales se asentaba nuestro acuerdo. Se trataba entonces, y todavía se trata, del mantenimiento de una plataforma lo bastante móvil para enfrentar los cambiantes aspectos del problema de la vida, al mismo tiempo que lo bastante estable para testificar sobre la* no ruptura *de cierto número de compromisos mutuos —y públicos— contraídos en la época de nuestra juventud. Los panfletos con que unos surrealistas fulminaban, como ha podido decirse, a los otros, atestiguan, ante todo, la imposibilidad para ellos de situar el debate a menor nivel. Si la vehemencia de la expresión parece en ellos desproporcionada, a veces, a la desviación, al error o a la "falta" que pretenden estigmatizar, creo que, fuera del juego de cierta ambivalencia de sentimientos a la que ya hice alusión, ello debe atribuirse al malestar del tiempo, y también a la influencia formal de buena parte de la literatura revolucionaria, en la que conviven la expresión de ideas generales y rigurosas con todo un alarde de arranques agresivos de poca monta dirigidos a tal o cual de sus contemporáneos.***

* Ver Jules Monnerot: *La poésie moderne et le sacré*, pág. 189.
** Ver *Miseria de la filosofía, Anti-Dühring, Materialismo y empiriocriticismo*, etc.

ANALES MEDICOS - PSICOLOGICOS
DIARIO
DE LA
ALIENACION MENTAL
Y DE
LA MEDICINA LEGAL DE LOS ALIENADOS

CRONICA*

LEGITIMA DEFENSA

En el último número de los Anales Médico - psicológicos, *el doctor A. Rodiet, en el curso de una interesante crónica, habló de los riesgos profesionales del médico de hospicio. Citó los recientes atentados de los que fueron víctimas muchos de nuestros colegas e investigó los medios de protegernos eficazmente contra el peligro que representa el contacto permanente del psiquiatra con el alienado y su familia.*

Pero el alienado y su familia constituyen un peligro que yo calificaría de "endógeno"; está ligado a nuestra misión, y es su corolario obligado. Simplemente lo aceptamos. No sucede lo mismo con un peligro que yo denominaría "exógeno" y que, éste sí, merece toda nuestra

* *Ann. méd. psych.*, 12ª serie, t. II, noviembre de 1929.

atención. Pareciera que debiera provocar reacciones más importantes de nuestra parte.

He aquí un ejemplo particularmente significativo: uno de nuestros enfermos, maníaco reivindicador, perseguido y especialmente peligroso, me proponía, con suave ironía, la lectura de un libro que circulaba libremente en las manos de otros alienados. Ese libro, recientemente publicado por las ediciones de la Nouvelle Revue Française, *parecería recomendable por su origen editorial y su presentación correcta e inofensiva. Era* Nadja, *de André Breton. Florecía allí el surrealismo con su voluntaria incoherencia, sus capítulos, hábilmente deshilvanados, y ese arte delicado que consiste en mistificar al lector. En medio de extravagantes dibujos simbólicos, se encontraba la fotografía del profesor Claude. Un capítulo, en efecto, nos estaba especialmente consagrado. Los infortunados psiquiatras eran allí copiosamente injuriados, y un pasaje (marcado con un trozo de lápiz azul por el enfermo que nos había ofrecido tan amablemente ese libro) atrajo muy particularmente nuestra atención; contenía estas frases: "Sé que si estuviera loco, a los pocos días de estar internado aprovecharía una remisión de mi delirio para asesinar fríamente al que se pusiera a mi alcance, con preferencia al médico. Por lo menos ganaría, como los locos furiosos, que me colocaran en una celda individual. Quizás también me dejaran en paz."*

No se puede encontrar una incitación al homicidio más característica. Sólo provocará nuestro orgulloso desdén o quizás apenas llegue a rozar nuestra indolente indiferencia.

Recurrir, en casos semejantes, a la autoridad superior, nos parecería dar muestras de un alborotamiento tan fuera de lugar que no nos animaríamos ni a pensarlo. Y sin embargo, hechos de ese género se multiplican todos los días.

Considero que nuestra displicencia es culpable en gran parte. Nuestro silencio puede hacer sospechar de nuestra buena fe, y alentar todas las audacias.

¿Por qué nuestras sociedades, nuestra corporación, no han de reaccionar ante tales incidentes, trátese de un hecho colectivo o de un caso individual? ¿Por qué no hacer llegar una nota de protesta a un editor que publica una obra como Nadja, *y por qué no intentar una acción judicial contra un autor que, en nuestra opinión, ha rebasado los límites del decoro?*

Creo que sería interesante (y constituiría nuestro único medio de defensa) encarar en el marco de nuestra corporación, por ejemplo, la constitución de un comité encargado especialmente de estas cuestiones.

El doctor Rodiet terminaba su crónica con estas palabras: "El médico de hospicio puede reivindicar con justo título el derecho de ser protegido sin restricción por la sociedad que él mismo defiende..."

Pero la sociedad parece olvidar a veces la reciprocidad de los deberes. A nosotros toca el recordárselo.

Paul Abély

SOCIEDAD MEDICO - PSICOLOGICA

SESIÓN DEL 28 DE OCTUBRE DE 1929

Habiendo presentado el señor Abély una comunicación sobre las tendencias de los autores que se denominan surrealistas y sobre los ataques que dirigen contra los médicos alienistas, esta comunicación da lugar a la siguiente discusión:

DISCUSIÓN

DR. DE CLÉRAMBAULT: *Pregunto al profesor Janet qué vínculos existen entre el estado mental de los sujetos y los caracteres de su producción.*

P. JANET: *El manifiesto del surrealismo incluye una introducción filosófica digna de atención. Los surrealistas sostienen que la realidad es fea por definición; la belleza sólo existe en lo que no es real. El hombre introduce la belleza en el mundo. Para producir lo bello hay que apartarse en lo posible de la realidad.*

Las obras de los surrealistas constituyen principalmente confesiones de obsesos y escépticos.

DR. DE CLÉRAMBAULT: *Los artistas excesivistas que lanzan modas impertinentes, a veces con el apoyo de manifiestos que condenan todas las tradiciones, me parece que, desde el punto de vista* técnico, *y cualquiera que sea el nombre que ellos adopten (y cualquiera que sea el*

género de arte y la época incriminada), pueden ser todos calificados de "procedistas". El procedismo consiste en ahorrarse el esfuerzo de pensar, y especialmente el de la observación, para aplicarse a una factura o a una fórmula determinadas, con el cuidado de producir un efecto único, esquemático y convencional: de ese modo se logra una producción rápida, con las apariencias de un estilo, y soslayando las críticas que una similitud con la vida facilitaría. Descubrir esta degradación del trabajo resulta particularmente fácil en el terreno de las artes plásticas; pero puede ser igualmente demostrada en el dominio verbal.

El género de orgullosa pereza que engendra o que favorece el procedismo, no es privativo de nuestra época. En el siglo XVI *los conceptistas, gongoristas y eufuistas; en el siglo* XVII, *los preciosistas fueron todos procedistas. Vadius y Trissotin eran procedistas, aunque más moderados y laboriosos que los de hoy, quizás porque ellos escribían para un público más selecto y erudito.*

En los dominios de la plástica, el auge del procedismo parece datar tan sólo del último siglo.

P. JANET: *En apoyo de la opinión del Dr. Clérambault traigo a colación ciertos "procedimientos" de los surrealistas. Sacan, por ejemplo, cinco palabras al azar del interior de un sombrero y realizan series de asociaciones con esa cinco palabras. En la Introducción al Surrealismo se da a conocer toda una historia con estas dos palabras: pavo y sombrero de copa.*

DR. DE CLÉRAMBAULT: *En una parte de su exposición, el doctor Abély les ha revelado una campaña de difamación. Este punto merece ser comentado.*

La difamación forma parte de los riesgos profesionales del alienista; ella nos ataca, si la ocasión se presenta, con motivo de nuestras funciones administrativas o de

nuestra acción como expertos: sería justo que la autoridad que nos designa nos protegiera.

....

Contra todos los riesgos profesionales, de cualquier naturaleza que fueren, *el técnico debería estar garantizado por disposiciones precisas que le aseguraran ayuda inmediata y permanente. Estos riesgos no son sólo de orden material, sino también moral. La preservación contra esos riesgos implicaría socorros, subsidios, apoyo jurídico y judicial, indemnizaciones, y hasta, a veces, una pensión permanente y total. En la fase de urgencia, los gastos de asistencia pueden ser cubiertos por una Caja de seguro mutuo; pero en última instancia deben ser solventados por la autoridad misma durante cuyo servicio se han sufrido los daños.*

....

La sesión se levanta a las 18 horas.

Uno de los secretarios,
Guiraud

A despecho de los caminos particulares de cada uno de los que han proclamado o proclaman su afinidad con el surrealismo, se acabará por conceder que éste no propendió sino a provocar, desde el punto de vista intelectual y moral, una *crisis de conciencia* de una índole lo más general y lo más grave posible: el haber o no alcanzado este objetivo será lo único que decidirá sobre su éxito o fracaso histórico.

Desde el punto de vista intelectual se trataba, y aún se trata, de comprobar por cualquier medio, y de poner en evidencia, a cualquier precio, el carácter facticio de las viejas antinomias hipócritamente destinadas a prevenir toda inoportuna agitación del hombre, sea inculcándole el convencimiento de la indigencia de sus posibilidades, sea prohibiéndole zafarse, en una valedera medida, de la opresión universal. El espantajo de la muerte, los cafés cantantes del más allá, el naufragio de la más bella razón en el sueño, la abrumadora cortina del porvenir, las torres de Babel, los espejos de la inconsistencia, el infranqueable muro del dinero salpicado de sesos, todas esas imágenes tan impresionantes de la catástrofe humana no son quizás sino imágenes.

Todo nos induce a creer que existe un punto del espíritu donde la vida y la muerte, lo real y lo imaginario, lo pasado y lo futuro, lo comunicable y lo incomunicable, lo alto y lo bajo, dejan de ser percibidos como contradictorios. Sería vano buscar en la actividad surrealista otro móvil que la esperanza de determinar ese punto. De aquí se desprende claramente cuán absurdo resultaría adjudicarle una orientación exclusivamente destructora o constructora: el punto en cuestión es *a fortiori* aquel en que la construcción y la destrucción dejan de ser blandidas la una contra la otra. También es evidente que el surrealismo no está interesado en todo lo que se produce a su alrededor con los pretextos de arte o anti-arte, de filosofía o antifilosofía; en una palabra, en todo aquello cuya finalidad no sea el aniquilamiento del ser en un diamante interior y ciego, que puede ser tanto el alma del hielo como la del fuego. ¿Qué pueden esperar de la experiencia surrealista quienes todavía conservan alguna preocupación por el lugar que ocuparán *en el mundo*? En ese lugar mental donde sólo cabe emprender para sí mismo un peligroso aunque —así creemos— supremo reconocimiento, no puede ser cuestión de atribuir la menor importancia a los pasos de los que llegan o se van, ya que esos pasos se producen en una región donde, por definición, el surrealismo no tiene oídos. No sería deseable que éste dependiera del humor de tales o cuales hombres. La declaración de su capacidad para arrancar al pensamiento, por métodos que le son propios, de una servidumbre cada vez más dura, y para restituirlo al camino de la comprensión integral, devolviéndole su pureza primitiva, es justificativo suficiente para que se le juzgue sólo por lo que ha hecho y por lo que le resta hacer para dar cumplimiento a su promesa.

Antes de proceder a una rendición de cuentas es importante saber a qué clase de virtudes morales recurre el surrealismo, ya que hunde sus raíces en la vida —y no es, sin duda, por azar que lo hace *en la vida de este tiempo*— en el momento en que yo recargo esta vida de anécdotas tales como el cielo, el ruido de un reloj, el frío, un malestar, vale decir que vuelvo a hablar de ella de un modo corriente. Nadie está exento de pensar en esas cosas, o de tener apego a un peldaño cualquiera de esa escala degradada, a no ser que haya superado la última etapa del ascetismo. Es justamente desde el repugnante hervidero de esas representaciones carentes de sentido que nace y se nutre el deseo de ir más allá de la insuficiente y absurda distinción entre lo bello y lo feo, lo verdadero y lo falso, el bien y el mal. Y como del grado de resistencia que esta idea de elección encuentra depende el vuelo más o menos seguro del espíritu hacia un mundo por fin habitable, se concibe que el surrealismo no tema hacer un dogma de la rebelión absoluta, de la insumición total, del sabotaje sistematizado, y que no espere ya nada que no provenga de la violencia. El acto surrealista más simple consiste en salir a la calle empuñando revólveres y tirar sobre la multitud al azar cuantas veces sea posible. Quien no ha tenido, siquiera una vez, deseos de acabar de ese modo con el pequeño sistema de envilecimiento y cretinización en vigor tiene su lugar señalado en esa multitud, con su vientre a la altura del tiro*. La legitimidad de tal acto no es —en mi criterio—

* Sé que estas dos últimas frases van a colmar de gozo a cierto número de babiecas que tratan, desde hace mucho tiempo, de oponerme a mí mismo. ¿Así que yo digo que "el acto surrealista más simple..."? Pero entonces... y mientras unos, que se sienten aludidos, aprovechan para preguntarme "qué estoy esperando", los otros me acusan de

en absoluto incompatible con la creencia en ese resplandor que el surrealismo intenta descubrir en el fondo de nosotros. Sólo he querido dar entrada aquí a la desesperación humana, fuera de la cual no hay nada capaz de justificar esta creencia. Es imposible estar de acuerdo con una prescindiendo de la otra, y quien fingiera adoptar dicha creencia sin participar realmente de esta desesperación no tardaría en tomar apariencia de enemigo a los ojos de los que comprenden. Parece cada vez menos necesario buscar precursores de esta disposición espiritual, que encontramos tan ocupada consigo misma, y que denominamos surrealista. En lo que a mí respecta no me opongo a que los cronistas, judiciales y otros, la consideren específicamente moderna. Deposito más confianza en este instante actual de mi pensamiento que en toda la significación que quiera dársele a una obra acabada, a una vida humana llegada a su término. Nada más estéril, en definitiva, que esa perpetua interrogación a los muertos: ¿Se convirtió Rimbaud la víspera de su muerte? ¿Se encuentran en el testamento de Lenin los elementos para una condenación de la política actual de la III Internacional? ¿Un defecto físico insoportable y de índole puramente personal fue la causa del pesimismo de Alfonso Rabbe? ¿Se manifestó Sade en plena Convención como contrarrevolucionario? Basta con plantear estas cuestiones para tener idea de la fragilidad del testimonio de los que ya no existen. Hay demasiados canallas interesados en el éxito de esta empresa de desvalijamiento espiritual para que yo los siga en ese terreno. En cuestión de rebeldía ninguno de nosotros debe tener necesidad de antepasados. Tengo que precisar que, en mi opinión, es necesario desconfiar del culto a los hombres, por grandes que en apariencia sean. Con la excepción de uno solo, Lautréamont, no veo quién no haya dejado algún rastro equívoco de su paso por el mundo. Inútil discutir sobre Rimbaud: Rimbaud se engañó, Rimbaud quiso engañarnos. Es culpable ante nosotros de haber permitido, de no haber hecho imposibles, ciertas deshonrosas interpretaciones de su pensamiento al estilo Claudel. Tanto pero también para Baudelaire ("Oh Satán...") y esta regla eterna de su vida: "Rezar todas las mañanas mi plegaria a Dios, *fuente de toda fuerza y justicia, a mi padre, a Mariette, y a Poe*, como intercesores". El derecho a contradecirse, admitámoslo; ¡pero hay un límite! ¿A Dios, a Poe? ¿Poe, a quien en las revistas policiales se lo tiene, con justo título, por el *maestro de los policías científicos* (De Sherlock Holmes a Paul Valéry...)? ¿No es vergonzoso presentar bajo una luz seductora de inte-

---

anarquía y quieren hacer creer que me han sorprendido en flagrante delito de indisciplina revolucionaria. Nada me resulta más fácil que echar a perder a esas gentes su pobre efecto. Es verdad, me preocupa saber si un ser está dotado de violencia antes de preguntarme si en ese ser la violencia *transige* o *no transige*. Creo en la virtud absoluta de todo lo que se ejerce, espontáneamente o no, en el sentido del disconformismo, y no son las razones de eficacia general en las que se inspira la larga paciencia prerrevolucionaria —razones ante las cuales me inclino— las que me volverán insensible al grito que pueda arrancarnos, a cada instante, la terrible desproporción entre lo que se ha ganado y lo que se ha perdido, entre lo que ha sido otorgado y lo que se ha soportado. Está claro que no es mi intención recomendar este acto que llamo el más simple nada más que porque es simple, y buscarme querella a causa de él sería igual que preguntar burguesamente a todo no conformista por qué no se suicida o a todo revolucionario por qué no va a vivir a la URSS. ¡Con buena música se vienen! La prisa que tienen algunos por verme desaparecer y mi gusto natural por la agitación bastarían para disuadirme de dejar libre tan fácilmente el "campo".

lectualidad a un tipo de policía, *siempre de policía*, y dotar al mundo de un *método* policíaco? Escupamos de paso sobre Edgar Poe.*

Si gracias al surrealismo podemos desechar sin vacilaciones la idea según la cual las cosas que "existen" son las únicas posibles, y si sostenemos que por un camino que "existe", que podemos mostrar y ayudar a seguir, se puede llegar hasta lo que se afirmaba que no existe; si no encontramos palabras suficientes para estigmatizar la bajeza del pensamiento occidental; si no tememos entrar en insurrección contra la lógica; si no juráramos

* *En el momento de la publicación original de* Marie Roget, *las notas colocadas al pie de página habían sido consideradas superfluas. Pero muchos años han transcurrido después del drama en el que está basado este relato, y nos ha parecido bien agregarlas aquí, junto con algunas palabras de explicación relativas al propósito general. Una muchacha, Mary Cecilia Rogers, fue asesinada en los alrededores de Nueva York, y aunque su muerte excitó un interés intenso y persistente, el misterio de que estaba rodeada todavía no se había resuelto en la época en que este trozo fue escrito y publicado (noviembre de 1842). Aquí, con el pretexto de contar el destino de una chiquilla parisiense, el autor ha trazado minuciosamente los hechos esenciales, así como los no esenciales y simplemente paralelos del homicidio real de Mary Rogers. De este modo, todo argumento fundado en la ficción es aplicable a la verdad; y la búsqueda de la verdad es la meta.* El misterio de Marie Roget *fue compuesto lejos del teatro del crimen, y sin otros medios de investigación que los periódicos que el autor pudo procurarse. De este modo careció de muchos documentos que le hubiesen sido útiles, de haber estado en el país e inspeccionado los lugares.* No resulta inútil recordar, sin embargo, que las confesiones de dos personas *(una de ellas la Madame Deluc de la novela)*, hechas en épocas distintas y mucho tiempo después de esta publicación, han confirmado plenamente no sólo la conclusión general sino también *todos* los principales detalles hipotéticos en los que esa conclusión se había fundado". (Nota de introducción al *Misterio de Marie Roget*).

nunca que un acto cumplido durante el sueño tiene menos sentido que uno ejecutado despierto; si ni siquiera estamos seguros de que no terminaremos un día (mientras tanto yo escribo: un día; yo escribo: mientras tanto), que no terminaremos de una vez *con el tiempo*, vieja farsa siniestra, tren en perpetuo descarrilamiento, pulso loco, inextricable amontonamiento de bestias que revientan o ya reventaron, ¿cómo se pretende que demostremos ternura o incluso tolerancia frente a un aparato de conservación social de cualquiera clase? Sería el único delirio realmente inaceptable para nosotros. Todo está por hacerse y todos los medios deben ser buenos para destruir las ideas de *familia, patria, religión*. Por conocida que sea la posición surrealista a este respecto, es necesario insistir que no implica concesiones. Los que hemos tomado la responsabilidad de sostenerla persistimos en anteponer esa negación liquidando todo otro criterio de valor; estamos dispuestos a gozar plenamente de la aflicción tan bien fingida con la que el público burgués (siempre tan innoblemente dispuesto a perdonarnos ciertos "errores de juventud") acoge la irresistible necesidad que nunca nos abandona de revolcarnos de risa ante la bandera francesa, de vomitar de asco al rostro de *todos* los sacerdotes, y hacer blanco en la ralea de los "deberes esenciales" con el arma de largo alcance del cinismo sexual. Combatimos la indiferencia poética en todas sus formas; el arte como distracción, la investigación erudita, la especulación pura; no queremos nada en común con los pequeños o grandes ahorristas del espíritu. Todas las cobardías, todas las abdicaciones, todas las traiciones posibles no nos impedirán que acabemos con esas bagatelas. Es interesante observar además que, librados a sí mismos, aquellos que nos han puesto en la necesidad de dejarlos

de lado, bien pronto perdieron pie, teniendo que recurrir a los más miserables expedientes para recobrar el favor de los defensores del *orden*, grandes partidarios todos de un rasero que iguala las cabezas. Una fidelidad sin desfallecimientos a las obligaciones del surrealismo supone un desinterés, un desprecio por los riesgos, un rechazo de toda transacción, que muy pocos son capaces de mantener por largo tiempo. Aunque no quedara ninguno de los que en los comienzos hicieron depender sus perspectivas de significación y su afán de verdad, del surrealismo, éste seguiría viviendo. De todas maneras ya es demasiado tarde para que el grano no germine hasta el infinito en el terreno humano, en compañía del miedo y otras variedades de malezas que han de dar cuenta de todo. A esto se debe que me haya propuesto, como lo atestigua el prefacio a la reedición del *Manifiesto del surrealismo* (1929), abandonar silenciosamente a su triste destino a cierto número de individuos que me dan la impresión de haberse hecho justicia a sí mismos: es el caso de Artaud, Carrive, Delteil, Gérard, Limbour, Masson, Soupault y Vitrac, citados en la primera edición del *Manifiesto* (1924), y de otros más. Habiendo cometido el primero de estos señores la imprudencia de lamentarse, creo oportuno modificar mi primera intención:

"Hay —escribe Artaud a L'Intransigeant, *el 10 de setiembre de 1929— en la nota sobre el* Manifiesto del surrealismo *aparecida en* L'Intransigeant del 24 de agosto último, una frase que despierta muchas cosas: 'El señor Breton no ha considerado oportuno hacer ninguna corrección en esta reedición de su libro –especialmente en lo que se refiere a nombres–, y tal cosa le honra, aunque de todos modos las rectificaciones se hacen solas'. Lo que Breton invoca como honor para

juzgar a cierto número de personas a las que se refieren las rectificaciones supradichas tiene que ver con una moral de secta con la que ha estado infectada hasta ahora sólo una reducida minoría literaria. Hay que dejar a los surrealistas esos juegos de papelillos comprometedores[13]. *Por otra parte, todo lo ocurrido hace un año en el asunto* Ensueño *se aviene mal con la palabra honor".*

Me cuidaré de polemizar con el firmante de tal carta sobre el sentido absolutamente preciso que yo le doy a la palabra honor. No hubiese yo dado importancia al hecho de que un actor, teniendo como norte el lucro o la pequeña gloria, pusiera en escena suntuosamente una obra del vacío Strindberg, a la que ni él mismo concede importancia; repito, que no encontraría nada de particularmente reprochable si este actor no se hubiese presentado de cuando en cuando como hombre de pensamiento, de furor y de sangre, o no hubiese sido el que en algunas páginas de *La Révolution Surréaliste* ardía, según él, en el deseo de quemarlo todo, y pretendía no esperar nada sino de "ese grito del espíritu que se vuelve hacia sí mismo, decidido a pulverizar desesperadamente todas sus trabas". Mas, ¡ay!, fue ése tan sólo un *papel* que representó como tantos otros. Montó *El Ensueño* de Strindberg al saber que la embajada sueca *costearía* los gastos (Artaud no ignora que yo puedo demostrarlo), y aun advirtiendo que con eso calificaba el valor moral de la empresa, no le importó. Siempre evocaré a Artaud con dos polizontes a sus flancos en la puerta del teatro Alfred Jarry azuzando a una veintena más de gendarmes contra los únicos amigos que todavía la víspera había reconocido como tales, habiendo previamente negociado en la comisaría el arresto de los mismos. Todo esto justifica de sobra que Artaud en-

cuentre molesto el que yo hable de honor.

Aragon y yo hemos podido comprobar, por la acogida que tuvo nuestro aporte crítico en el número especial de *Variété*: "El surrealismo en 1929", que la molestia cada vez menor que experimentamos, a medida que pasa el tiempo, para establecer la calificación moral de las personas, que la desenvoltura con que el surrealismo se jacta de *agradecer* los servicios prestados a quienquiera que sea, ante la menor claudicación, no es del gusto de algunos canallas de la prensa, para quienes la dignidad del hombre sólo constituye motivo de mofa. ¿Qué idea es ésa de exigir tanto de la gente de un dominio que, salvo algunas excepciones románticas: suicidio y demás, hasta ahora resulta muy poco controlado? ¿Para qué seguir afectando repulsión? Un policía, algunos vividores, dos o tres rufianes de la pluma, algunos desequilibrados, un cretino, a los cuales nada se opondría a que se les reunieran un pequeño número de seres sensatos, firmes y probos, que se calificaría de energúmenos, ¿no tendríamos aquí todo lo necesario para formar un equipo divertido, inofensivo, exactamente a la imagen de la vida, un equipo de hombres pagados por partido, y que ganan acumulando tantos? MIERDA.

La confianza del surrealismo no puede estar ni bien ni mal colocada, por la simple razón de que no está colocada en ninguna parte. Ni en el mundo sensible, ni de un modo sensible fuera de tal mundo, ni en la continuidad de las asociaciones mentales que hacen depender muestra existencia de una necesidad natural o de un capricho superior, ni en el interés que podría tener el "espíritu" en entendérselas con nuestra clientela de paso. Y mucho menos aún —y esto se sobreentiende—

en los recursos cambiantes de los que han comenzado por depositar su fe en él. No es un hombre cuya rebeldía se canaliza y se agota quien podrá impedir que esa rebeldía siga rugiendo amenazadora, ni podrán tampoco impedir por muchos que esos hombres sean —y la historia es casi sólo una crónica de su ascender de rodillas— que esta rebelión logre domar, en los grandes instantes oscuros, a la bestia siempre renaciente del "conviene más". A estas horas hay todavía por el mundo, en los colegios, hasta en los talleres,* en las calles, en los seminarios, en los cuarteles, seres jóvenes, puros, que rehúsan *doblegarse*. Sólo a ellos me dirijo, para ellos acometo la empresa de defender al surrealismo de la acusación de ser apenas un pasatiempo intelectual como cualquier otro. Que ellos indaguen, sin prejuicios, qué es lo que hemos querido hacer, que nos ayuden o, de lo contrario, que nos releven uno a uno, si fuera necesario. No vale la pena que nos defendamos de la acusación de haber pretendido formar un círculo cerra-

* ¿Hasta? se dirán. Nos corresponde a nosotros, en efecto —sin tolerar por eso que se embote la punta de curiosidad específicamente intelectual con la que el surrealismo irrita en su propio terreno a los especialistas de la poesía, del arte y de la psicología a puerta cerrada—, a nosotros nos corresponde, repito, aproximarnos, con la paciencia que se requiere, y *sin sacudidas*, al entendimiento con el obrero, poco apto, por definición, para seguirnos en una serie de pasos que no implican, en todos los casos, el punto de vista revolucionario de la lucha de clases. Somos los primeros en deplorar que la única parte interesante de la sociedad sea mantenida sistemáticamente apartada de lo que ocupa la cabeza de la otra, y que sólo tenga tiempo para las ideas que han de servir directamente a su emancipación, lo que la induce a confundir en una desconfianza sumaria todo lo que se emprende al margen de ella, de buen o mal grado, por la sola razón de que el problema

do, y únicamente pueden sacar provecho de propagar tal rumor aquellos cuyo acuerdo más o menos breve con nosotros ha sido denunciado *por nosotros* por vicio redhibitorio. A éstos pertenece el señor Artaud, como ya se ha visto, y como se hubiese podido confirmar cuando clamaba por su *madre* al ser abofeteado por Pierre Unik en un corredor de hotel. A éstos también pertenece el señor Carrive, incapaz de encarar problemas como el político y el sexual de otro modo que no fuera bajo el ángulo del terrorismo gascón, mísero apologista, al fin de cuentas, del Garine de Malraux. A ellos pertenece el señor Delteil con su innoble crónica sobre el amor en el número 2 de la *Révolution Surréaliste* (Dirección Naville) y su aporte a la literatura desde su exclusión de nuestro grupo: "Los poilus", "Juana de Arco", con lo que no vale la pena insistir. También

---

social no se puede plantear aislado. No resulta, pues, sorprendente que el surrealismo refrene la ambición de distraer, por poco que sea, del curso de sus reflexiones propias, admirablemente activas, a la juventud que *trajina*, mientras que la otra, más o menos cínica, la observa trajinar. Por el contrario, ¿qué corresponde al surrealismo sino comenzar por detener, al borde del conformismo definitivo, a un número limitado de hombres armados únicamente de escrúpulos, pero en los que no todo permite afirmar —ni las duras experiencias que han sufrido permiten probar— que estarán, también ellos, a favor del lujo y en contra de la miseria? Deseamos continuar manteniendo al alcance de estos hombres un conjunto de ideas que nosotros mismos hemos considerado perturbadoras, evitando siempre que la comunicación de esas ideas se convierta de medio —que es lo que debe ser— en objetivo, ya que el objetivo debe ser la ruina total de las pretensiones de una casta a la que pertenecemos a pesar nuestro, y que sólo podremos contribuir a abolir en los demás una vez que las hayamos suprimido en nosotros mismos.

pertenece a ellos el Sr. Gérard, único en su género, eliminado realmente por imbecilidad congénita, con una evolución distinta del caso anterior: quehaceres menudos en *La Lutte de classes*, en *La Verité*[14], nada importante. Tenemos el señor Limbour, casi desaparecido también: escepticismo y coquetería literaria en el peor sentido de la palabra. También el señor Masson, cuyas convicciones surrealistas, aunque ostentosamente pregonadas, no resistieron a la lectura de un libro titulado *El surrealismo y la pintura*[15] en que el autor, poco respetuoso en verdad de tales jerarquías, no creyó necesario darle más espacio que a Picasso, que Masson considera un crápula, o a Max Ernst, a quien acusa tan sólo de no pintar tan bien como él. Estas explicaciones las recogí de boca del mismo Masson[16]. A ellos pertenece Soupault[17], y con él la infamia total: no hablemos de lo que publica con su firma sino de lo que no firma: las notículas que desliza furtivamente –aunque lo niegue con una agitación de rata que da vueltas en el ratódromo–, como la siguiente, aparecida en el diario chantajista *Aux Ecoutes: "El señor André Breton, jefe del grupo surrealista, ha desaparecido de la guarida de la banda en la calle Jacques Callot* (se trata de la antigua Galería Surrealista). *Un amigo surrealista nos informa que han desaparecido junto con él algunos libros de contabilidad de la extraña sociedad del barrio latino dedicada a la supresión de todo. Se nos hace saber también que el exilio del señor Breton se ve suavizado por la deliciosa compañía de una blonda surrealista"*. René Crevel y Tristan Tzara saben ya quién es el autor de determinadas revelaciones asombrosas sobre sus vidas, y de otras imputaciones calumniosas. Por mi parte, confieso que experimento cierto placer cuando el señor Artaud intenta hacerme pasar gratuitamente por des-

honesto, así como cuando el señor Soupault tiene la desfachatez de insinuar que soy un ladrón. Y mencionaremos finalmente al señor Vitrac, auténtico estercolero de las ideas –dejémosle la "poesía pura" en compañía de esa cucaracha de abate Brémond–, pobre pelele de una ingenuidad tal que le ha hecho confesar que su ideal como hombre de teatro –ideal que naturalmente comparte con Artaud– sería organizar espectáculos que rivalizaran *en belleza* con las batidas policiales (declaración del teatro Alfred Jarry, publicada en la *Nouvelle Revue Française*)*. Todo esto es –como puede apreciarse– bastante jocoso. Y muchos, muchos más que no encuentran cabida en esta enumeración, sea porque su actividad pública es en extremo insignificante, sea porque su trapacería se ha desarrollado en un terreno más limitado, o porque hayan salido del paso con algún rasgo de humor; todos han servido para probarnos que hay muy pocos hombres, entre los que se ofrecen, capaces de estar a la altura de la intención surrealista, y también para convencernos de que aquello que a la primera flaqueza los juzga y los precipita irrevocablemente a su pérdida, aunque el número de los que queden sea menor que el de los que caen, obra en provecho de esa intención.

Sería demasiado pedirme que me abstuviera por más tiempo de este comentario. En la medida de mis recursos estimo que no estoy autorizado a pasar por alto a los abyectos, a los simuladores, a los arribistas, a los falsos testigos y a los soplones. El tiempo perdido en la espera de poder confundirlos puede todavía recuperarse, pero sólo recuperarse contra ellos. Pienso que esta discrimi-

* "¡Estoy hasta la coronilla de la Revolución!", su histórica frase en el surrealismo. Evidentemente.

nación muy precisa es la única perfectamente digna del objetivo que perseguimos, pienso que habría cierta ceguera mística en subestimar el alcance disolvente de la estada de estos traidores entre nosotros, como sería la más lamentable ilusión de carácter positivista suponer que esos traidores, que sólo han hecho un tanteo, puedan permanecer insensibles a nuestra sanción*.

Y el diablo proteja, una vez más, la idea surrealista, así como cualquier otra idea que tienda a tomar una forma concreta, para que pueda someter a ella todo lo que sea posible imaginar de mejor en el orden de los *hechos*, del mismo modo que la idea de amor tiende a crear un ser, que la idea de revolución tiende a precipitar el día de la revolución, hechos sin los cuales esas ideas carecerían de sentido –recordemos que la idea de surrealismo tiende simplemente a la recuperación total de nuestra energía psíquica por medio del descenso vertiginoso en nosotros mismos, la iluminación sistemática de los lugares ocultos y el oscurecimiento progresivo de otros lugares, el paseo perpetuo en el

* No podía haber dado mejor en el clavo: desde que estas líneas aparecieron por primera vez en la *Révolution Surréaliste*, he podido gozar de tal concierto de imprecaciones contra mí, que si alguna cosa tuviera que hacerme perdonar en todo esto, sería el haber tardado en provocar esta hecatombe. Si hay una acusación a la que reconozco haber dado motivos por mucho tiempo, es seguramente la de indulgencia, y fuera de mis verdaderos amigos hubo espíritus lúcidos que la formularon. Tengo inclinación, es verdad, a una tolerancia muy amplia en cuanto a los pretextos personales de actividad particular y, más todavía, en cuanto a los pretextos personales de inactividad general. Con tal que un corto número de ideas definidas como comunes no fueran puestas en discusión, he dejado pasar —puedo insistir en decirlo: he dejado pasar— a éste sus disparates, a aquél sus tics, a ese otro su falta casi total de capacidad. Téngase la seguridad de que me corregiré.

corazón mismo de la zona prohibida, y recordemos que no hay *ninguna* perspectiva seria de que su actividad cese en tanto que el hombre sea capaz de distinguir un animal de una llamarada o de una piedra–, el diablo proteja, repito, la idea surrealista de comenzar a andar sin avatares. Es absolutamente necesario que hagamos como si estuviéramos realmente *en el mundo* para atrevernos después a formular algunas reservas. Aunque disguste, pues, a los que se desesperan de vernos abandonar a menudo las

---

No me molesta haberles dado, yo solo, a los doce firmantes de *Un cadáver* (así denominan demasiado futilmente al planfleto que me han consagrado), la oportunidad de ejercer una verba —que en unos había dejado de existir y en otros nunca había existido—, para hablar con exactitud, despampanante. Pude comprobar que el asunto que esta vez tenían entre manos había por lo menos logrado llevarlos a una exaltación que hasta ahora nada había podido lograr, hasta el punto de que podría creerse que los más jadeantes de entre ellos necesitaran, para recobrar aliento, contar con mi último suspiro. Con todo, gracias, me siento bastante bien; veo con placer que el profundo conocimiento que algunos tienen de mí, por haberme frecuentado asiduamente durante años, los deja perplejos en cuanto a la clase de agravio "mortal" que podrían hacerme, y sólo les sugiere injurias absurdas del tono de las que reproduzco, a título de curiosidad, al final del segundo manifiesto. Juzgan criminal que haya comprado algunos cuadros sin convertirme después en esclavo de ellos: de creerle a dichos señores, en esto estriba positivamente mi culpabilidad... y en haber escrito el presente manifiesto.

Que, por propia iniciativa, los diarios, siempre más o menos mal dispuestos hacia mí, hayan concedido que en esta circunstancia no ven muy bien lo que se me pueda reprochar moralmente, me dispensa de entrar a este respecto en detalles ociosos, y me da la medida precisa del mal que pueden hacerme para que no quiera convencer aún más a mis enemigos del bien que se me puede hacer encarnizándose en hacerme ese mal:

alturas a las que nos relegan, emprenderé la tarea de hablar aquí de la actitud política, "artística", polémica, que puede, al final de 1929, ser la nuestra, y fuera de ella, poner en evidencia la oposición que en realidad le hacen algunos comportamientos individuales, elegidos entre los más típicos y los más particulares de hoy.

"Acabo, escribe M. A. R. de leer *Un cadáver*: sus amigos no podían haberle rendido mejor homenaje.

Su generosidad, su solidaridad son impresionantes. Doce contra uno.

Para usted soy un desconocido, pero no un extraño. Espero que me permitirá testimoniarle mi estima, enviarle mis saludos.

Si usted quisiera —y en el momento en que lo desee— organizar una concentración de fuerzas, esa concentración sería inmensa, y le daría el testimonio de seres que lo siguen, muchos de los cuales son distintos de usted, pero como usted generosos y sinceros, y en soledad. En cuanto a mí, he estado muy interesado estos últimos años en su acción, en su pensamiento".

En efecto, espero, no mi día, sino que me atrevo a decir *nuestro* día, el de todos nosotros que nos reconoceremos tarde o temprano por un signo: que no llevamos los brazos colgando delante como los otros —¿se han dado cuenta, hasta los más apurados?— Mi pensamiento no está en venta. Tengo treinta y cuatro años y creo capaz a mi pensamiento, más que nunca, de azotar como una carcajada a los que no tienen pensamiento y a los que, habiéndolo tenido, lo han vendido.

Me gusta pasar por fanático. Quienquiera que deplore el establecimiento en el plano intelectual de costumbres tan bárbaras como las que tienden a instituirse y reclame la infecta cortesía, deberá considerarme uno de los hombres que, metidos en la lucha, menos habrán admitido salir de ella con algunos tajos decorativos. Nada podrá hacer en esto la gran nostalgia de los profesores de historia de la literatura. Desde hace cien años, graves intimaciones se han hecho. Estamos muy lejos de la dulce, de la suave "batalla" de *Hernani*.

No sé si corresponde contestar aquí a las objeciones pueriles de los que, computando las conquistas posibles del surrealismo en el dominio poético, donde se inició su acción, se inquietan de verle tomar partido en la querella social, y pretenden que lleva todas las de perder. Se debe, sin discusión, a pereza de parte de ellos, o a la expresión desfigurada del deseo que tienen de limitarnos. *En la esfera de la moralidad* —creemos que Hegel ha dicho de una vez por todas—, *en tanto se distingue de la esfera social, sólo se tiene una convicción formal, y si mencionamos la verdadera convicción es para destacar la diferencia, y para evitar la confusión en que se podría incurrir al considerar la convicción tal como es aquí, o sea la convicción formal, como si fuera la convicción verdadera, en tanto que ésta sólo se produce primeramente en la vida social. (Filosofía del Derecho)*. Un enjuiciamiento de la suficiencia de esta convicción formal carece hoy de sentido, y querer que a todo precio nos atengamos a ella no honra ni la inteligencia ni la buena fe de nuestros contemporáneos. No existe, desde Hegel, sistema ideológico alguno que pueda, sin derrumbarse inmediatamente, sustraerse de colmar el vacío que dejaría en el pensamiento mismo el principio de una voluntad que actúa por su propia cuenta y enteramente encaminada a reflejarse en sí misma. Cuando hago recordar que la *lealtad*, en el sentido hegeliano de la palabra, *sólo puede ser función* de la penetrabilidad de la vida subjetiva por la vida "sustancial" y que, sean las que fueren las divergencias, esta idea no ha encontrado ninguna objeción fundamental por parte de espíritus tan diversos como Feuerbach, quien termina negando la conciencia como facultad particular; como Marx, enteramente dominado por la necesidad de modificar de cabo a rabo las condiciones externas de la vida

social; como Hartmann, que extrae de una teoría del inconsciente de base ultrapesimista una afirmación nueva y optimista de nuestra voluntad de vivir; como Freud, que insiste cada vez más sobre la presión propia del superyo, pienso que nadie se asombrará de ver al surrealismo aplicarse, al pasar, a cosas distintas de la resolución de un problema psicológico, por interesante que éste sea. Es en nombre del reconocimiento imperioso de esta necesidad que estimo imposible evitarnos el planteo, del modo más candente, de la cuestión del régimen social bajo el que vivimos: me refiero a la aceptación o no aceptación de ese régimen. En nombre de este reconocimiento resulta más que tolerable que yo incrimine, de paso, a los tránsfugas del surrealismo, para quienes lo que yo sostengo aquí es demasiado difícil o demasiado elevado. Hagan lo que hagan, aunque saluden con gritos de falsa alegría su propia retirada, y por más que nos hagan objeto de una grosera decepción —y con ellos todos los que dicen que tanto vale un régimen como otro porque de todas maneras el hombre será vencido— no me harán olvidar que no será a ellos, así espero, sino a mí a quien corresponderá gozar de esa "ironía" suprema que se aplica a todo *y también a los regímenes*. Esa ironía les será rehusada porque está más allá —pero lo implica previamente— de todo acto voluntario que consiste en describir el ciclo de la *hipocresía, del probabilismo, de la voluntad que quiere el bien y de la convicción*. (Hegel: *Fenomenología del espíritu*).

El surrealismo, si entra especialmente en el camino de enjuiciar las nociones de realidad e irrealidad, de razón y sinrazón, de reflexión e impulsión, de saber y "fatal" ignorancia, de utilidad e inutilidad, etc., presenta con el materialismo histórico por los menos esa analogía de tendencia que parte "del colosal aborto" del sistema

hegeliano. Me parece imposible asignar límites —los del marco económico, por ejemplo—, al ejercicio de un pensamiento definitivamente agilizado en la negación, y en la negación de la negación. ¿Cómo admitir que el método dialéctico no puede aplicarse con validez sino a la solución de los problemas sociales? Toda la ambición del surrealismo es suministrarle posibilidades de aplicación desvinculadas del dominio consciente más inmediato. No veo —aunque disguste a ciertos revolucionarios de espíritu limitado— por qué tendríamos que abstenernos de agitar; siempre que encaremos desde el mismo ángulo que ellos encaran la Revolución (y también nosotros) los problemas del amor, del sueño, de la locura, del arte y de la religión*. Ahora ya no temo decir que antes del surrealismo no se había hecho nada sistemático en ese sentido, y que en el punto en que lo habíamos encontrado, también para nosotros "el método dialéctico bajo su forma hegeliana era inaplicable". Se trataba, también para nosotros, de la necesidad de

* La falsa cita es uno de los sistemas, que desde hace poco, se usan más frecuentemente contra mí. Doy como ejemplo la manera como *Monde* ha creído sacar partido de esta frase: "Pretendiendo encarar desde el mismo ángulo que los revolucionarios los problemas del amor, del sueño, de la locura, del arte y de la religión, Breton tiene la osadía de escribir... etc." Es verdad que, como puede leerse en el número siguiente de la misma revista: *"La Révolution Surréaliste* arremete contra nosotros en su último número. Se sabe que la estupidez de esa gente no tiene límites". (Sobre todo, ¿no es cierto?, después de que esa gente declinó, sin siquiera tomarse la molestia de contestar, vuestro ofrecimiento de colaboración en *Monde*, ¡Qué hacer!) Del mismo modo, un colaborador del *Cadáver* me regaña duramente con el pretexto de que he escrito: "Juro no llevar jamás el uniforme francés". *Lo siento, pero no se trataba de mí.*

acabar con el idealismo propiamente dicho, para lo cual sólo la creación de la palabra surrealismo nos significaba una garantía y, para retomar el ejemplo de Engels, de la necesidad de no atenernos al desarrollo pueril: "La rosa es una rosa. La rosa no es una rosa. Y sin embargo, la rosa es una rosa", pero que se me permita este paréntesis, para arrastrar a "la rosa" en un movimiento provechoso de contradicciones menos benignas, en el que ella sea sucesivamente la que proviene del jardín, la que ocupa un lugar destacado en un sueño, la que no es posible apartar del "ramillete óptico", la que puede cambiar totalmente de propiedades al pasar por la escritura automática, la que ya no tiene más que lo que el pintor ha querido que conservara de rosa en un cuadro surrealista, y finalmente, la que, completamente distinta en sí misma, retorna al jardín. Lejos está esto de una visión idealista cualquiera y ni siquiera nos defenderíamos si pudiéramos dejar de ser blanco de los ataques del materialismo primario, ataques que proceden a la vez de quienes, por conservadorismo subalterno, no tienen ningún interés en poner en claro las relaciones del pensamiento y de la materia, y de quienes, por un sectarismo revolucionario mal entendido, confunden, menospreciando lo que se pregunta, este materialismo con el que Engels distinguía esencialmente, y que definía ante todo como una *intuición del mundo* llamada a ser puesta a prueba y a realizarse: *En el transcurso del desarrollo de la filosofía, el idealismo se tornó insostenible y fue negado por el materialismo moderno. Este último, que es la negación de la negación, no significa la mera restauración del antiguo materialismo: agrega a los fundamentos durables de éste, todo el pensamiento de la filosofía y de las ciencias de la naturaleza en el transcurso de una evolución de dos mil años, más*

el producto mismo de esa larga historia. Nosotros queremos también partir de una posición tal que la filosofía nos resulte *superada*. Creo que es el destino de todos aquellos para los que la realidad no tiene únicamente una importancia teórica sino que, además, es una cuestión de vida o muerte hacer un llamamiento apasionado, como lo quería Feuerbach, a esa realidad: nuestro destino es dar como damos, *totalmente*, sin reservas, nuestra adhesión al principio del materialismo histórico, el de ellos, arrojar al rostro del mundo intelectual atónito la idea de que "el hombre es lo que come", y que una revolución futura tendría mayores perspectivas de éxito si el pueblo recibiera una alimentación mejor, de la clase de los guisantes en lugar de patatas.

Nuestra adhesión al principio del materialismo histórico... no puede haber equívoco en esto. Si no dependiera más que de nosotros –quiero decir, con tal que el comunismo no nos trate sólo como bichos curiosos destinados a poner en práctica en sus filas la necedad y la desconfianza– nos mostraríamos capaces de cumplir, desde el punto revolucionario, todos nuestros deberes. Desgraciadamente es un compromiso que a nadie interesa sino a nosotros. En lo que a mí concierne, no he podido, por ejemplo, cruzar hace dos años el umbral de la casa del Partido francés, libre e inadvertido como era mi deseo; esta casa en donde, en cambio, tantos individuos no recomendables, policías y demás, están autorizados a retozar a voluntad. En el curso de tres interrogatorios de muchas horas me tocó defender al surrealismo de la pueril acusación de ser en esencia un movimiento político de orientación netamente anticomunista y contrarrevolucionaria. Inútil agregar que yo no podía esperar un enjuiciamiento a fondo de mis

ideas de parte de los que me juzgaban. "Si usted es marxista, vociferaba en ese entonces Michel Marty dirigiéndose a uno de nosotros, no tiene necesidad de ser surrealista". Y entiéndase bien que no éramos nosotros quienes nos habíamos preciado de ser surrealistas en esa circunstancia: la calificación nos había precedido a pesar nuestro, como hubiese podido ocurrir con la de "relativistas" para los einstenianos, o de "psicoanalistas" para los freudianos. ¿Cómo no inquietarse terriblemente ante tal debilitamiento del nivel ideológico de un partido que surgió otrora tan magníficamente armado de las dos cabezas más potentes del siglo XIX? Todo esto es bien conocido; lo poco que puedo extraer a este respecto de mi experiencia personal da la medida del resto. Se me pidió en la célula "del gas" un informe sobre la situación italiana, especificando que sólo debía basarme en datos estadísticos (producción del acero, etc.) y *sobre todo, nada de ideología*. No pude.

Con todo, acepto que como consecuencia de un malentendido, y nada más, me hayan tomado en el partido comunista por uno de los intelectuales más indeseables. Por otra parte, mi simpatía está demasiado exclusivamente volcada a la *masa* de los que harán la Revolución social para poder resentirse de los efectos pasajeros de tal accidente. Lo que no admito es que, seducido por especiales posibilidades de *actividad*, algunos intelectuales que conozco y cuyos imperativos morales no inspiran ninguna confianza, habiendo ensayado sin éxito la poesía, la filosofía, se desvíen hacia la agitación revolucionaria. Aprovechando la confusión que allí reina, logran un relativo engaño, y para estar más seguros, se apresuran a renegar estrepitosamente de aquello que, como el surrealismo, aunque les hizo

pensar con mayor claridad de lo que piensan, al mismo tiempo los compelía a rendir cuentas y a justificar humanamente su posición. El espíritu no es una veleta, por lo menos no es sólo una veleta. No significa mucho pensar de pronto que uno se debe a una actividad especial, y por eso mismo significa muy poco si se siente incapaz de exponer objetivamente cómo llegó a ella, y en qué punto exacto tenía que estar para poder llegar. Que no me hablen de esa clase de conversiones revolucionarias de tipo religioso, de las que algunos se limitan a ponernos al tanto, agregando que están muy complacidos de no tener ningún comentario que hacer. No podría haber, en ese plano, ni ruptura ni solución de continuidad en el pensamiento. O bien sería necesario volver a pasar por los viejos rodeos de la gracia... Yo bromeo. Pero se sobreentiende que mi desconfianza es extrema. ¡Pero vamos; yo sé lo que es un hombre; quiero decir que me represento de dónde viene y también un poco adónde va, y se pretende que de pronto este sistema de referencias sea nulo; que ese hombre alcance una cosa distinta de aquella a la que se dirigía! Y si esto fuera posible, ¿ese hombre que sólo habíamos conocido en el simpático estado de crisálida, para poder volar con sus propias alas hubiera acaso necesitado salir del capullo de su pensamiento? Una vez más, no lo creo. Considero que debería haber sido una exigencia extrema, no sólo práctica sino moral, para todos aquellos que de ese modo se apartaron del surrealismo, el haberlo puesto en discusión en el plano ideológico haciéndonos conocer desde su punto de vista la parte denunciable: nunca hubo nada de esto. Lo cierto es que parecen haber sido casi siempre sentimientos mediocres los que decidieron esos bruscos cambios de actitud, y creo que es necesario buscar el secreto de ello, como el de la gran

movilidad de la mayor parte de los hombres, más bien en una pérdida progresiva de conciencia que en la irrupción de un motivo repentino, tan diferente de la precedente como lo es la fe del escepticismo. Para gran satisfacción de aquellos a quienes disgusta el control de las ideas, tal como se ejerce en el surrealismo, ese control no tiene razón de ser en los medios políticos, con lo que están libres, desde ese momento, de dar forma a su ambición; esa ambición que ya existía —y eso es lo grave— antes del descubrimiento de su pretendida vocación revolucionaria. Vale la pena verlos predicar con aires de superioridad ante los viejos militantes; vale la pena verlos quemar, en menos tiempos del que se necesita para quemar su portaplumas, las etapas del pensamiento crítico, más severo aquí que en cualquier otra parte; vale la pena ver cómo uno toma por testigo un pequeño busto de Lenin de tres francos noventa y cinco, mientras otro palmea familiarmente a Trotsky. Lo que no puedo aceptar de ningún modo es que gentes con las que mantuvimos contacto y de las que hemos denunciado, en todo momento desde hace tres años, por haberlo comprobado a nuestra costa, la mala fe, el arribismo y los objetivos contrarrevolucionarios: los Morhange, los Politzer y los Lefèvre, encuentren el modo de ganarse la confianza de los dirigentes del partido comunista, hasta el punto de poder publicar, con su aparente aprobación por lo menos, dos números de una *Revue de Psychologie concrète* y siete números de la *Revue Marxiste*, al cabo de los cuales se encargan de ilustrarnos definitivamente sobre su bajeza, ya que el segundo, *después de un año* de "trabajo" en común y de complicidad, decide —porque se habla de suprimir la psicología concreta que no se vende— denunciar al primero al partido como culpable de haber disipado en

un día, en Montecarlo, una suma de doscientos mil francos que se le había confiado para utilizar en la propaganda revolucionaria. Y este último, enfurecido únicamente por el proceder de su compañero, se me acercó sin más para descargar su indignación, aunque reconociendo sin reparos que el hecho era exacto. Hoy está, pues, permitido en Francia, con la ayuda del señor Rappoport, abusar del nombre de Marx sin que nadie vea en ello nada malo. En estas condiciones, reclamo que se me explique dónde se encuentra la moralidad revolucionaria.

Se comprende que la facilidad con que señores como los mentados pueden llegar a impresionar enormemente a aquellos que los acogen —ayer en el seno del partido comunista, mañana en la oposición a ese partido— ha sido y debe ser aún de tal naturaleza como para tentar a ciertos intelectuales poco escrupulosos, algunos *surgidos también del surrealismo*, el cual no tuvo después adversarios más enconados*. Unos, al estilo del

* Por molesta que pueda resultar, por diversas causas, esta comprobación, considero que el surrealismo, *pequeñísimo puente tendido sobre el abismo*, no debe estar flanqueado de parapetos. Hay motivos para que nos fiemos en la sinceridad de aquellos a quienes, un día, su buen o mal genio los condujo hacia nosotros. Sería excesivo exigirles en este momento una garantía de alianza definitiva, y sería inhumano prejuzgar en ellos la imposibilidad de desarrollo ulterior de cualquier apetito vulgar. ¿Cómo comprobar la solidez del pensamiento de un hombre de veinte años cuando él mismo sólo piensa en hacer valer la calidad puramente artística de algunas cuartillas que presenta, en las que, si bien aparecen las coerciones que él manifiesta aborrecer, no prueban que sea incapaz de hacerlas sufrir? Y sin embargo, de este hombre muy joven, de su solo impulso, depende hasta el infinito la vivificación de una idea sin edad. ¡Pero cuántas contrariedades! Apenas el

señor Baron —autor de poemas bastante hábilmente copiados de Apollinaire, y además juerguista empedernido; desprovisto en absoluto de ideas generales; pobre y mínimo crepúsculo sobre una charca estancada en la selva inmensa del surrealismo— aportan al mundo "revolucionario" el tributo de una exaltación de escolar, de una "crasa" ignorancia amenizada con visiones del 14 de julio. (En un estilo impagable, el señor Baron me comunicó, hace algunos meses, su conversión al leninismo integral. Conservo su carta en la que las frases más ridículas se mezclan con tremendos lugares comunes tomados del lenguaje de *L'Humanité* y con protestas de amistad conmovedoras que pongo a disposición de los curiosos. No volveré sobre esto salvo que él mismo me obligue). Los otros, al estilo del señor Naville, de quien esperamos pacientemente que sea devorado por su insaciable sed de notoriedad —en menos de lo que canta un gallo fue director del *Oeuf dur*, de *La Révolution Surréaliste*, tuvo parte dominante en *L'Étudiant d'avant-garde*, fue director de *Clarté*, de *La Lutte de Classes*, casi llegó a ser director de *Camarade*, y lo vemos ahora con un papel de primera fila en *La Vérité*—, los otros se reprocharían de llegar a deberle a la causa que fuere algo más que un ligero saludo protector como el que dirigen a los necesitados las damas de beneficencia, para inmediatamente después indicarles en dos palabras lo que tienen que hacer. Basta con verlo pasar al señor Naville para que el partido comunista francés, el partido ruso, la mayor parte de los opositores

tiempo para reflexionar sobre ello y ya aparece otro hombre de veinte años. Desde el punto de vista intelectual, la verdadera belleza no se diferencia bien, *a priori*, de la belleza del diablo.

de todos los países en cuya primera fila hay hombres con los que pudo haber contraído alguna deuda: Boris Souvarine y Marcel Fourrier, así como el surrealismo y yo mismo, todos hagamos el papel de mendicantes. El señor Baron que escribió *L'allure poétique* (La actitud poética) es a esa actitud lo que Naville es a la actitud revolucionaria. Una estada de tres meses en el partido comunista, se dijo Naville, es más que suficiente, ya que el interés para mí es hacer valer que yo lo he dejado. El señor Naville —por lo menos su padre— es muy rico. (Para aquellos de mis lectores a quienes no les disguste lo pintoresco, agregaré que la oficina de la dirección de *La Lutte de Classes* está situada en el número 15 de la calle de Grenelle, en una propiedad de la familia de Naville, que es ni más ni menos el antiguo palacio de los duques de La Rochefoucauld). Este tipo de consideraciones me parece más oportuno que nunca. Asimismo destaco que cuando el señor Morhange emprende la fundación de *La Revue Marxiste*, lo hace mediante la financiación del señor Friedmann por cinco millones de francos. Aunque su mala suerte en la ruleta le haya obligado poco después a reembolsar la mayor parte de esa suma, queda firme el hecho de que gracias a esta ayuda financiera exorbitante llegó a usurpar el consabido puesto, y a hacerse perdonar su notoria incompetencia. Asimismo, al suscribir cierto número de acciones de fundación de la empresa "Les Revues" (Las Revistas) de la que dependía *La Revue Marxiste*, el señor Baron, que acababa de heredar, pudo creer que horizontes más vastos se le abrían. Ahora bien, cuando el señor Naville nos participó, hace algunos meses, su intención de publicar el periódico *Le Camarade*, que respondía, según él, a la necesidad de dar nuevo impulso a la crítica opositora, pero que, en realidad, le permitiría apartarse

de Fourier —demasiado clarividente—, de ese modo sigiloso que le es habitual, tuve la sorpresa de saber de sus propios labios quiénes corrían con los gastos de esa publicación de la que él sería el director, y por supuesto único director. ¿Se trataba de esos misteriosos "amigos" con los que se entablan largas conversaciones muy divertidas al acabar la última página de un periódico, y a los que se procura interesar profundamente en el precio del papel? Absolutamente no. Se trataba pura y simplemente del señor Pierre Naville y su hermano, que participaban con una suma de quince mil francos sobre veinte mil en total. El resto lo suministraban unos pretendidos "compinches" de Souvarine, cuyos nombres tuvo que confesar el señor Naville que ni siquiera conocía. Se ve que para hacer prevalecer un punto de vista en medios que a este respecto deberían ser absolutamente estrictos, importa menos hallar un punto de vista convincente que ser el hijo de un banquero. El señor Naville, que practica con arte, con vistas al clásico resultado, el método de sembrar la discordia entre la gente, no retrocederá —es bien evidente— ante ningún medio que le permita llegar a manejar la opinión revolucionaria. Pero como en esta misma selva alegórica —en la que yo veía hace unos instantes a Baron desplegar gracias de renacuajo— ya hubo días malos para esa serpiente boa de pobre aspecto, por suerte no está dicho que domadores de la fuerza de Trotsky y aun de Souvarine, no acaben por hacer entrar en razón al eminente reptil. Por ahora sólo sabemos que vuelve de Constantinopla en compañía del pequeño volátil Francis Gérard. Los viajes, que forman a la juventud, no alcanzan a deformar el bolsillo del señor Naville, padre. También existe un interés de primer orden en llegar a distanciar a León Trotsky de sus únicos amigos. Una última pre-

gunta, completamente platónica, a Naville: *¿Quién* mantiene *La Vérité*, órgano de la oposición comunista, en la cual su nombre se agranda cada semana y desde el momento actual aparece en primera página? Muchas gracias.

Si me pareció conveniente extenderme con cierta amplitud sobre estos temas, lo hice, en primer término, para señalar que, contrariamente a lo que pretenderían hacer creer, todos nuestros antiguos colaboradores que se proclaman *desengañados* del surrealismo fueron excluidos por nosotros sin una sola excepción; y, además, resultaba útil que se conocieran los motivos. En segundo término, para señalar que, si bien el surrealismo se considera indisolublemente ligado, como consecuencia de las afinidades que acabo de indicar, a la marcha del pensamiento marxista, y sólo a ella, se abstiene, y seguramente se abstendrá todavía por mucho tiempo, de elegir entre las dos grandes corrientes que enfrentan en la hora actual a hombres que, aunque no participen de la misma concepción táctica, se han revelado, tanto de un lado como de otro, como auténticos revolucionarios. El momento en que Trotsky, en una carta fechada el 25 de setiembre de 1929, admite que en la Internacional el *hecho de una conversión de la dirección oficial hacia la izquierda resulta evidente*, y en la que prácticamente apoya con toda su autoridad el pedido de reincorporación de Racovsky, de Cassior y de Okoudjava (reincorporación susceptible de acarrear la suya propia) no es el apropiado para que nosotros nos mostremos más irreductibles que él mismo. El momento en que la simple reflexión sobre el más penoso conflicto que pueda darse impulsa a dichos hombres, dejando de lado, *públicamente* por lo menos, sus más definitivas reservas, a

un nuevo paso en la vía de la reunificación, no es el indicado para que procuremos emponzoñar la herida sentimental provocada por la represión, como lo hace Panaït Istrati, con la felicitación de Naville, quien no deja por ello de darle un amable tirón de orejas: "Istrati, hubiese sido mejor no publicar un fragmento de tu libro en un órgano como la *Nouvelle Revue Française**, etc." Nuestra intervención en semejante asunto tiende sólo a prevenir a los espíritus serios contra un pequeño número de individuos, los cuales sabemos por experiencia que son estúpidos, mistificadores o intrigantes y, en cualquier forma, sujetos malintencionados desde un punto de vista revolucionario. Esto es poco más o menos todo lo que podemos hacer por ese lado. Somos los primeros en sentir que sea tan poco.

* Sobre Panaït Istrati y el asunto Rusakof, ver la *N. R. F.* del 1° de octubre y *La Vérité* del 11 de octubre de 1929.

Para que tales desviaciones, cambios de frente, abusos de confianza de toda clase, se hagan posibles en el terreno mismo en el que acabo de ubicarme, es preciso, sin duda alguna, que todo sea un magnífico césped de escarnio, y que apenas se pueda contar con la actividad desinteresada de pocos hombres a la vez. Si la tarea revolucionaria misma, con todo lo que su cumplimiento supone de rigor, es incapaz, por su propia índole, de separar de entrada los malos de los buenos y los falsos de los sinceros; si, para su mal, le es forzoso esperar que una serie de acontecimientos exteriores se encarguen de desenmascarar a unos y de adornar con un resplandor de inmortalidad el rostro descubierto de los otros, ¿cómo pretender que la cosa no funcione aún más lastimosamente en lo que no es específicamente esta tarea, como por ejemplo en la tarea surrealista, en la medida en que esta última ni siquiera se confunde con la primera? Es natural que el surrealismo se manifieste en el centro mismo – y quizás *al precio* de una sucesión ininterrumpida de decaimientos – de zigzagueos y defecciones que exigen a cada momento retomar la discusión de sus premisas originales, vale decir la remisión al

principio inicial de su actividad, junto a la interrogación del *mañana azaroso* que quiere que los corazones se "unan" y se desunan. No todo ha sido intentado – debo decirlo – para llevar a buen término esta empresa, aunque sólo fuera sacando el partido máximo de los medios que fueron definidos como nuestros y ensayando a fondo los modos de investigación que, en los orígenes del movimiento que nos ocupa, fueron preconizados. El problema de la acción social es – me interesa insistir sobre ello – sólo una de las formas de un problema más general, que el surrealismo se ha hecho un deber agitar, y que es el de *la expresión humana en todas sus formas*. Quien dice expresión, dice ante todo lenguaje. No hay, pues, que asombrarse de que el surrealismo se ubique, de entrada, casi exclusivamente en el plano del lenguaje, ni tampoco de que – al cabo de una incursión por donde sea – vuelva por el placer de actuar en un país conquistado. Nada, en efecto, puede ya impedir que, en gran parte, ese país sea conquistado. Las hordas de palabras, literalmente desencadenadas, a las que Dada y el surrealismo han querido abrirles las puertas, por más que nos pese, no son de las que se retiran sin dejar rastros. Ellas penetrarán sin prisa, seguras del éxito, en las pequeñas ciudades idiotas de la literatura que todavía se enseña, y confundiendo sin dificultad los barrios bajos y los residenciales, harán sosegadamente un buen consumo de atalayas. Con el pretexto de que, por causa nuestra, la poesía es en esta época lo que se encuentra más seriamente trastornado, la población no desconfía mucho, y construye aquí y allá barreras sin importancia. Se simula no advertir con claridad que el mecanismo lógico de la frase se muestra por sí solo cada vez más impotente para desencadenar en el hombre la sacudida emocional que da realmente

algún valor a la vida. Por otro lado, ahora se rodea de los productos de esta actividad espontánea o *más* espontánea, directa o *más* directa —como los que le ofrece cada vez en mayor número el surrealismo, en forma de libros, cuadros, films que en un comienzo contempló con estupor — y les confía más o menos tímidamente el cuidado de trastornar su modo de sentir. Lo sé: ese hombre no es todavía *cada* hombre y hay que darle "tiempo" para que llegue a serlo. Pero observad de qué admirable y perversa penetración se han ya demostrado capaces un pequeño número de obras muy modernas, de las que lo menos que se puede decir es que reina en ellas un aire especialmente insalubre: Baudelaire, Rimbaud (a despecho de los reparos que hice), Huysmans, Lautréamont, para circunscribirme a la poesía. No temamos hacer una ley para nosotros de esta insalubridad. Ojalá que no pueda decirse que no hemos hecho lo posible por aniquilar esa estúpida ilusión de bienestar y de *alianzas* que constituirá la gloria del siglo XIX haber denunciado. Ciertamente, no hemos dejado de amar con fanatismo esos rayos de sol llenos de miasmas. Pero a la hora en que los poderes públicos en Francia se aprestan a celebrar grotescamente y con grandes festividades el centenario del romanticismo, nosotros decimos —sí, nosotros— que ese romanticismo del que nos consideramos históricamente como la cola, *pero una cola prensil*, hoy, en 1930, por su esencia misma, consiste enteramente en la negación de esos poderes y de esas festividades; que tener cien años de existencia significa para él la juventud; que lo que se ha denominado erróneamente su época heroica sólo puede pasar honradamente por el vagido de un ser que comienza a revelar sus deseos a través de nosotros, y que si se admite que todo lo pensado antes de él —"clásicamente"— fue el bien, quiere ineludiblemente *todo el mal*.

Cualquiera que haya sido la evolución del surrealismo en el terreno político, por apremiante que haya sido la orden de sólo tener en cuenta para la liberación del hombre —*primera condición de la liberación del espíritu*— la revolución proletaria, puedo afirmar que no hemos encontrado ninguna razón valedera para cambiar de criterio sobre los medios de expresión que nos son propios y que la experiencia nos ha permitido demostrar que nos resultaban útiles. Es en vano que traten de condenar alguna imagen específicamente surrealista que pude emplear al acaso en un prefacio; no por eso habremos terminado con las imágenes. "Esta familia es una camada de perros" (Rimbaud). Cuando con una frase como ésta, separada de su contexto, se hayan reído hasta desternillarse, sólo habrán logrado reunir a un montón de ignorantes. No habrán llegado a acreditar, a expensas de los nuestros, los procedimientos neo-naturalistas, mejor dicho, a liquidar todo aquello que, a partir del naturalismo, resume las más importantes conquistas del espíritu. Traigo a colación aquí las respuestas que di en setiembre de 1928 a dos preguntas que me plantearon: 1º *¿Cree usted que la producción artística y literaria es un fenómeno puramente individual? ¿No piensa usted que puede o debe ser el reflejo de las grandes corrientes que determinan la evolución económica y social de la humanidad?* 2º *¿Cree usted en la existencia de una literatura y un arte que exprese las aspiraciones de la clase obrera? ¿Quiénes son, a su juicio, sus principales representantes?*

1º Es indudable que en el caso de la producción artística y literaria como en el de todo fenómeno inte-

lectual no podría plantearse más problema que el de la *soberanía del pensamiento*. Lo que quiere decir que no es posible responder a su primera pregunta por la afirmativa o por la negativa, y que la única actitud filosófica observable en tal caso descansa en valorizar "la contradicción [que existe] entre el carácter del pensamiento humano que nos representamos como absoluto y la realidad de este pensamiento en una multitud de seres individuales de pensamiento limitado: contradicción que sólo puede resolverse en el progreso infinito, en la serie prácticamente infinita de las generaciones humanas sucesivas. En este sentido el pensamiento humano posee soberanía y no la posee; y su capacidad de conocer es tan ilimitada como limitada. Soberano e ilimitado por su naturaleza, por su vocación; soberano e ilimitado en potencia y en cuanto a su objetivo final en la historia; pero sin soberanía y limitado en cada una de sus realizaciones y en uno cualquiera de sus estados" (Engels: *La moral y el derecho. Verdades eternas)*. Este pensamiento, en el terreno en que ustedes me piden que considere tal expresión particular, sólo puede oscilar entre la conciencia de su perfecta autonomía y la de su estrecha dependencia. En nuestro tiempo, la producción artística y literaria me parece sacrificada por entero a la necesidad de encontrar un desenlace a ese drama, al cabo de un siglo de filosofía y poesía verdaderamente desgarradoras (Hegel, Feuerbach, Marx, Lautréamont, Rimbaud, Jarry, Freud, Chaplin, Trotsky). En estas condiciones, hablar de que una producción puede o debe ser el reflejo de las grandes corrientes que determinan la evolución económica y social de la humanidad sería arriesgar un juicio bastante vulgar, que implicara el reconocimiento puramente circunstancial del pensamiento y liquidara su naturaleza esencial: a la vez incon-

dicionada y condicionada, utópica y realista, que encuentra su objetivo en sí misma y que aspira a ser útil, etc.

2º No creo en la posibilidad actual de existencia de una literatura o de un arte que expresen las aspiraciones de la clase obrera. Si me rehúso a creerlo es porque en un período prerrevolucionario el escritor o el artista, de formación necesariamente burguesa, resulta por definición inapto para traducirlas. No niego que pueda formarse una idea y que, bajo ciertas condiciones morales que bastante excepcionalmente se cumplen, sea capaz de concebir la relatividad de toda causa en función de la causa proletaria. Sé que para él tiene que ser un problema de sensibilidad y honradez. No escapará por eso a la duda atendible, inherente a sus propios medios de expresión, que lo obliga a considerar en sí mismo y solamente para sí, desde un ángulo muy especial, la obra que se propone realizar. Para que esta obra sea viable exige que se la *sitúe* en relación a algunas otras ya existentes, y a su vez debe abrir un camino. Guardando las proporciones, sería tan inútil protestar, por ejemplo, contra la afirmación de un determinismo poético cuyas leyes pueden ser promulgables, como contra la del materialismo dialéctico. Sigo estando convencido de que los dos órdenes de evolución son rigurosamente semejantes y de que, además, tienen en común que *no perdonan*. Así como las previsiones de Marx, en lo concerniente a casi todos los acontecimientos exteriores sobrevenidos desde su muerte hasta nuestros días, se han revelado justas, no veo qué es lo que podría invalidar una sola palabra de Lautréamont tocante a los acontecimientos que sólo interesan al espíritu. Por el contrario, tan falso como cualquier intento de explica-

ción social distinto del de Marx, es para mí cualquier ensayo de defensa y exposición de una literatura y de un arte llamados "proletarios", en una época en que nadie podría invocar una cultura proletaria, por la excelente razón de que semejante cultura no ha podido todavía realizarse, ni siquiera en un régimen proletario. "Las vagas teorías sobre la cultura proletaria, concebidas por analogía y antítesis con la cultura burguesa, se obtienen por comparaciones, desprovistas totalmente de espíritu crítico, entre el proletariado y la burguesía. No hay duda de que llegará el momento, en el desarrollo de la nueva sociedad, en que lo económico, la cultura y el arte tendrán la más amplia libertad de movimientos, de progreso. Pero sólo nos podemos entregar, sobre este tema, a conjeturas fantásticas. En una sociedad que se haya desembarazado de la abrumadora preocupación del pan cotidiano, en donde las lavanderías comunales lavarán la ropa de todo el mundo, en donde los niños —todos los niños—, bien nutridos, saludables y alegres, absorberán los elementos de la ciencia y el arte como el aire y la luz del sol, en donde no habrá ya "bocas inútiles", en donde el egoísmo liberado del hombre —potencia formidable— sólo se interesará en el conocimiento, en la transformación y en el mejoramiento del universo, en semejante sociedad, el dinamismo de la cultura no podrá compararse con nada que conozcamos del pasado. Pero sólo llegaremos a ello después de una larga y penosa transición, cuyo desarrollo se halla aún en sus comienzos". (Trotsky: "Revolución y cultura", *Clarté*, 1º de noviembre de 1923). A mi juicio estas palabras admirables destruyen, de una vez por todas la pretensión de algunos mistificadores y de ciertos embaucadores que, hoy en Francia, bajo la dictadura de Poincaré, se tildan de escritores y artistas proletarios,

con el justificativo de que en su producción todo es fealdad y miseria, así como la pretensión de los que no conciben nada fuera del inmundo reportaje, del monumento funerario y de los croquis de presidio, que sólo saben agitar ante nuestra vista el espectro de Zola —en el que ellos revuelven sin llegar jamás a sustraerle nada— y que engañando desvergonzadamente a todo lo que vive, sufre, brama y espera, se oponen a cualquier búsqueda seria, se esfuerzan por volver imposible todo descubrimiento, y con el pretexto de dar lo que saben que es inadmisible: la comprensión inmediata y general de lo que se crea, son, al mismo tiempo que los máximos denigradores del espíritu, los más seguros contrarrevolucionarios.

Es lamentable, había comenzado a decir más arriba, que no se hayan realizado —como lo ha reclamado siempre el surrealismo— esfuerzos más sistemáticos y persistentes en los dominios de la escritura automática, por ejemplo, y en el relato de sueños. A pesar de nuestra insistencia para introducir textos de ese tipo en las publicaciones surrealistas, y del lugar destacado que ocupan en ciertas obras, es necesario confesar que a veces su interés se sostiene dificultosamente y que dan un poco la impresión de "trozos de bravura". La aparición de una fórmula indiscutible en la estructura de esos textos es también absolutamente perjudicial para la especie de conversión que nosotros queríamos realizar por su mediación. La falta es achacable a la extrema negligencia de la mayor parte de sus autores que se limitan generalmente a dejar correr la pluma por el papel sin prestar atención en lo más mínimo a lo que se está produciendo en ellos mismos —aunque este desdoblamiento sea más fácil de captar y más interesante

de considerar que la escritura reflexiva –, o a reunir, en forma más o menos arbitraria, elementos oníricos destinados más a acentuar el valor de su componente pintoresco que a permitir la observación provechosa de su mecanismo. La confusión es de tal naturaleza que nos priva de todos los beneficios que podríamos obtener de esa clase de operaciones. El gran valor que tienen para el surrealismo reside en que son capaces de poner a nuestra disposición zonas *lógicas* especiales, vale decir, aquellas en las que, hasta el presente, la facultad lógica ejercida con exclusividad en lo consciente, no interviene. ¡Qué digo! No solamente esas zonas lógicas permanecen inexploradas, sino que, además, seguimos tan poco informados como nunca sobre el origen de esa *voz*, que a cada uno le toca oír, y que nos habla extrañamente de una cosa distinta de lo que creemos pensar, y a veces adopta un tono grave en el momento en que nos sentimos más ligeros, o nos cuenta historietas en la desgracia. Por lo demás, ella no obedece a esa simple necesidad de contradicción... Mientras estoy sentado a mi mesa, me habla de un hombre que sale de una zanja sin decirme, por supuesto, quién es; si insisto, me lo describe con bastante precisión: no, indudablemente no conozco a ese hombre. Apenas el tiempo de darme cuenta y ya ese hombre se perdió. *Yo escucho...* estoy lejos del *Segundo Manifiesto del Surrealismo...* No es necesario multiplicar los ejemplos: ella es la que habla así... Porque los ejemplos *beben*... Perdón, yo tampoco comprendo. Lo importante sería saber hasta qué punto esa voz está autorizada, por ejemplo, a corregirme: no es necesario multiplicar los ejemplos (y se sabe, desde *Los cantos de Maldoror*, de qué maravillosa soltura pueden ser sus intervenciones críticas). Cuando ella me responde que los ejemplos beben (?) ¿es acaso un modo de

ocultarse de la potencia que la arrebata? Y, en ese caso, ¿por qué se oculta? ¿Iba tal vez a explicarse en el momento en que me apresuré a sorprenderla sin atraparla? Tales problemas no tienen sólo un interés surrealista. Nadie puede hacer nada mejor al expresarse que acomodarse a una posibilidad de conciliación muy oscura entre lo que sabía que debía decir y lo que, sobre el mismo tema, no sabía que debía decir y que sin embargo dijo. El pensamiento más riguroso está obligado a admitir esa ayuda, aunque sea indeseable desde el punto de vista del rigor. No hay duda de que existe un torpedeo de la idea en el seno de la frase que la enuncia, aunque esta frase estuviera exenta de cualquier simpática libertad en cuanto a su sentido. Sobre todo el dadaísmo procuró llamar la atención sobre ese torpedeo. Se sabe que el surrealismo ha tratado, mediante el recurso del automatismo, de poner al abrigo de ese torpedeo a cierto navío: algo así como el buque fantasma (esta imagen, de la que se han querido servir en contra mío, por gastada que esté, me parece buena y la retomo).

Nos toca a nosotros, iba diciendo, tratar de percibir cada vez más claramente lo que se trama, sin que el hombre lo sepa, en las profundidades de su espíritu, aunque de entrada nos guarde rencor a causa de su propio torbellino. Lejos estamos, en todo esto, de querer reducir la parte de lo desentrañable, y nada nos convence menos que el remitirnos al estudio científico de los "complejos". Claro está que el surrealismo, al que hemos visto adoptar deliberadamente en el plano social la fórmula marxista, no tiene el propósito de desestimar la crítica freudiana de las ideas; por el contrario, considera a esta crítica como la primera de todas y la única realmente fundada. Si le es imposible asistir con indiferencia al debate que arroja a la lucha a los repre-

sentantes calificados de las diversas tendencias psicoanalíticas —así como día a día se ve arrastrado a presenciar apasionadamente la lucha que se desenvuelve en la cabeza de la Internacional— no tiene por qué intervenir en una controversia que le parece no ha de durar mucho tiempo con provecho, salvo entre los profesionales. No es ése el dominio en el cual quiere hacer valer el resultado de sus experiencias personales. Pero como está implícita en la naturaleza de aquellos a quienes agrupa el tomar en consideración muy especial esa tesis freudiana de la que depende la mayor parte de su actividad como hombres —ansia de crear, de destruir artísticamente—, me refiero a la definición del fenómeno de "sublimación"*, el surrea-

* *Cuanto más se profundiza la patogenia de las enfermedades nerviosas,* dice Freud, *más se perciben sus relaciones con los otros fenómenos de la vida psíquica del hombre, hasta con aquellos a los que nosotros adjudicamos el máximo valor. Y vemos cómo la realidad, a pesar de nuestras pretensiones, nos satisface poco; así, presionados por nuestras represiones interiores, emprendemos, dentro de nosotros, toda una vida de fantasía que, realizando nuestros deseos, compensa las insuficiencias de la existencia verdadera. El hombre enérgico y que tiene éxito* ("que tiene éxito", cedo a Freud, por supuesto la responsabilidad de tal vocabulario) *es el que llega a transmutar en realidades las fantasías del deseo. Cuando esta trasmutación fracasa, sea por circunstancias exteriores o por debilidad del individuo, éste se aparta de lo real, se refugia en el universo más agradable de sus sueños, y en caso de enfermedad transforma el contenido en síntomas. En ciertas condiciones favorables puede todavía encontrar otro medio de pasar de sus fantasías a la realidad, en lugar de separarse definitivamente de ella por regresión en el dominio infantil: quiero decir que si posee el* don artístico, *psicológicamente tan misterioso, puede transformar sus sueños en creaciones artísticas en lugar de síntomas. Así escapa a la fatalidad de la neurosis, y encuentra, gracias a este rodeo, una conexión con la realidad.*

lismo les exige a todos ellos que aporten, en el cumplimiento de su misión, una nueva *conciencia*, que busquen el modo de suplir mediante una autoobservación, que tiene un valor inestimable en su caso, la insuficiencia de penetración en los estados de alma llamados "artísticos" por hombres que, en su mayoría, no son artistas sino médicos. Además exige a aquellos que posean, en el sentido freudiano, la "preciosa facultad" de que hablamos, que, por un camino inverso del que les vimos tomar, se apliquen a estudiar con dicho enfoque el más complejo de los mecanismos, el de la *inspiración*, y a partir del momento en que dejen de considerarla una cosa sagrada, con toda la confianza que tienen en su extraordinaria virtud, piensen sólo en liberar sus últimas ataduras y —algo que antes nadie hubiera osado concebir— piensen en someterla. Para este propósito está de más embrollarse con sutilezas, demasiado se sabe lo que es la inspiración. No puede haber confusión; es ella la que ha proveído a las necesidades supremas de expresión en todos los tiempos y todos los lugares. Habitualmente se dice que la inspiración *está* o que no está, y si no está, nada de lo que sugiere la habilidad humana que lleva el sello del interés, la inteligencia discursiva y el talento adquirido por el trabajo, puede curarnos de su ausencia. La reconocemos fácilmente en una toma de posesión total de nuestro espíritu que, de tarde en tarde, impide que ante cualquier problema planteado seamos juguetes de una solución racional con preferencia a otra. La reconocemos en esa especie de corto-circuito que provoca entre una idea dada y su eco (escrito, por ejemplo). Tal como en el mundo físico, el corto-circuito se produce cuando los dos "polos" de la máquina se reúnen mediante un conductor de resistencia nula o muy débil. En la poesía y en la pintura el surrealismo ha

hecho lo imposible por multiplicar esos corto-circuitos. Nunca nada lo apasionará tanto como reproducir artificialmente ese momento ideal en que el hombre, presa de una singular emoción, se encuentra súbitamente dominado por ese algo "más fuerte que él" que lo arroja a pesar suyo en lo inmortal. Lúcido, despierto, saldría lleno de terror de ese mal paso. Lo importante es que ya no sea libre, que continúe hablando todo el tiempo que dure el misterioso campanilleo: en efecto, en el momento en que deja de pertenecerse, nos pertenece a nosotros. Esos productos de la actividad psíquica, alejados en todo lo posible de la voluntad de significar, aligerados en todo lo posible de las ideas de responsabilidad –siempre dispuestas a actuar como frenos–, independientes en todo lo posible de lo que es la *vida pasiva del intelecto,* esos productos que son la escritura automática y los relatos de sueños* presentan la ventaja de ser los únicos que suministran elementos de apreciación de gran estilo a una crítica que, en el dominio artístico, se encuentra sorprendentemente desamparada, y que a la vez permiten una reclasificación general de los valores líricos y proporcionan una llave que, al mantener indefinidamente abierta esa caja de fondo múltiple que se llama hombre, lo disuade de retroceder, por elementales motivos de conservación, cuando choca en la oscuridad con las puertas cerradas por fuera del

* Si juzgo necesario insistir sobre el valor de estas dos operaciones, no es porque considere que ellas constituyen la única panacea intelectual, sino porque, para un observador adiestrado, se prestan menos que cualquier otra a la confusión o a la trampa, y porque aún no se ha encontrado nada mejor para proporcionar al hombre un sentimiento legítimo de sus recursos. El obvio que las condiciones que nos ofrece la vida se oponen a la ininterrupción de un ejercicio tan aparentemente gratuito del pensamiento. Los que se han entregado a él sin reservas, por bajo que algunos de ellos hayan descendido después, no habrán sido lanzado en vano hacia el total *encantamiento interior*. En comparación con este encantamiento, la vuelta a una actividad premeditada del espíritu, aun cuando sea del gusto de la mayor parte de sus contemporáneos, sólo ofrecerá a su vista un pobre espectáculo. Estos medios muy directos, siempre al alcance de todos, que persistimos en destacar desde que no se trata fundamentalmente de producir obras de arte, sino de esclarecer la parte no revelada y sin embargo revelable de nuestro ser —en la que toda la belleza, todo el amor, todo el poder, que están en nosotros y apenas conocemos, resplandecen intensamente—, esos medios inmediatos no son los únicos. Parece especialmente que pueda esperarse mucho, en el momento actual, de ciertos procedimientos de desilusión para cuya aplicación al arte y a al vida darían por resultado fijar la atención no ya sobre lo real, o lo imaginario, sino, por así decir, sobre el *reverso de lo real*. Nos complacemos en imaginar novelas que no pueden terminar, así como existen problemas que quedan sin solución. ¿Cuándo tendremos una en la que los personajes ampliamente definidos por algunas particularidades mínimas actuaran de una manera totalmente previsible con vistas a un resultado imprevisto, e inversamente otra en la que la psicología renunciara a embarullar —a expensas de los seres y de los acontecimientos— sus grandes deberes inútiles para *aprisionar* verdaderamente entre dos placas una fracción de segundo, y sorprender en ella los gérmenes de los incidentes,.u otra novela en la cual la verosimilitud de los decorados dejara por primera vez de ocultarnos la extraña vida simbólica que los objetos, hasta los mejor definidos y más usuales, sólo tienen en sueño, y también otra cuya construcción sería muy simple pero donde solamente una escena de rapto fuera tratada con las palabras de la fatiga, una tempestad descrita con precisión, pero *en jarana*, etc.? Quienquiera que juzgue llegado el tiempo de terminar con los irritantes desvaríos "realistas" no tendrá dificultades en multiplicar por sí solo estas proposiciones.

"más allá", de la realidad, de la razón, del genio y del amor. Llegará el día en que ya no estará permitido obrar desconsideradamente, como ha sucedido hasta ahora, con esas pruebas palpables de una existencia distinta de la que creemos llevar. Entonces resultará asombroso que habiendo acosado *a la verdad* de tan cerca, seres como nosotros se hayan preocupado de proporcionarse en conjunto una coartada literaria o de cualquier otro tipo, antes que arrojarse al agua sin saber nadar o entrar en el fuego sin creer en el fénix, para alcanzar esa verdad.

La culpa, lo repito, no nos corresponde a todos por igual. Al tratar de la carencia de rigor y de pureza en la que han naufragado esas tentativas elementales, cuento con hacer notar lo que hay de contaminado, en la hora actual, en un número ya demasiado grande de obras que pasan por ser expresión valedera del surrealismo. Niego, para una gran parte, la adecuación de esa expresión a esta idea. A la cólera y a la inocencia de ciertos hombres que están por llegar corresponderá extraer del surrealismo lo que ha de seguir estando vivo, y restituirlo, al precio de un buen saqueo, a sus objetivos propios. De aquí a entonces nos bastará, a mis amigos y a mí, empinar con un discreto empuje, como lo hago aquí, la silueta inútilmente cargada de flores pero siempre altanera. La muy escasa proporción en que, de ahora en adelante, el surrealismo se nos escapa, no puede hacernos temer que sirva a otros contra nosotros. Naturalmente, es lamentable que Vigny haya sido un ser tan presuntuoso y estúpido, y que Gautier haya tenido una chochera senil, pero no es lamentable *para el romanticismo*. Entristece pensar que Mallarmé fue un perfecto pequeño burgués, o que hubo gente que creyó en el

valor de Moréas, pero si el simbolismo era algo, no habrá por qué entristecerse *por el simbolismo*, etcétera. Del mismo modo no creo que signifique un grave inconveniente para el surrealismo registrar la pérdida de tal o cual personalidad, aunque sea brillante, y especialmente en el caso en que ésta, que por eso mismo, ya no es más completa, indica a través de todo su comportamiento que desea reintegrarse a la norma. Esa es la razón por la cual, después de haberle concedido un tiempo increíble para que se rectificara de lo que esperábamos sólo fuera un error pasajero de su facultad crítica, estimo que nos enfrentamos con la obligación de darle a entender a Desnos que, sin esperar ya más nada de él, no podemos más que liberarlo de todo compromiso adquirido ante nosotros. No hay duda de que cumplo esta tarea con cierta tristeza. A diferencia de nuestros primeros compañeros de ruta que jamás hemos pensado retener, Desnos ha desempeñado en le surrealismo un papel necesario, inolvidable, y éste sería el momento menos oportuno para negarlo. (Pero también Chirico, y sin embargo...) Libros como *Duelo por duelo, La libertad o el amor, Son las botas de siete leguas esta frase: yo me veo*, y todo lo que la leyenda, menos bella que la realidad, concederá a Desnos como premio de una actividad que no se prodigó únicamente en escribir libros, militarán largo tiempo en favor de lo que él en este momento está empeñado en combatir. Baste con recordar que esto sucedía hace cuatro o cinco años. Desde entonces, a Desnos, completamente abandonado en este terreno por los mismo poderes que lo habían exaltado algún tiempo (y que parece ignorar todavía hoy que son poderes de las tinieblas), se le ocurrió desgraciadamente actuar en el plano real donde él era un hombre más solo y más desposeído que nadie, como

todos aquellos que han visto, repito: han visto lo que los otros temen ver y que más que vivir lo que "es", están condenados a vivir lo que "fue" o lo que "será". "Carente de cultura filosófica", como lo proclama hoy irónicamente, pero mejor que carente de cultura filosófica, *carente de espíritu filosófico* y carente también, como consecuencia, de capacidad para preferir su personaje interior a tal o cual personaje exterior de la historia —realmente qué idea infantil: ¡tomarse por Robespierre o por Hugo! Todos lo que lo conocen saben que eso es lo que le habría impedido a Desnos ser Desnos— por lo que creyó poder entregarse impunemente a una de las actividades más peligrosas que existen, la actividad periodística, y, en función de ella, dejar de responder por su cuenta a un número limitado de intimaciones perentorias que ha debido enfrentar el surrealismo durante su trayecto: marxismo y antimarxismo, por ejemplo. Ahora que este método individualista ha hecho su prueba, que esta actividad en Desnos ha devorado completamente a la otra, nos resulta lamentablemente imposible no extraer algunas conclusiones al respecto. Afirmo que a esta actividad, que desborda en el momento actual el marco dentro del cual ya resultaba muy poco tolerable que se ejerciera (*Paris-Soir, le Soir, Le Merle*), corresponde denunciarla como confusionista en alto grado. El artículo titulado: "Los mercenarios de la opinión", entregado como regalo de alegre avenimiento al notable tacho de basura que representa la revista *Bifur* [18], es lo bastante elocuente por sí mismo; Desnos pronuncia allí su condena, ¡y en qué estilo!: *"Las costumbres del redactor son variadas. En general es un empleado relativamente puntual, medianamente perezoso"*, etc. Se advierten allí homenajes al señor Merle, al señor Clemenceau y esta confesión más desoladora todavía que

el resto: *"el diario es un ogro que mata a aquellos de los cuales vive"*.

Con todo esto no resulta asombroso leer en un diario cualquiera el siguiente estúpido suelto: *"Robert Desnos, poeta surrealista, a quien Man Ray solicitó el guión de su films* Estrella de mar, *efectuó el año pasado un viaje a Cuba conmigo. ¿Y saben ustedes lo que Robert Desnos me recitó bajo las estrellas tropicales? Alejandrinos, a-le-jan-dri-nos. Y (pero no lo revelen para no hundir a este encantador poeta), cuando estos alejandrinos no eran de Racine, eran de él mismo"*. Creo que los alejandrinos en cuestión hacen pareja con la prosa aparecida en *Bifur*. Esta broma que ya ni siquiera es de mal gusto comenzó el día en que Desnos, rivalizando en ese *pastiche* con el señor Ernest Raynaud, se creyó autorizado a fabricar un poema completo de Rimbaud que nos faltaba. Ese poema, de una audacia ciega, apareció desgraciadamente con el título: "Los que velan"[19], de Arthur Rimbaud, al comienzo de "La libertad o el amor". No pienso que agregue nada, igual que otros del mismo género que siguieron, a la gloria de Desnos. Importa, en efecto, no sólo coincidir con los especialistas en que esos versos son malos (falsos, ripiosos y *huecos*), sino además declarar que, desde el punto de vista surrealista, testimonian una ambición ridícula y una incomprensión inexcusable de los fines poéticos actuales.

Esta incomprensión, de parte de Desnos y de algunos otros, está tomando, además, un rumbo tan activo que me dispensa de un largo epílogo al respecto. Me reservaré como prueba decisiva la incalificable idea que han tenido de usar como emblema de una *boîte* de Montparnasse, teatro habitual de sus pobres hazañas nocturnas, el único nombre lanzado a través de los siglos que constituyó un desafío puro a todo lo que hay de estúpi-

do, de bajo y de repugnante sobre la tierra: *Maldoror*.

"Parece que las cosas no marchan bien entre los surrealistas. Esos señores Breton y Aragon se habrían vuelto insoportables con sus aires de gran poderío. Hasta me han dicho que se los podría tomar por dos suboficiales 'enganchados'. Entonces, ¿sabe usted lo que ocurre? Hay gente a la que no le gusta eso. En pocas palabras, habría algunos que están de acuerdo en bautizar *Maldoror* un nuevo cabaret-dancing de Montparnasse. Dicen textualmente que *Maldoror* para un surrealista es el equivalente de Jesucristo para un cristiano, y que ese nombre empleado en un letrero va a escandalizar seguramente a esos señores Breton y Aragon". (*Candide*, 9 de enero de 1930). El autor de las líneas precedentes, que estuvo en el lugar, nos transmite sin mayor malicia, y en el estilo descuidado que es de práctica, estas observaciones: "... En ese momento llegó un surrealista, lo que hizo un cliente más. ¡Y qué cliente! El señor Robert Desnos. Provocó gran decepción al pedir sólo un limón exprimido. Ante la estupefacción general, explicó con voz abrumada:

– No puedo tomar otra cosa. ¡No me desemborracho desde hace dos días!

¡Qué lástima!"

Naturalmente, me sería demasiado fácil obtener ventaja del hecho de que hoy no se cree poder atacarme sin "atacar" al mismo tiempo a Lautréamont, es decir lo inatacable. Desnos y sus amigos me permitirán reproducir aquí, con toda serenidad, algunas frases esenciales de mi contestación a una encuesta ya antigua del *Disque Vert*[20], frases a las que no tengo nada que cambiar y a las cuales no podrán negar que ellos dieron su completa aprobación:

"A pesar de vuestros esfuerzos, muy poca gente se

guía hoy por este fulgor inolvidable: *Maldoror* y las *Poesías* una vez cerrados, queda este fulgor que no tendríamos que haber conocido para atrevernos verdaderamente a realizarnos y ser. La opinión de los otros importa poco. Lautréamont, un hombre, un poeta, hasta un profeta: ¡vamos! La pretendida necesidad literaria a la que recurrís no logrará jamás apartar al Espíritu de esa *intimación* – la más dramática que existió jamás –, ni de lo que es y seguirá siendo la negación de toda sociabilidad, de toda imposición humana, ni tampoco logrará convertirla en un valor de cambio precioso y en un elemento cualquiera de progreso. La literatura y la filosofía contemporánea se debaten inútilmente por no tener en cuenta una revelación que las condena. El mundo entero va a soportar las consecuencias sin saberlo, y ésta es la razón por la que los más clarividentes, los más puros de entre nosotros, se ven obligados a morir *en la brecha*. La libertad, señor..."

Una negación tan grosera como la asociación de la palabra *Maldoror* a la existencia de un bar inmundo, es suficiente para que me abstenga de ahora en adelante, de formular el menor juicio sobre lo que Desnos escriba. Atengámonos poéticamente a ese derroche de cuartetas*. Ahí puede verse adónde lleva el uso inmoderado del don verbal cuando está destinado a enmascarar una ausencia radical de pensamiento y a volver a ligarse con la tradición imbécil del poeta "en las nubes": en el momento en que esta tradición está rota y, mal que pese a ciertos rimadores retrasados, bien rota; en el momento en que ha cedido ante los esfuerzos aunados de hombres que ponemos al frente porque han querido realmente *decir* algo: Borel, el Nerval de *Aurelia*, Bau-

* Ver *Corps et biens*, N. R. F., 1930, las últimas páginas.

delaire, Lautréamont, el Rimbaud de 1874 a 1875, el primer Huysmans, el Apollinaire de los "poemas-conversaciones" y de las "Cualesquierías"[21], resulta penoso que uno de aquellos que considerábamos de los nuestros intente hacernos desde el exterior el cuento del *Barco ebrio* o adormecernos al ruido de las *Estancias*[22]. Es cierto que el problema poético ha dejado en estos últimos años de plantearse desde el ángulo esencialmente formal y, en verdad, nos interesa más juzgar el valor subversivo de una obra, como la de Aragon, Crevel, Eluard, Péret, apreciándola en su luz propia y en todo lo que bajo esta luz lo imposible entrega a lo posible, lo permitido roba a lo prohibido, que averiguar por qué tal o cual escritor estima necesario, en este y otro lugar, hacer punto y aparte. Razón de menos para que vengan a hablarnos todavía de censura: ¿cómo es posible que no se encuentren entre nosotros algunos partidarios de una técnica particular del "verso libre", y por qué no exhumar el cadáver Robert de Souza? Desnos habla en broma: no estamos dispuestos a tranquilizar al mundo tan fácilmente.

Cada día nos aporta, en el orden de la fe y la esperanza depositadas demasiado generosamente —salvo raras excepciones— en los seres, una nueva decepción que es preciso tener el valor de confesar, aunque más no sea —por razones de higiene mental— para cargarla en el rubro terriblemente deudor de la vida. No le correspondía a Duchamp la libertad de abandonar la partida que jugaba por la época de la guerra por una partida de *jaques*[23] interminables, que da quizás una idea curiosa de una inteligencia resistente a la *servidumbre*, pero también —siempre ese execrable Harrar[24]—

con la apariencia de estar enormemente afectada de escepticismo en la medida en que rehúsa explicar el por qué. Menos todavía conviene que nos detengamos en el señor Ribemont-Dessaignes por haber publicado, a continuación de *El emperador de la China*, una serie de desagradables novelitas policiales —hasta firmadas: Dessaignes— en los más bajos pasquines cinematográficos. Me preocupo, en fin, cuando pienso que Picabia podría hallarse en vísperas de renunciar a una actitud de provocación y de furor casi puros, que a nosotros mismos nos fue a veces difícil llegar a conciliar con la nuestra, pero que por lo menos en poesía y en pintura nos ha parecido siempre que se sostenía admirablemente: *"Aplicarse a su trabajo y aportarle el 'oficio' sublime, aristocrático, que nunca fue obstáculo para la inspiración poética, y que permite a una obra atravesar los siglos y permanecer joven... hay que tener* cuidado... *hay que apretar filas y no echarse zancadillas entre los* concienzudos... *hay que favorecer la aparición del ideal"*, etcétera. Aunque fuera por lástima hacia *Bifur*, donde aparecieron estas líneas, ¿es realmente el Picabia que hemos conocido el que habla de este modo?

Dicho esto, nos domina, en compensación, el deseo de hacerle a un hombre —del que nos hemos encontrado separados por largos años— la justicia de declarar que su pensamiento nos interesa siempre, que a juzgar por lo que todavía podemos leer de él sus preocupaciones no se nos han vuelto extrañas, y que, en esas condiciones, es oportuno pensar que nuestro malentendido con él estuvo fundado en algo mucho menos grave de lo que pudimos creer. Es muy posible que Tzara, que a comienzos de 1922, época de la liquidación de "Dada" como *movimiento*, no estaba de acuerdo con nosotros

en cuanto a los medios prácticos de proseguir la actividad común, haya sido víctima de las excesivas prevenciones que nosotros teníamos, par realizar esa liquidación, contra él –también él tenía muchas prevenciones contra nosotros– y que, en ocasión de la famosa representación del "Corazón con barba"[25], para que nuestra ruptura tomara el giro conocido bastó un gesto inoportuno de su parte, gesto sobre cuyo sentido él declara *–lo sé desde hace muy poco–* que hubo entre nosotros un equívoco. (Es necesario reconocer que el objetivo primordial de los espectáculos "Dada" fue siempre provocar la mayor confusión posible, y que en el espíritu de los organizadores nada prevalecía tanto como el llevar al colmo el malentendido entre el escenario y la sala. Lo que pasó fue que no nos encontramos todos, en es velada, del mismo lado). Por mi parte acepto de muy buen grado esa versión, por lo que no veo ninguna otra razón para no insistir, ante quienes han estado mezclados en esos incidentes, en que los echen al olvido. Desde que sucedieron, estimo que habiendo siempre sido clara la actitud intelectual de Tzara, sería dar pruebas de estrechez mental no hacerlo constar públicamente. En lo que concierne a mis amigos y a mí, nos gustaría señalar con este acercamiento que lo que guía en cualquier circunstancia nuestra conducta no es, ni mucho menos, el deseo sectario de hacer prevalecer a toda costa un punto de vista al que ni siquiera pedimos a Tzara que adhiera íntegramente, sino más bien el escrúpulo de reconocer *la validez* –lo que para nosotros es la validez– en el lugar donde se encuentre. Tanto creemos en la *eficacia* de la poesía de Tzara que la consideramos, fuera del surrealismo, como la única verdaderamente *ubicada*. Cuando hablo de su eficacia quiero dar a entender que ella opera en el dominio más

vasto, y que hoy señala un paso en el sentido de la liberación humana. Cuando digo que está *ubicada* se comprende que la opongo a todas aquellas que podrían ser tanto de ayer como de anteayer; en la primera fila de las cosas que Lautréamont no ha vuelto totalmente imposibles, está la poesía de Tzara. *De nuestros pájaros*[16] acaba de aparecer, y no será felizmente el silencio de la prensa el que detenga tan pronto sus estragos.

Sin llegar a pedirle a Tzara que retome sus posiciones, querríamos simplemente inducirlo a que su actividad se haga más manifiesta de lo que ha sido en los últimos años. Sabiendo que él mismo está deseoso de unir como antes sus esfuerzos con los nuestros, le recordamos que él, según su propia confesión, escribía tan sólo *"para buscar hombres y nada más"*. A este respecto debe recordar que pensábamos como él. No demos lugar a creer que nos hemos encontrado de ese modo para después perdernos.

Busco todavía a nuestro alrededor alguien con posibilidades de cambiar una señal de inteligencia; pero nada. Convendría quizás, a lo sumo, hacerle observar a Daumal –que realiza en *le Grand Jeu*[27] una interesante encuesta sobre el diablo– que nada nos impediría aprobar gran parte de sus declaraciones (que firma solo o con Lecomte) si no nos hubiese quedado la impresión medianamente desastrosa de su debilidad en determinada circunstancia*. De todos modos es lamentable que Daumal haya evitado hasta el presente precisar su posición personal y, por la parte de responsabilidad que le toca, la del *Grand Jeu* con respecto al surrealismo. No se comprende bien por qué todo el inusitado exceso de honores volcados en Rimbadud no le valga a Lautréa-

* Ver "A suivre" (*Variétés*, junio de 1929).

mont la deificación pura y simple. *"La incesante contemplación de una Evidencia negra, fauce absoluta"*, estamos de acuerdo, justamente a eso estamos condenados. ¿Con qué fines mezquinos, entonces, oponer un grupo a otro? ¿Por qué si no es para diferenciarse inútilmente, hacer como si nunca se hubiera oído hablar de Lautréamont? *"Pero los grandes anti-soles negros, pozos de verdad en la trama esencial, en el velo gris del cielo curvo, van y vienen y se aspiran entre sí, y los hombres los denominan ausencias".* (Daumal: "Fuego graneado", *Le Grand Jeu*, primavera de 1929). Quien habla así teniendo el valor de decir que ya no es dueño de sí mismo no tiene por qué preferir, como no tardará en advertirlo, estar apartado de nosotros.

Alquimia del verbo: estas palabras que se repiten un poco al azar hoy en día exigen ser tomadas al pie de la letra. Si el capítulo de *Una temporada en el infierno* que ellas denominan no justifica quizás toda su ambición, no es menos cierto que puede ser considerado del modo más auténtico como el incentivo de la difícil actividad que hoy sólo el surrealismo prosigue. Pecaríamos de puerilidad literaria si pretendiéramos que no es mucho lo que debemos a ese ilustre texto. ¿El admirable siglo XIV es menos grande en el sentido de la esperanza (y, por supuesto, en el de la desesperanza) humana por el hecho de que un hombre del genio de Flamel recibiera de una potencia misteriosa el manuscrito, que ya existía, del libro de Abraham el Judío, o porque los secretos de Hermes no se habían perdido completamente? No lo creo, y considero que las búsquedas de Flamel, con todo lo que aparentemente muestran de éxito concreto no pierden nada por haber sido de ese modo ayudadas o anticipadas. Del mismo modo, en nuestra época, todo pasa como si algunos hombres acabaran de ser puestos

en posesión, por vías sobrenaturales, de una singular antología, producto de la colaboración de Rimbaud, Lautréamont y algunos otros, y como si una voz les hubiese dicho, como el ángel a Flamel: "Mirad con atención este libro, ahora no comprendéis nada, ni vosotros ni muchos otros, pero un día veréis en él lo que nadie sería capaz de ver"*. Ya no depende de ellos arrancarse a esta contemplación. Me gustaría que se

* Hacía tres semanas que estaba escrito este pasaje del *Segundo manifiesto del surrealismo* cuando entré en conocimiento del artículo de Desnos titulado "El misterio de Abraham el Judío" que acababa de aparecer la antevíspera en el nº 5 de *Documents*. "Está fuera de toda duda, escribía yo el 13 de noviembre, que Desnos y yo, hacia la misma época, estábamos embargados por idéntica preocupación, aunque actuábamos con una *completa independencia exterior*. Valdría la pena dejar establecido que ninguno de nosotros pudo estar informado de los designios del otro, y creo poder afirmar que el nombre de Abraham el Judío no se pronunció jamás entre nosotros. Dos de las tres figuras que ilustran el texto de Desnos (la interpretación vulgar que hace de ellas me parece criticable; por otra parte datan del siglo XVII) son precisamente aquellas de las que más adelante doy una descripción por Flamel. No es la primera vez que una historia semejante me ocurre con Desnos. (Ver "Entrada de los medium", y "Las palabras sin arrugas", en *Les Pas perdus*, ediciones N. R. F.). A nada he conferido nunca más valor que a la producción de tales fenómenos mediúmnicos que son capaces de sobrevivir hasta a los vínculos afectivos. A este respecto no estoy a punto de cambiar, según creo haberlo dado a entender con bastante claridad en *Nadja*".

G. H. Rivière, en *Documents*, me ha informado después que Desnos, cuando se le pidió que escribiera sobre Abraham el Judío, oía hablar de él por primera vez. Su testimonio que me obliga a abandonar prácticamente en este caso la hipótesis de una transmisión directa del pensamiento, me parece que podría invalidar el sentido general de mi observación.

observara con atención que las búsquedas surrealistas presentan con las alquímicas una notable comunidad de objetivos: la piedra filosofal es aquello que debía permitir a la imaginación del hombre tomarse un estruendoso desquite; y aquí estamos de nuevo, después de siglos de domesticación del espíritu y de resignación absurda, intentando emancipar definitivamente esa imaginación por el "largo, inmenso y razonado desorden de todos los sentidos"[28], y así sucesivamente. Tal vez nos hemos reducido a adornar modestamente las paredes de nuestra vivienda con figuras que de entrada nos parecen bellas, siempre imitándolo a Flamel antes de que hubiera encontrado su primer agente, su "materia", su "horno". De ese modo le gustaba mostrar *"un rey con una gran cuchilla que hacía matar en su presencia por soldados a una gran multitud de niños pequeños, cuyas madres lloraban a los pies de los despiadados gendarmes; la sangre de los pequeños era recogida por otros soldados y puesta en una gran vasija, en la que venían a bañarse el Sol y la Luna del cielo"*, y muy cerca había *"un joven con alas en los talones y un caduceo en la mano, con el cual golpeaba una celada que le cubría la cabeza. Hacia el joven venía corriendo y volando con alas desplegadas un gran anciano que tenía un reloj sujeto a la cabeza"*. ¿No es acaso el cuadro surrealista? ¿Y quién sabe si más adelante no nos encontraremos ante la necesidad, gracias o no a una nueva evidencia, de servirnos de objetos completamente novedosos o considerados fuera de uso para siempre? No creo que debamos comenzar nuevamente a devorar corazones de topo o a escuchar, como si fuera el palpitar del propio corazón, el del agua que bulle en una caldera. O más bien yo no sé nada; espero. Sólo sé que el hombre no está al cabo de sus sufrimientos, y todo lo que saludo es el retorno de ese *furor* en el

que Agripa distinguía inútilmente o no cuatro especies. En el surrealismo sólo tenemos que ver con ese *furor*. Y que se entienda claramente que no se trata de un simple agrupamiento de palabras o de una distribución caprichosa de las imágenes visuales, sino de la recreación de un estado que nada tiene que envidiarle a la alienación mental; los autores que cito se han explicado suficientemente a este respecto. Que Rimbaud haya considerado necesario excusarse de lo que llama sus "sofismas" no nos importa; que eso, según su expresión, *haya pasado*, es algo que no ofrece para nosotros el menor interés. No vemos en ello sino una pequeña cobardía muy corriente que nada permite conjeturar de la suerte que pueda tener un grupo de ideas. *"Hoy sé saludar a la belleza"*[29]; lo imperdonable en Rimbaud es haber pretendido hacernos creer en una segunda fuga de su parte, en el momento en que volvía a encarcelarse. *Alquimia del verbo*: igualmente resulta sensible que la palabra "verbo" esté tomada aquí en un sentido algo restringido, y Rimbaud parece reconocer, por otra parte, que las "antiguallas poéticas" ocupan demasiado lugar en esta alquimia. El verbo es algo más, y para los cabalistas, por ejemplo, es nada menos que aquello a cuya imagen fue creada el alma humana; se sabe que se lo ha hecho ascender hasta constituir el primer ejemplar de la causa de las causas; de esta manera, está tanto en lo que tememos como en lo que escribimos y en lo que amamos.

Sostengo que el surrealismo está todavía en el período de preparativos, y me apresuro a agregar que es posible que este período dure tanto como yo (*como yo* en la muy débil medida en que todavía no estoy en situación de admitir que un tal Paul Lucas encontró a

Flamel en Brousse a comienzos del siglo XVII; que el mismo Flamel, acompañado de su mujer y de un hijo, fue visto en la Opera en 1761, y que hizo una breve aparición en París el mes de mayo de 1819, época en la cual se cuenta que alquiló un comercio en París en el número 22 de la calle Cléry). El hecho es que, hablando burdamente, esos preparativos son de orden "artístico". Preveo, con todo, que se acabarán, y que entonces las ideas perturbadoras que el surrealismo oculta aparecerán con un ruido de inmenso desgarramiento, y se despacharán a gusto. Todo debe esperarse del *moderno mecanismo de orientación* de ciertas voluntades venideras: al afirmarse después de las nuestras, serán más implacables que las nuestras. De todas maneras estaremos satisfechos de haber contribuido a establecer la inanidad escandalosa de lo que todavía *se pensaba* a nuestra llegada y de haber sostenido —aunque no fuera más que sostenido— la necesidad de que el pensamiento sucumbiera *al fin* ante lo pensable.

Es lícito preguntarse a quién, exactamente, buscaba Rimbaud desalentar al poner al borde del estupor o de la locura a aquellos que intentaran seguir sus huellas. Lautréamont comienza por prevenir al lector que *"a no ser que aplique a su lectura una lógica rigurosa y una tensión espiritual equivalente por lo menos a su desconfianza, las emanaciones mortíferas de este libro* —Los cantos de Maldoror— *impregnarán su alma, igual que el agua impregna el azúcar"*; pero tiene la precaución de agregar que *"solamente a algunos les será dado saborear sin riesgo este fruto amargo"*. Este problema de la maldición que hasta ahora no ha motivado sino comentarios irónicos o atolondrados, está más que nunca de actualidad. El surrealismo lleva todas las de perder si quiere alejar de sí esa maldición. Importa reiterar y mantener

aquí el "Maranata" de los alquimistas, colocado en el umbral de la obra para detener a los profanos. Creo que esto es lo que más urge hacerles comprender a algunos de nuestros amigos, por ejemplo a aquellos que me parecen demasiado preocupados por la venta y colocación de sus cuadros. *"Me gustaría mucho*, escribía recientemente Nougé, *que aquellos de nosotros cuyos nombres comienzan a destacarse un poco, los borraran"*. Aunque no sepa yo con claridad a quién se dirigen estas frases, considero, de todos modos, que no es pedirles demasiado tanto a unos como a otros que cesen su exhibición complaciente y su presentación en el tablado. La aprobación del público debe rehuírse por encima de todo. Hay que impedir la *entrada* del público si se quiere evitar la confusión. Agrego que es necesario mantenerlo enfurecido a la puerta mediante un sistema de desafíos y provocaciones.

PIDO LA OCULTACIÓN PROFUNDA, VERDADERA DEL SURREALISMO*.

Proclamo en este asunto el derecho a la absoluta

* Pero ya oigo que me preguntan cómo proceder para esa ocultación. Independientemente del esfuerzo encaminado a arruinar la tendencia parasitaria y "francesa" que querría ver al surrealismo terminar fabricando canciones, considero que sería por demás interesante intentar un examen serio de esas ciencias —hoy completamente desacreditadas por diversos motivos—, como la astrología entre todas las antiguas y la metapsíquica (en especial en lo que concierne al estudio de la criptestesia) entre las modernas. Sólo se trata de encarar esas ciencias con la menor desconfianza posible, y para ello es suficiente, en los dos casos, con hacerse una idea precisa, *positiva*, del cálculo de probabilidades. Pero es conveniente que, en todas las ocasio-

severidad. Ni concesiones al mundo ni perdón. *Con la terrible decisión en la mano.*

¡Abajo los que lleguen a distribuir *el pan maldito* a los pájaros!

"Todo hombre que, deseoso de alcanzar el supremo objetivo del alma, parte para interrogar a los Oráculos, se lee en el Tercer Libro de la Magia, *debe, para lograrlo, apartar enteramente de su espíritu las cosas vulgares, debe purificarlo de toda enfermedad, debilidad de espíritu, malicia o parecidos defectos, y de toda condición contraria a la razón que la acompaña como la herrumbre al hierro"*; y el Cuarto Libro precisa enérgicamente que

---

nes, no deleguemos en manos de nadie la operación del cálculo. Establecido esto, considero que no puede dejarnos indiferentes el hecho de que ciertos sujetos sean capaces de reproducir un dibujo encerrado en un sobre opaco, en ausencia del autor del dibujo y de cualquier otro que estuviera informado de lo que se trata. En el curso de diversas experiencias concebidas al estilo de los "juegos de sociedad", cuyo carácter de distracción o hasta recreativo no me parece que disminuya en nada su alcance —textos surrealistas obtenidos simultáneamente por diversas personas que escriben, en un plazo dado, y en la misma habitación, colaboraciones que deben llevar a la creación de una frase o de un dibujo único en los que un solo elemento (sujeto, verbo o atributo; cabeza, tronco o piernas) es aportado por cada uno ("El Cadáver exquisito", ver *La Révolution Surréaliste*, N° 9-10, y *Variétés*, junio de 1929), o llevar a la definición de una cosa que no se sabe cuál es ("El diálogo en 1928", ver *La Révolution Surréaliste*, N° 11), o a la conjetura de acontecimientos provocados por la realización de ciertas condiciones absolutamente imprevisibles ("Juegos surrealistas", ver *Variétés*, junio de 1929), etc.— creemos haber hecho surgir una curiosa posibilidad del pensamiento que sería la de su *utilización en común*. Lo cierto es que de ese modo se establecen sor-

la revelación esperada exige además que uno se mantenga en *"un lugar puro y claro, rodeado por todas partes de blancos cortinados"*, y que sólo puede afrontarse a los malos espíritus tan bien como a los buenos según el grado de "dignificación" que se ha alcanzado. Insiste sobre la circunstancia de que el libro de los malos Espíritus está hecho de *un papel muy puro y que no ha servido nunca para ningún otro uso*, y que se denomina comúnmente pergamino virgen.

No hay ningún ejemplo de que los magos hayan descuidado la limpieza resplandeciente de sus vestimentas y de su alma, y yo no comprendería por qué, si

---

prendentes relaciones, se manifiestan notables analogías e interviene a menudo un inexplicable factor de infabilidad, y, en definitiva, eso constituye una de las *zonas de convergencia* más asombrosas. Nos limitamos, por ahora, solamente a señalarlos. Es evidente, por otro lado, que significaría cierta vanidad de nuestra parte contar exclusivamente con nuestros recursos en este terreno. Además de las exigencias del cálculo de probabilidades (casi siempre desproporcionadas en metapsíquica con los beneficios que se pueden obtener del simple aporte de hechos, y que para comenzar nos obligarían a la espera de ser diez o cien veces más numerosos), es necesario contar también con el don —particularmente mal repartido entre las gentes, desgraciadamente más o menos imbuidas de psicología escolar— que corresponde al desdoblamiento y la videncia. Nada sería tan útil a este respecto como "vigilar" a ciertos *sujetos*, tomados tanto del mundo normal como del otro, haciéndolo con un espíritu que desafíe a la vez el espíritu del barracón de feria y el del gabinete médico, o sea, con el espíritu surrealista. El resultado de esas observaciones debe quedar registrado exclusivamente de un modo realista, al margen de toda poetización. Pido, una vez más, que les cedamos el lugar a los médium, quienes, aunque en pequeño número, *existen*, y que subordinemos el interés de lo que hacemos —que no debe ser sobrestimado— al que presente cualquiera de sus mensajes. Glorificada sea —he-

esperamos lo que esperamos de ciertas prácticas de alquimia mental, podemos aceptar mostrarnos, en ese punto, menos exigentes que ellos. Esto es, sin embargo, lo que nos reprochan más acremente, y lo que está menos dispuesto a dejarnos pasar el señor Bataille, que conduce, en el momento actual, en la revista *Documents*, una divertida campaña contra lo que él llama "la sórdida sed de todas las integridades". El señor Bataille me interesa solamente en la medida en que se jacta de oponer a la dura disciplina del espíritu a la que nosotros supeditamos directamente todo —y no vemos inconveniente en que Hegel sea considerado el principal res-

mos dicho Aragon y yo— la histeria y su cortejo de mujeres jóvenes y desnudas que se deslizan por los techos. El problema de la mujer es el más maravilloso y perturbador que existe en el mundo; y eso en la medida misma en que nos lleva a él la fe que un hombre no corrompido debe ser capaz de depositar no solamente en la Revolución *sino también en el amor*. Insisto en ello tanto más que esta insistencia es la que parece haberme valido hasta ahora la mayor animosidad. Sí, creo, y lo he creído siempre, que el renunciamiento al amor, fundado o no en un pretexto ideológico, es uno de los pocos crímenes inexplicables que un hombre dotado de cierta inteligencia pueda cometer en el curso de su demasiado sombría existencia. Unos, que se dicen revolucionarios, querrían sin embargo persuadirnos de la imposibilidad del amor en un régimen burgués, otros pretenden deberse a una causa más ferviente que el amor mismo; la verdad es que casi nadie se atreve a afrontar, con los ojos abiertos, esa gran claridad del amor en la que se confunden, para la suprema edificación del hombre, las obsesionantes ideas de salvación y de perdición del espíritu. Si no se está a este respecto en actitud de expectación o de receptividad perfecta, ¿quién puede —pregunto yo— tomar *humanamente* la palabra?

Yo escribía recientemente en una introducción a una encuesta de *La Révolution Surréaliste:*

ponsable— una disciplina que no alcanza ni siquiera a parecer más laxa, pues tiende a ser la del no-espíritu (y es por otra parte allí donde Hegel acecha). El señor Bataille hace profesión de no querer considerar en el mundo sino lo más vil, lo más desalentador y lo más corrompido, e invita al hombre, *para evitar ser útil a cualquier cosa determinada, "a correr absurdamente con él—los ojos bruscamente empañados de lágrimas inconfesables— hacia ciertas mansiones provincianas con duendes, más sórdidas que las moscas, más viciosas, más rancias que salones de peinados"*. Me veo llevado a transcribir estos párrafos porque me parece que no sólo

"Si hay una idea que parece haber rehuido hasta hoy toda tentativa de vasallaje, y haber hecho frente a los más grandes pesimistas, esa es la idea de *amor*, única capaz de reconciliar a todos los hombres, transitoriamente o no, con la idea de *vida*.

A esta palabra: amor, a la que los chistosos de mal gusto se han ingeniado en hacer víctima de todas las generalizaciones, todas las corrupciones posibles (amor filial, amor divino, amor de la patria, etc.), es ocioso decir que le restituimos aquí su sentido estricto y tremendo de unión total a un ser humano, fundada en el reconocimiento imperioso de la verdad, de *nuestra verdad* "en un alma y un cuerpo" que son el alma y el cuerpo de ese ser. Se trata, en el curso de esa persecución de la verdad que está en la base de toda actividad valedera, del súbito abandono de un sistema de búsquedas más o menos pacientes, a favor y en provecho de una evidencia que nuestros esfuerzos no provocaron y que cierto día, misteriosamente, se ha encarnado en ciertos rasgos. Lo que decimos tiene por objeto —así lo esperamos— disuadir de respondernos a los especialistas del "placer", a los coleccionistas de aventuras, a los golosos de la voluptuosidad, por poco que se vean impulsados a enmascarar líricamente su manía, tanto como a los denigradores y "curadores" del así llamado amor-con-locura y a los perpetuos enamorados imaginarios.

comprometen al señor Bataille, sino también a aquellos antiguos surrealistas que han querido tener libertad de acción para desprestigiarse un poco en todas partes. Es posible que el señor Bataille disponga de la fuerza para agruparlos, y sería muy interesante, a mi entender, que lo lograra. Dispuestos para la partida de la carrera que, como acabamos de ver, organiza el señor Bataille, ya están allí los señores Desnos, Leiris, Limbour, Masson y Vitrac; es inexplicable que el señor Ribemont-Dessaignes, por ejemplo, no haya aparecido todavía. Digo que es sumamente significativo ver reunirse de nuevo a todos aquellos que una tara cualquiera ha alejado de

---

En efecto, por esos otros, y solamente por ellos, he esperado siempre hacerme oír. Más que nunca, puesto que se trata aquí de las posibilidades de ocultación del surrealismo, me vuelvo hacia aquellos que no temen concebir el amor como el lugar de ocultamiento ideal para todo pensamiento. A ellos les digo: hay apariencias reales, pero existe un espejo en el espíritu sobre el cual podría inclinarse la inmensa mayoría de los hombres sin verse. El odioso control no funciona tan bien. El ser que amas, vive. El lenguaje de la revelación se expresa con ciertas palabras en voz alta, con ciertas palabras en voz baja, desde muchos lados a la vez. Hay que resignarse a aprenderlo por fragmentos.

....

Cuando se piensa, por otra parte, en lo que se expresa astrológicamente en el surrealismo, de influencia "uraniana" muy preponderante, ¿cómo no desear, desde el punto de vista surrealista, que aparezca una obra crítica y de buena fe consagrada a Uranus, que ayude a colmar, en este aspecto, la grave y vieja laguna? De más está decir que nada se ha emprendido todavía en ese sentido. El cielo de nacimiento de Baudelaire, que presenta la notable conjunción de Urano con Neptuno, por esa razón queda, por así decir, interpretable. De la conjunción de Urano con Saturno, que tuvo lugar de 1896 a 1898 y que *sólo se produce cada cuarenta y cinco años* —conjunción que caracteriza

una primera actividad definida, porque es probable que lo único que tengan en común es el descontento. Por otra parte me divierte pensar que no se puede salir del surrealismo sin caer en el señor Bataille, tan cierto es que la aversión por el rigor sólo se traduce por una nueva sumisión al rigor.

Con el señor Bataille, nada que no sea muy conocido: asistimos a un retorno de la ofensiva del viejo materialismo antidialéctico que intenta, en esta oportunidad, fraguarse un camino a través de Freud. *"Materialismo,* dice Bataille, *interpretación directa*, excluyendo todo idealismo, *de los fenómenos en bruto; materialismo que, para no ser visto como un idealismo caduco, debe basarse directamente en los fenómenos económicos y sociales".* Como aquí no se especifica "materialismo histótico" (y además, ¿cómo se podría hacer?), nos vemos obligados a observar que desde el punto de vista de la expresión filosófica es vago, y desde el punto de vista de la novedad poética es nulo.

Pero menos vago es el destino que el señor Bataille

---

el cielo de nacimiento de Aragon, de Eluard y el mío— sabemos únicamente por Choisnard que, aunque poco estudiada aún en astrología, *"significaría, muy verosímilmente: amor profundo por las ciencias, investigación de lo misteriosos, exaltado afán de instrucción"*. (El vocabulario de Choisnard es, por supuesto, cuestionable). El mismo Chosinard agrega: *"¿Quién sabe si la conjunción de Saturno con Urano no dará origen a una nueva escuela en materia de ciencia? Este aspecto planetario, ubicado en buen lugar en un horóscopo, podría corresponder a la naturaleza de un hombre dotado de reflexión, sagacidad e independencia, capaz de ser un investigador de primer orden"*. Estas líneas extraídas de *Influencia Astral* son de 1893. En 1925, Choisnard observó que su predicción parecía en camino de realizarse.

intenta dar a un pequeño número de ideas especiales que tiene (y que por sus características habría que averiguar si no se relacionan más bien con la medicina o el exorcismo), pues, en lo que se refiere a *la aparición de la mosca sobre la nariz del orador* (Georges Bataille: "Figura humana", *Documents*, nº 4), supremo argumento contra el *yo*, ya conocemos el antiguo argumento pascaliano e imbécil[30], hace tiempo que Lautréamont hizo justicia con él: *"El espíritu del más grande hombre* (subrayemos tres veces la frase: **más grande hombre**) *no es tan dependiente como para que no esté expuesto a ser perturbado por el menor ruido de la Batahola que se hace a su alrededor. No es preciso el silencio de un cañón para anular sus pensamientos. No es preciso el ruido de una veleta, de una polea. En ese momento la mosca no razona bien. Un hombre zumba a sus oídos"*. El hombre que piensa puede posarse tanto en la cumbre de una montaña como en la nariz de una mosca. Sólo hablamos tan largamente de las moscas porque al señor Bataille le gustan las moscas. A nosotros no nos gustan; preferimos la mitra de los antiguos médium evocadores, la mitra de puro lino en cuya parte anterior se fijaba una lámina de oro, y sobre la cual las moscas no se posaban porque se habían hecho abluciones para espantarlas. Lo malo es que el señor Bataille razona, aunque razone como alguien que tiene "una mosca sobre la nariz", lo que lo acerca más bien a un muerto que a un vivo; pero, en fin, *razona*. Trata, con ayuda del pequeño mecanismo que todavía no está totalmente descompuesto en él, de hacer compartir sus obsesiones; por eso mismo no puede pretender, por más que diga, oponerse *como una bestia* a todo sistema. El caso del señor Bataille presenta el hecho paradójico –y para él incómodo– de que su fobia de "la idea", a partir del momento en que intenta

comunicarla, sólo puede tomar un rumbo ideológico. Un estado de déficit consciente de forma generalizada, dirían los médicos. Aquí tenemos, en efecto, alguien que plantea en principio que *"el horror no acarrea ninguna complacencia patológica, y sólo desempeña el papel del estiércol en el crecimiento vegetal; estiércol de un olor sofocante, sin duda, pero saludable para la planta"*. Esta idea, bajo su apariencia infinitamente trivial, es por sí misma deshonesta o patológica (quedaría por probar que Lulio, y Berkeley, y Hegel, y Rabbe, y Baudelaire, y Rimbaud, y Marx, y Lenin se han comportado en la vida como cerdos). Vale la pena destacar que el señor Bataille hace un abuso delirante de los siguientes adjetivos: mancillado, vetusto, rancio, sórdido, caduco, abyecto, y que esas palabras, muy lejos de servirle para describir un estado de cosas insoportable, le sirven para expresar con el mayor de los lirismos su delectación. Habiendo caído en su plato la "escoba innominable"[31] de que habla Jarry, el señor Bataille se declara encantado*. Aquel que durante las horas del día pasea sus cuidadosos dedos de bibliotecario sobre antiguos y a menudo seductores manuscritos (se sabe que ejerce esa profesión en la Biblioteca Nacional) se atiborra por la noche de las inmundicias con las que le gustaría ver cargados esos textos igual que lo está él; lo atestigua ese *Apocalipsis de San Severo* al que consagró un artículo en el segundo número de *Documents*; artículo que es el prototipo del falso testimonio. Que se tenga a bien remitirse, por ejemplo, a la lámina del "Diluvio" reproducida en ese número y que se me diga si objetivamente

* Marx, en su *Diferencia entre la filosofía de la naturaleza de Demócrito y la de Epicuro*, nos informa de cómo, en cada época, nacen filósofos-pelos, filósofos uñas, filósofos-dedos de pie, filósofos-excrementos, etc.

"un sentimiento jovial e inesperado emana de la cabra que figura al pie de la página, y del cuervo cuyo pico está hundido en la carroña (aquí Bataille se exalta) *de una cabeza humana"*. Prestar apariencia humana a elementos arquitectónicos, como lo hace a todo lo largo de este estudio, y en otras partes, no es nada más que un signo clásico de psicastenia. A decir verdad, el señor Bataille sólo está muy fatigado y, cuando se entrega a la constatación desconcertante de que *"el interior de una rosa no responde en nada a su belleza exterior, y si se arrancan todos los pétalos de la corola, sólo queda un manojo de aspecto sórdido"*, apenas logra hacerme sonreír con el recuerdo de ese cuento de Alphonse Allais en el que un sultán ha agotado de tal modo todos los motivos de distracción que, desesperado por verlo sucumbir al tedio, a su gran visir no se le ocurre nada mejor que traerle una joven muy bella que se pone a danzar, cargada de velos, para él solo. Es tan bella que el sultán ordena que cada vez que se detenga hagan caer uno de sus velos. Apenas acaba de caer el último velo cuando el sultán hace una nueva señal, indolentemente, para que se la desnude: se apresuran a desollarla viva. Es absolutamente cierto que la rosa privada de sus pétalos permanece siendo *la rosa*, y por otra parte, en la historia precedente, la bayadera sigue danzando.

Porque si me oponen todavía *"el gesto desconcertante del marqués de Sade, encerrado con los locos, que se hace traer las más bellas rosas para deshojar los pétalos sobre el magma de un vaciadero"*, yo contestaría que para que este acto de protesta pierda su excepcional alcance, bastaría con que fuera el producto, no de un hombre que pasó veintisiete años de su vida en prisión *por sus ideas*, sino de un "sedentario" de biblioteca. Todo induce a creer, en efecto, que Sade —cuya voluntad de

emancipación moral y social, contrariamente a la del señor Bataille, está fuera de discusión—, solamente para obligar al espíritu humano a sacudir sus cadenas, quiso entendérselas con el *ídolo* poético, con esa "virtud" convencional que, de buen o mal grado, hace de una flor, en la medida misma en que cada uno puede ofrecerla, el vehículo brillante tanto de los sentimientos más nobles como de los más bajos. Conviene, por otra parte, reservar la apreciación de un hecho semejante que, aun cuando no fuera puramente legendario, no podría en nada invalidar la perfecta integridad del pensamiento y de la vida de Sade, y la necesidad heroica que tuvo de crear un orden de cosas que no dependiera, por así decir, de *todo* lo que había sucedido antes de él.

El surrealismo está menos dispuesto que nunca a prescindir de esa integridad, a conformarse con lo que unos y otros le dejan entre dos pequeñas traiciones, que creen justificar con el oscuro y odioso pretexto de que es necesario vivir. No tenemos nada que hacer con esta limosna de "talentos". Lo que exigimos, creemos que es de tal naturaleza que induce a un consentimiento o a una negativa total, y no a contentarse con palabras o a conversar de esperanzas veleidosas. ¿Se quiere o no se quiere arriesgarlo todo por lo única alegría de percibir a lo lejos —en lo más hondo del crisol donde nos proponemos arrojar nuestras pobres comodidades, lo que nos queda de buena reputación y nuestras dudas en las que se mezclan la bella cristalería "sensible" con la idea radical de impotencia y la estupidez de nuestros pretendidos deberes—, *la luz que dejará de ser desfalleciente?*

Afirmamos que la operación surrealista sólo tiene perspectivas de llegar a buen término si se efectúa en

condiciones de asepsia moral, de las que muy pocos hombres quieren oír hablar. Sin embargo, resulta imposible, sin ellas, detener ese cáncer del espíritu que consiste en pensar demasiado dolorosamente que ciertas cosas "son", en tanto que otras, que muy bien podrían ser, "no son". Hemos anticipado que, en el límite, ellas deben confundirse o interceptarse singularmente. No se trata de permanecer allí, sino de *no poder impedirse de tender desesperadamente a ese límite.*

El hombre que se intimidara erróneamente por algunos enormes fracasos históricos todavía es libre de *creer* en su libertad. Él es su propio amo, a despecho de las viejas nubes que pasan y de sus fuerzas ciegas que presionan. ¿No tiene él la sensación de la efímera belleza arrebatada y de la accesible y durable belleza arrebatable? Que ese hombre busque bien la llave del amor que el poeta decía haber encontrado: él la tiene. Sólo de él depende elevarse por encima del sentimiento pasajero de vivir peligrosamente y de morir. Que maneje, con desprecio de todas las prohibiciones, el arma vengadora de la *idea* contra la bestialidad de todos los seres y de todas las cosas, y que un día, vencido —pero solamente vencido *si el mundo es mundo*—, reciba la descarga de sus tristes fusiles como un fuego de salva.

ANTES... DESPUÉS

ANTES

Preocupado por la moral, es decir por el sentido de la vida, y no por la observación de las leyes humanas, André Breton, por su amor de la vida exacta y de la aventura, vuelve a dar su sentido propio a la palabra "religión".

Robert Desnos, *Intenciones.*

Querido amigo, la admiración que le tengo no depende de la perpetua suscitación de sus "virtudes" ni de sus errores.

Georges Ribemont-Dessaignes, *Varietés.*

Querido Breton: puede ser que no vuelva jamás a Francia. Esta noche insulté todo lo que usted puede insultar. Estoy reventado. La sangre me corre por los ojos, las narices y la boca. No me abandone. Defiéndame.

Georges Limbour (21 de julio de 1924).

Llego París, gracias.

Limbour (23 de julio de 1924).

...Sé exactamente lo que te debo y sé también que son algunas nociones que me diste en el curso de nuestras charlas las que me han permitido llegar a esas comprobaciones. Nosotros seguimos caminos paralelos. Quisiera que creyeras sinceramente que mi amistad por ti no es una cuestión de sonrisas.

Jacques Baron (1929).

Me cuento entre los amigos de Breton en razón de la confianza que me dispensa. Pero no es una confianza. Nadie la posee. Es una gracia, y yo os la deseo. Es la gracia que os deseo.

Roger Vitrac, *Le Journal du peuple.*

DESPUÉS

Y la última vanidad de ese fantasma será apestar eternamente entre las pestilencias del paraíso prometido a la próxima y segura conversión del faisán André Breton.

Robert Desnos, *Un cadáver* (1930).

El segundo manifiesto del surrealismo no es una revelación, es todo un éxito.
No se puede hacer nada mejor en el género hipócrita, traidor, sobador, sacristán y, para resumirlo todo: polizonte y cura párroco.

Georges Ribemont-Dessaignes, *Un cadáver.*

Me dará mucho placer verte sangrar por la nariz.

Georges Limbour (diciembre de 1929).

Era el íntegro Breton, el salvaje revolucionario, el severo moralista.
Pues bien, ¡un bonito nene!
Esteta de corral, este animal de sangre fría sólo ha contribuido a crear la más negra confusión en todo.

Jacques Baron, *Un cadáver.*

En cuanto a sus ideas, no creo que nadie las haya jamás tomado en serio, salvo algunos críticos complacientes que él adulaba, algunos colegiales que empiezan a envejecer y algunas parturientas que sueñan parir monstruos.

Roger Vitrac, *Un cadáver.*

Decididos a usar y aún abusar, en cualquier ocasión, de la autoridad que confiere la práctica consciente y sistemática de la expresión escrita o cualquier otra, solidarios en todos los puntos con André Breton y resueltos a dar aplicación a las conclusiones que surgen de la lectura del Segundo Manifiesto del Surrealismo, los que suscriben, escépticos sobre la proyección de las revistas "artísticas y literarias", han decidido aportar su cooperación a una publicación periódica, que con el título.

EL SURREALISMO al servicio de la revolución

no solamente les permitirá responder de una manera actual a la canalla que hace profesión de pensar, sino que preparará el vuelco definitivo de las fuerzas intelectuales hoy activadas en provecho de la fatalidad revolucionaria.

Maxime Alexandre, Aragon, Joe Bousquet, Luis Buñuel, René Char, René Crevel, Salvador Dalí, Paul Éluard, Max Ernst, Marcel Fourrier, Camille Goemans, Paul Nougé, Benjamin Péret, Francis Ponge, Marco Ristitch, Georges Sadoul, Yves Tanguy, André Thirion, Tristan Tzara, Albert Valentin (1930).

Prolegómenos a un tercer manifiesto del surrealismo o no

(1942)



Hay, sin duda, demasiado norte en mí para que llegue a ser jamás el hombre de la adhesión incondicional. A mis propios ojos ese norte implica la coexistencia de fortalezas naturales de granito y zonas brumosas. Aunque estoy dispuesto a exigirlo todo de un ser que estimo bello, no puedo extender el mismo crédito a esas construcciones abstractas que se denominan sistemas. Frente a ellas mi fervor declina y se hace evidente que el incentivo del amor deja de funcionar. Sí, un sistema puede cautivarme, pero jamás hasta el extremo de no querer ver el punto vulnerable *de lo que un hombre como yo se da a sí mismo como verdad. Ese punto vulnerable, aunque no esté necesariamente situado en la línea que traza durante su vida aquel que enseña, siempre lo veo aparecer más o menos lejos sobre la prolongación de esa línea a través de otros hombres. Cuanto mayor es el poder de aquel hombre, tanto más limitado está por la inercia resultante de la veneración que inspirará a unos y por la infatigable actividad de otros, que recurrirán a los medios más tortuosos para destruirlo. Al margen de estas dos causas de degeneración, toda gran idea está quizás expuesta a graves alteraciones en cuanto se pone en contacto con la*

masa humana, en la que es inducida a transar con espíritus de dimensión completamente distinta de aquel que le dio nacimiento. Lo atestigua suficientemente, en los tiempos modernos, el descaro con que los más insignes charlatanes y falsarios proclaman, sin más trámites, inspirarse en los principios de Robespierre y Saint-Just; el descuartizamiento de la doctrina hegeliana entre sus fervorosos seguidores de derecha y de izquierda; las gigantescas disensiones en el seno del marxismo; la pasmosa confianza con que católicos y reaccionarios trabajan para ubicar a Rimbaud en su sector. Más próxima a nosotros, la muerte de Freud basta para volver incierto el porvenir de las ideas psicoanalíticas, con lo que una vez más un ejemplar instrumento de liberación amenaza convertirse en instrumento de opresión. Era previsible que acecharan al surrealismo, después de veinte años de existencia, los males que son el tributo pagado al favor público, a la notoriedad. Las medidas tomadas para preservar la integridad *dentro de este movimiento —consideradas por lo general como excesivamente severas— no tornaron, sin embargo, imposible el testimonio falso y rencoroso de un Aragon, ni la impostura de género picaresco del neo-falangista-mesa de noche Avida Dollars*[32]. *El surrealismo está muy lejos, hoy, de poder justificar todo lo que se emprende en su nombre, abierta o solapadamente, de las más lejanas "casas de té" de Tokio a las desbordantes vitrinas de la Quinta Avenida, aunque el Japón y Estados Unidos estén en guerra. Lo que se hace en un determinado sentido se parece muy poco a lo que se* deseó *hacer. Aun los hombres más destacados deben resignarse a* pasar, *más que nimbados de luces, arrastrando una larga polvareda.*

◇ ◇ ◇

En tanto que los hombres no hayan tomado conciencia de su condición —no me refiero solamente a su condición social, sino a su condición misma de hombres, con todo lo que tiene ésta de precario: lapso irrisorio si se lo considera en relación con el campo de acción de la especie, tal como el espíritu cree abarcarla; sumisión, más o menos a escondidas de sí mismo, a pocos instintos muy elementales; capacidad de pensar, sí, pero de una categoría infinitamente sobrestimada; capacidad, por otra parte, afectada por la rutina, que la sociedad cuida de canalizar en direcciones predeterminadas sobre las cuales pueda ejercer su vigilancia y, además, capacidad que desfallece continuamente en cada hombre, y es equilibrada continuamente por la capacidad, por lo menos igual, de no pensar (por sí mismo) o de pensar mal (solo o de preferencia en compañía de los otros)—; en tanto que los hombres se obstinen en mentirse a sí mismos; en tanto que no distingan la parte sensible de lo efímero y de lo eterno, de lo irrazonable y lo razonable que los dominan, de lo *único*, celosamente preservado en ellos, y de su expansión entusiasta en lo *gregario*; en tanto que esté repartido para unos, en Occidente, el deseo de arriesgar con la esperanza de mejorar, y para otros, en Oriente, el cultivo de la indiferencia; en tanto que los unos exploten a los otros sin siquiera obtener con eso una satisfacción apreciable —el dinero está entre ellos como un tirano en común cuyo cuello fuera la mecha de una bomba—; en tanto que no se sepa nada y se aparente saberlo todo, con la Biblia en una mano y Lenin en la otra; en tanto que los mirones lleguen a suplantar a los videntes en el transcurso de la negra noche; en tanto que... (no puedo *decirlo* ya que soy el que menos pretende saberlo todo; pero hay todavía muchos otros *en tanto que*, enumerables), no vale la

pena hablar, menos aún oponerse unos a otros, menos aún amarse sin oponerse a todo lo que no es amor, menos aún morir y —primavera a un lado, pienso siempre en la juventud, en los *árboles en flor*, en todo esto escandalosamente desacreditado, desacreditado por los viejos— pienso en el magnífico azar de las calles, aún las de Nueva York, y menos todavía vale la pena vivir. *Hay*, pienso en esta hermosa fórmula optimista de reconocimiento que se repite en los últimos poemas de Apollinaire[33]: *hay* una maravillosa joven que en este momento gira, toda sombreada por sus pestañas, alrededor de las ruinas de grandes cajas de tiza en América del Sur, y que con una simple mirada suspendería en todos el sentido mismo de la beligerancia; *hay* los nativos de nueva Guinea ubicados en las primeras butacas de esta guerra (los nativos de Nueva Guinea, cuyo arte siempre nos subyugó a algunos de nosotros mucho más que el arte egipcio o el arte romano), absortos en el espectáculo que les ofrece el cielo (perdonadlos, ellos no cuentan más que con las trescientas especies de aves del paraíso); parece que se satisfacen con eso, pues apenas disponen de flechas de curare suficientes para los blancos y los amarillos; *hay* nuevas sociedades secretas que tratan de definirse en el transcurso de múltiples conciliábulos a la hora del crepúsculo en los puertos: *hay* un amigo, Aimé Cesaire, magnético y negro, quien, rompiendo con todas las cantilenas —eluardianas y otras— escribe, en la Martinica, los poemas que necesitamos hoy. *Hay* también las cabezas de jefes que apenas afloran de la tierra, y al no ver sino sus cabellos, las gentes se preguntan cuál será la hierba que logrará triunfar, la que dará buena cuenta del sempiterno "miedo de cambiar para que todo empiece de nuevo". Esas cabezas están comenzando a brotar en alguna parte del

mundo. Buscad con paciencia y sin cesar en todas las direcciones. Nadie sabe con certeza *quiénes* son esos jefes, de dónde vendrán, qué significan históricamente, y sería demasiado hermoso que ellos mismos lo supieran. Pero no pueden dejar de estar ya: en la tormenta actual, frente a la gravedad sin precedentes de la crisis social, religiosa y económica, constituiría un gran error concebirlos como productos de un sistema que conocemos a fondo. No cabe duda de que provienen de algún horizonte conjeturable; con todo será necesario que hagan *suyos* diversos programas conexos de reivindicación que los partidos han considerado inaplicables hasta ahora, o se volverá a caer pronto en la barbarie. Es indispensable que cese no sólo la explotación del hombre por el hombre, sino también la explotación del hombre por el pretendido "Dios", de absurdo e irritante recuerdo. Es indispensable que se revise de arriba abajo, sin rastros de hipocresía y sin las habituales dilaciones, el problema de las relaciones entre el hombre y la mujer. Es indispensable que el hombre se pase, con armas y bagajes, del lado del hombre. ¡Basta de debilidades, basta de puerilidad, basta de ideas de indignidad, basta de letargos, basta de simplezas, basta de flores sobre las tumbas, basta de instrucción cívica entre dos clases de gimnasia, basta de tolerancia, basta de culebras!

◇ ◇ ◇

Los partidos: lo que está o lo que no está *en la línea*. ¿Y qué si mi propia línea, muy sinuosa, lo admito, pero al fin la mía, pasa por Heráclito, Abelardo, Eckhardt, Retz, Rousseau, Swift, Sade, Lewis, Arnim, Lautréamont, Engels, Jarry y algunos más? Con ellos me he

construido un sistema de coordenadas para mi propio uso, sistema que ha resistido a mi experiencia personal y, por lo tanto, parece contener algunas de las posibilidades del mañana.

PEQUEÑO INTERMEDIO PROFÉTICO

Están por llegar equilibristas con mallas guarnecidas con lentejuelas de un color desconocido, único que hasta hoy absorbe a la vez los rayos del sol y de la luna. Este color se llamará libertad, y el cielo hará ondear todos sus oriflamas azules y negros, pues se levantará un viento por primera vez totalmente propicio, y los que allí estén comprenderán que acaban de hacerse a la vela, y que todos los pretendidos viajes precedentes eran tan sólo un engaño. Y se contemplará el pensamiento enajenado y las atroces justas de nuestro tiempo con la misma mirada de conmiseración y repugnancia del capitán del bergantín Argus cuando recogía a los sobrevivientes de la Balsa del Medusa[34]. *Y todos se asombrarán de examinar sin vértigo los abismos superiores guardados por un dragón que, mejor iluminado, aparecía formado sólo por cadenas. Allí están los equilibristas, en lo más alto. Arrojaron la escala bien lejos, y ya nada los retiene. Avanzan hacia nosotros sobre una alfombra oblicua más imponderable que un rayo de luz aquellas que fueron las sibilas. Del tallo que forman con sus vestiduras de color verde almendra, desgarradas por los guijarros, y de sus cabellos en desorden parte el gran rosetón resplandeciente que se balancea sin peso, la flor al fin abierta de la verdadera vida. Todos los móviles anteriores se tornan de golpe ridículos; el lugar está libre, idealmente libre. El pundonor se desplaza con la velocidad de un cometa que describe simultáneamente estas dos líneas: la danza para*

elegir al ser del sexo opuesto y el desfile frente a la galería misteriosa de los recién llegados, a los que el hombre cree que debe rendir cuentas después de su muerte. Fuera de esto, no veo que tenga otros deberes. De la gavilla de artificio se desprende una espiga que es preciso atrapar al vuelo: es la oportunidad, es la aventura única que, con toda seguridad, no ha estado escrita en lo profundo de ningún libro, ni en las miradas de los viejos marinos que ya sólo consideran el cierzo desde la costa. ¿Qué valor tiene someterse a lo que no ha sido decretado por uno mismo? Es preciso que el hombre se evada de esa ridícula liza construida para él: la pretendida realidad actual con la perspectiva de una realidad futura que no es superior. Cada minuto de plenitud contiene la negación de siglos de historia claudicante y resquebrajada. Aquellos a quienes corresponde hacer remolinear esos ocho flamígeros por encima de nosotros sólo lo lograrán gracias al vigor más puro.

◇ ◇ ◇

Todos los sistemas en vigencia sólo pueden ser considerados, razonablemente, como herramientas sobre el banco de un carpintero. Ese carpintero eres *tú*. A no ser que padezcas una locura furiosa no intentarás prescindir de ninguna de esas herramientas en provecho de otra; no preferirás, por ejemplo, la garlopa hasta el extremo de declarar erróneo y criminal el uso del martillo. Sin embargo, eso es lo que acontece exactamente toda vez que un sectario de tal o cual filiación se jacta de explicar satisfactoriamente la revolución francesa o la revolución rusa por el "odio al padre" (en el sentido del soberano derrocado) y la obra de Mallarmé por las "relaciones de clase" de su época. Sin ningún eclecticis-

mo ha de poder recurrirse, en cada circunstancia, al instrumento de conocimiento que se muestre el más adecuado. Basta, por otra parte, que este planeta sufra una brusca convulsión, como la que estamos presenciando, para que se vuelva a plantear inevitablemente, si no la necesidad, al menos la eficacia de los modos electivos de conocimiento y de acción que atrajeron al hombre durante el precedente período histórico. Para comprobarlo me basta destacar la preocupación que se ha adueñado separadamente de espíritus muy distintos entre sí, pero que figuran entre los más lúcidos y audaces de hoy –Bataille, Caillois, Duthuit, Masson, Mabille, Leonora Carrington, Ernst, Etiemble, Péret, Calas, Séligmann, Hénein–, la preocupación, repito, por suministrar una inmediata respuesta a la pregunta: ¿Qué pensar del postulado "no hay sociedad sin un mito social", y hasta qué punto podemos escoger o adoptar y también *imponer* un mito en relación con la sociedad que estimamos deseable? Pero también podría señalar que se ha ido manifestando en el curso de esta guerra cierto retorno al estudio de la filosofía medieval, como asimismo al de las ciencias "malditas" (con las cuales siempre ha existido un contacto tácito mediante la poesía "maldita"). Y debería mencionar finalmente la especie de ultimátum –aunque sólo sea en su fuero interno– dirigido a su propio sistema racionalista por muchos de aquellos que continúan militando en pro de una transformación del mundo, haciendo depender esta transformación únicamente del cambio radical de las condiciones económicas: de acuerdo, tú me posees, sistema, yo me he entregado a ti de cuerpo entero, pero todavía no ha sucedido nada de lo que me habías prometido. ¡Ten cuidado! Lo que me has hecho creer inevitable, está tardando demasiado en ocurrir, y hasta

podría afirmarse, con un poco de insistencia, que está ocurriendo lo contrario. Si esta guerra, con las múltiples ocasiones de realizarte que te ofrece, llega a ser *inútil*, me veré obligado a admitir que hay en ti algo muy presuntuoso, y quizá también algo dañado en tu misma base que yo no podría seguir ignorando por más tiempo. Lo mismo hacían –según dicen– los pobres mortales de antaño, cuando se dedicaban a amonestar al diablo, para que éste se resolviera finalmente a manifestarse.

Es evidente, por otra parte, que al cabo de veinte años me veo en la obligación, como en la hora de mi juventud, de pronunciarme en contra de todo conformismo, y de aludir especialmente, al decir esto, a determinado conformismo surrealista. Se exhiben hoy demasiados cuadros en el mundo que les han costado muy poco esfuerzo a los innumerables imitadores de Chirico, Picasso, Ernst, Masson, Miró, Tanguy –mañana le tocará también el turno a Matta–. Esta observación está dedicada a quienes ignoran que sólo puede existir una gran expedición en el dominio del arte cuando se emprende *con riesgo de la propia vida*; que el camino a seguir no está precisamente protegido por parapetos, y que cada artista debe partir solo en busca del *Vellocino de oro*.

Más que nunca, en 1942, los principios de *oposición* deben ser fortalecidos. Todas las ideas que triunfan se precipitan hacia su perdición. Es absolutamente necesario convencer al hombre de que una vez logrado el consenso sobre un asunto, la resistencia individual se convierte en la única llave de la prisión; pero esta resistencia tiene que ser *informada* y sutil. Yo me opondré por instinto al voto *unánime* de cualquier asamblea que no se proponga a sí misma oponerse al voto de una asamblea más numerosa; pero impulsado por el mismo

instinto, daré mi voto a los que *surjan* con cualquier programa nuevo que tienda a una mayor emancipación del hombre y que no haya sufrido aún la prueba de los hechos. Considerando el proceso histórico en el que la verdad, que no es atrapada nunca, sólo aparece para reírse a hurtadillas, yo prefiero pronunciarme por esa minoría incesantemente renovada y que actúa como palanca; mi mayor ambición sería dejar asegurada después de mí la transmisión ininterrumpida del sentido teórico de esta minoría.

REGRESO INESPERADO DEL PADRE DUCHESNE [35]

¡Siempre está de muy buen talante el padre Duchesne! ¡Hacia cualquier lado que se vuelva, sea en lo físico como en lo mental, las mofetas son las verdaderas reinas de la calle! Esos señores uniformados con viejas mondaduras, en las veredas de los cafés de París; el regreso triunfal de los cisterciences y trapistas, a quienes había obligado a tomar el tren con patadas en el trasero; las "colas" *alfabéticas al amanecer en los arrabales, con la esperanza de obtener cincuenta gramos de bofe de caballo y aprontándose para volver al mediodía por dos batatas —mientras que si tienes dinero puedes llenarte la panza todos los días hasta reventar, sin menú fijo, en lo de Lapérouse—; la República llevada para ser fundida de modo que tus mejores intenciones vuelvan simbólicamente a escupirte en la facha; todo esto ante los ojos que se creen providenciales de un bigote congelado que, además, está a punto de pasar la mano, en la oscuridad, sobre una corbata vomitada. Hay que convenir que todo esto no está del todo mal. Pero ¡caray!, marchará, marchará, marchará siempre*[36]*. No sé si ustedes conocen ese hermoso paño listado a tres centavos el metro y que hasta*

se obtiene gratis los días lluviosos, en el cual los sans-culottes *envolvían sus órganos genitales con el estruendo del mar. Esto ya no se usaba últimamente, pero ¡caray!, ahora vuelve a ponerse de moda: y hasta llegará a usarse bárbaramente; Dios está fabricando ahora hermanos menores para nosotros; esto va a volver junto con el estruendo del mar. Y voy a barrer para ti esta escoria desde la Puerta de Saint-Ouen hasta la Puerta de Vanves*[37] *y te aseguro que esta vez no van a cortarme el pescuezo en nombre del Ser Supremo, y que todo esto no se hará de acuerdo con códigos estrictos, ya que han llegado los tiempos en que hay que rehusar tragarse todos esos libros de los carajos que te aconsejan quedarte en casa y no hacer caso de tu hambre. Pero ¡caray!, qué haces que no miras la calle: es bastante extraña y equívoca, y está bastante bien vigilada, ¡y, sin embargo, será tuya, la estupenda calle!*

◇ ◇ ◇

Considerando que sin duda nunca le fue concedida al hombre la universalidad de la inteligencia, y que ahora ya no puede reclamar la universalidad del conocimiento, conviene ser extremadamente cautos frente a la pretensión que pueda tener el hombre de genio de decidir sobre cuestiones que rebasan su campo de investigación y escapan, por lo tanto, a su competencia. Un gran matemático no manifiesta ninguna grandeza especial en el acto de ponerse las pantuflas o enfrascarse en la lectura de su periódico. Le exigimos únicamente que nos hable de matemáticas en el momento que corresponde. No hay hombros humanos capaces de soportar la omnisciencia, de la que se quiso hacer un atributo de "Dios". En la medida en que el hombre se concebía

a "su imagen", no se ha hecho más que inculcarle la pretensión a esa omnisciencia. Es indispensable terminar de una sola vez con estas dos cháchara. Nada de lo establecido y decretado por el hombre puede considerarse definitivo e intangible, y menos aún llegar a convertirse en objeto de un culto si éste impone el renunciamiento en favor de una preexistente voluntad divinizada. Estas reservas no deben, por supuesto, causar perjuicios a las formas *lúcidas* de dependencia y de estima voluntarias.

A este respecto, no habiendo nada ya que me impida dejar vagabundear a mi espíritu sin temor a las acusaciones de misticismo que no dejarán de prodigarme, creo que no sería mala idea comenzar por convencer al hombre de que no es, como presume, el *rey* de la creación. Esta idea me abre, al menos, algunas valiosas perspectivas en el plano poético, lo que le confiere, quiérase o no, cierta eficacia futura.

◇ ◇ ◇

El pensamiento racionalista más agudo, más dueño de sí mismo, más apto para superar todos los obstáculos en el campo de su aplicación, me ha parecido siempre que se acomodaba, fuera de este campo, a las más extrañas complacencias. En este terreno mi sorpresa se condensa siempre alrededor de una conversación en que tuve por interlocutor a un espíritu de una envergadura y de un vigor excepcionales[38]. Fue en Pátzcuaro, México. Siempre me veré yendo y viniendo con él a lo largo de una galería que daba a un patio con flores, de donde subían desde veinte jaulas los gritos del pájaro burlón. La mano nerviosa y fina que había dirigido algunos de los más grandes acontecimientos de este tiempo se abandonaba

acariciando un perro que daba vueltas a nuestro alrededor. Habló de los perros, y observé cómo su lenguaje se hacía menos preciso, su pensamiento menos estricto que de costumbre. Se dejó ir hasta confesar su amor por el animal, adjudicándole una bondad natural; habló de la abnegación de las bestias, como hace todo el mundo. Intenté, entonces, representarle lo que hay de evidentemente arbitrario en atribuir a las bestias sentimientos que no tienen sentido apreciable sino cuando se refieren al hombre, ya que nos conduciría a considerar al mosquito como dotado de una crueldad consciente, y al cangrejo como deliberadamente retrógrado. Era visible que se fastidiaba en tener que seguirme por ese camino: se aferraba a la idea – y esta debilidad es conmovedora vista a la distancia, en razón de la suerte trágica con que los hombres recompensaron su entrega total a la causa del hombre – de que el perro sentía por él verdadera *amistad*, en el más amplio sentido del término.

Todavía hoy persisto en sostener que esta visión antropomórfica del mundo animal revela modos de pensar de lamentable facilidad. No veo ningún inconveniente en que, para ponerlo en evidencia, se abran las ventanas que dan a los más grandiosos paisajes utópicos. Una época como la que vivimos puede soportar todas las partidas para viajes del tipo de los de Bergerac o Gulliver, siempre que tengan por finalidad sembrar la desconfianza hacia todos los modos convencionales de pensar, cuya insuficiencia es por demás evidente. Toda probabilidad de llegar a alguna parte, después de ciertos rodeos hasta por tierras más razonables que esta que dejamos, no queda excluida en el viaje al cual invito hoy.

El hombre quizás no sea el centro, el punto de mira *del universo. Se puede llegar a pensar que existen por encima de él, en la escala animal, seres cuya conducta resulta tan extraña para el hombre como la suya puede serlo para la efímera o la ballena. Nada se opone forzosamente a que estos seres escapen por completo a su sistema de referencia sensorial, gracias a un* camouflage *del tipo que se quiera, pero que la* teoría de la forma *y el estudio de los animales miméticos hacen perfectamente plausible. No hay duda de que esta idea ofrece el más amplio campo especulativo, aunque tienda a colocar al hombre, como intérprete de su propio universo, en las mismas modestas condiciones en que un niño concibe que está la hormiga bajo tierra, cuando abre de un puntapié un hormiguero. Considerando las perturbaciones que produce un ciclón, frente a las cuales el hombre resulta impotente para comportarse de otro modo que como testigo o víctima, o las de la guerra, a propósito de las cuales se han adelantado puntos de vista notoriamente insuficientes, no sería imposible —en el curso de una vasta obra que debería estar presidida permanentemente por la inducción más osada— aproximar hasta hacerlas verosímiles la estructura y la constitución de tales seres hipotéticos, que se nos manifiestan oscuramente cuando sentimos miedo o nos domina el sentimiento del azar.*

Me parece necesario hacer notar que no me alejo en esto sensiblemente del enunciado de Novalis: "En realidad vivimos en un animal del que somos los parásitos. La constitución de este animal determina la nuestra y viceversa". También estoy de acuerdo con el pensamiento de William James: "¿Quién puede afirmar que en la naturaleza no ocupamos, junto a seres cuya existencia no

sospechamos, un lugar tan pequeño como los perros y gatos que viven al lado nuestro?" No todos los sabios refutan esta opinión: "Es probable que alrededor nuestro circulen seres construidos según el mismo plan que nosotros, pero diferentes de los hombres; por ejemplo, seres cuyas albúminas serían derechas". Así habla Emile Duclaux, antiguo director del Instituto Pasteur (1840-1904).

◇ ◇ ◇

¿Se trata de un mito nuevo? ¿Habrá que convencer a esos seres que provienen de un espejismo, o habrá que darles la oportunidad de manifestarse?



Notas del traductor

[1] Arthur Cravan: poeta y boxeador, considerado uno de los precursores del Movimiento Dada. Actuó en París desde 1909 a 1914. Publicó cuatro números de la revista de vanguardia *Maintenant*. Desapareció en México en 1920.

[2] Mathew Gregory Lewis (1775-1818): maestro de la novela negra inglesa, autor de *El Monje*.

[3] Episodio de *El Monje* de Lewis. Basada en este episodio existe una ópera de Gounod.

[4] Referencia a la *rue Fontaine* (fuente) y al proverbio "de esta agua no has de beber".

[5] *Mont de Piété*, primer libro de poemas de Breton aparecido en 1919 en las ediciones Au Sans Pareil.

[6] Este fragmento está tomado de la introducción del libro de Nerval *Las hijas del fuego*, publicado en París en 1854 y dedicado a Alejandro Dumas. En esta introducción hace referencia a una nota que Dumas escribió sobre Nerval —como epitafio espiritual, por habérsele informado erróneamente que Nerval estaba internado por loco— haciendo elogios de su desbordante fantasía.

[7] Hace alusión al proverbio muy popular en Francia: *Il ne faut pas vendre la peau de l'ours avant qu'il soit pris* (No vender la piel del oso antes de cazarlo).

[8] En el original francés Breton dice: *Il jouera sur le velours de toutes les défaillances*, creando una imagen ambigua a partir del

modismo francés: *jouer sur le velours*, que significa: jugar con las ganancias.

[9] *Il*, partícula que precede a los verbos impersonales y no significa nada. *Il pleut*: llueve, *il y a*: hay; *il faut*: es necesario.

[10] *Les Champs Magnétiques*, de André Breton y Philippe Soupault, primer libro de textos y poemas automáticos, fue publicado en 1920 por las ediciones Au Sans Pareil.

[11] Reunidas con el título de *Poisson soluble* (Pez soluble) en las dos primeras ediciones del Primer manifiesto (1924, 1929).

[12] Juego de palabras entre *Sans Fil* (telegrafía sin hilos) y *sans fils* (sin hijos).

[13] Al hablar de *petits papiers*, con el doble significado de papelillos y papeles comprometedores, Artaud hace sin duda referencia a los pequeños volantes con textos provocadores que solían distribuir los surrealistas.

[14] Periódicos marxistas.

[15] Libro publicado por Breton en 1928 en las ediciones de la N. R. F.

[16] Con posterioridad Masson entró a formar parte nuevamente del grupo surrealista.

[17] Recuérdese que Soupault fue el compañero de la primera hora de Breton, con quien publicó el primer ensayo de escritura surrealista pura: *Les Champs Magnétiques*.

[18] *Bifur*: revista literaria cuyo jefe de redacción y animador era Georges Ribemont-Dessaignes (ex dadaísta y enemigo de Breton), que trató de atraerse a los poetas separados del surrealismo.

[19] *Les Veilleurs*, inspirado en el poema de *Las Iluminaciones* denominado *Veillées* (Vigilias).

[20] Revista belga, dirigida por Franz Hellens y Henry Michaux que en 1925 publicó un número dedicado a Lautréamont.

[21] Versión aproximada para el neologismo *quelconqueries*, título de un conjunto de poemas de Apollinaire.

[22] *Stances* (1899), libro de poemas de Jean Moréas, hoy merecidamente olvidado, pero que tuvo gran repercusión en su momento.

[23] El original francés: *parties d'échecs*, juego de palabras intraducible en el que Breton aprovecha el doble sentido de ajedrez (juego al que se dedicó Duchamp) y fracasos.

[24] Referencia a Rimbaud y a su ostracismo en Abisinia.

[25] *Coeur à barbe*, que además de "corazón con barba" significa "corazón aburrido", fue el nombre de una revista lanzada por Tzara para oponerse a la liquidación de Dada propuesta por Breton. En el texto, Breton parece referirse más bien al escándalo provocado por él y sus amigos en la representación de *Coeur à gaz*, obra teatral de Tzara estrenada en julio de 1923.

[26] *De nos oiseaux*, publicado en 1923 por Editions Kra, con dibujos de Arp.

[27] Revista parasurrealista fundada en 1928 por René Daumal y Gilbert-Lecomte, de la que aparecieron tres números.

[28] Famosa frase tomada de la carta de Rimbaud a Paul Demeny, fechada el 15 de mayo de 1871 y publicada por primera vez por la *Nouvelle Revue Française* en 1912.

[29] Final de la *Alquimia del verbo*, en *Una temporada en el infierno* de Rimbaud.

[30] Se refiere a uno de los pensamientos de Pascal, que fue burlonamente modificado por Lautréamont en su texto *Poesías*, y que Breton cita a continuación en el suyo. En el pensamiento de Pascal mencionado se lee: "No os asombréis si no razona bien en este momento: una mosca zumba en sus oídos".

[31] Nombre que da Jarry a la escobilla para limpiar letrinas, en la escena tercera del primer acto de *Ubú Rey*.

[32] Anagrama burlesco del nombre de Salvador Dalí, creado por Breton, y que llegó a popularizarse. La mención de las mesas de noche alude a la frecuencia obsesiva con que esos elementos aparecen en los cuadros del pintor catalán.

[33] *Hay (Il y a)*, título de un poema del libro *Caligramas*, de Apollinaire, cuya intención imita Breton en este largo párrafo. Con ese título el editor Albert Messein publicó en 1925 un conjunto de poemas y prosas de Apollinaire.

[34] Naufragio del barco francés "Medusa" en 1816, tristemente célebre en su época por el salvajismo demostrado por algunos

sobrevivientes, embarcados en una balsa, que llegaron a devorarse entre ellos. Hay un famoso cuadro de Delacroix sobre el tema.

[35] *Le père Duchesne*: personaje simbólico al que aún antes de la revolución francesa se le atribuían las opiniones políticas del pueblo. En 1790, Herbert lanzó con ese nombre un diario célebre por el cinismo y la libertad del lenguaje.

[36] *Ça ira*: canción revolucionaria en la época de la revolución francesa.

[37] O sea: de un extremo a otro de París.

[38] Se refiere a Trotsky.

ÍNDICE